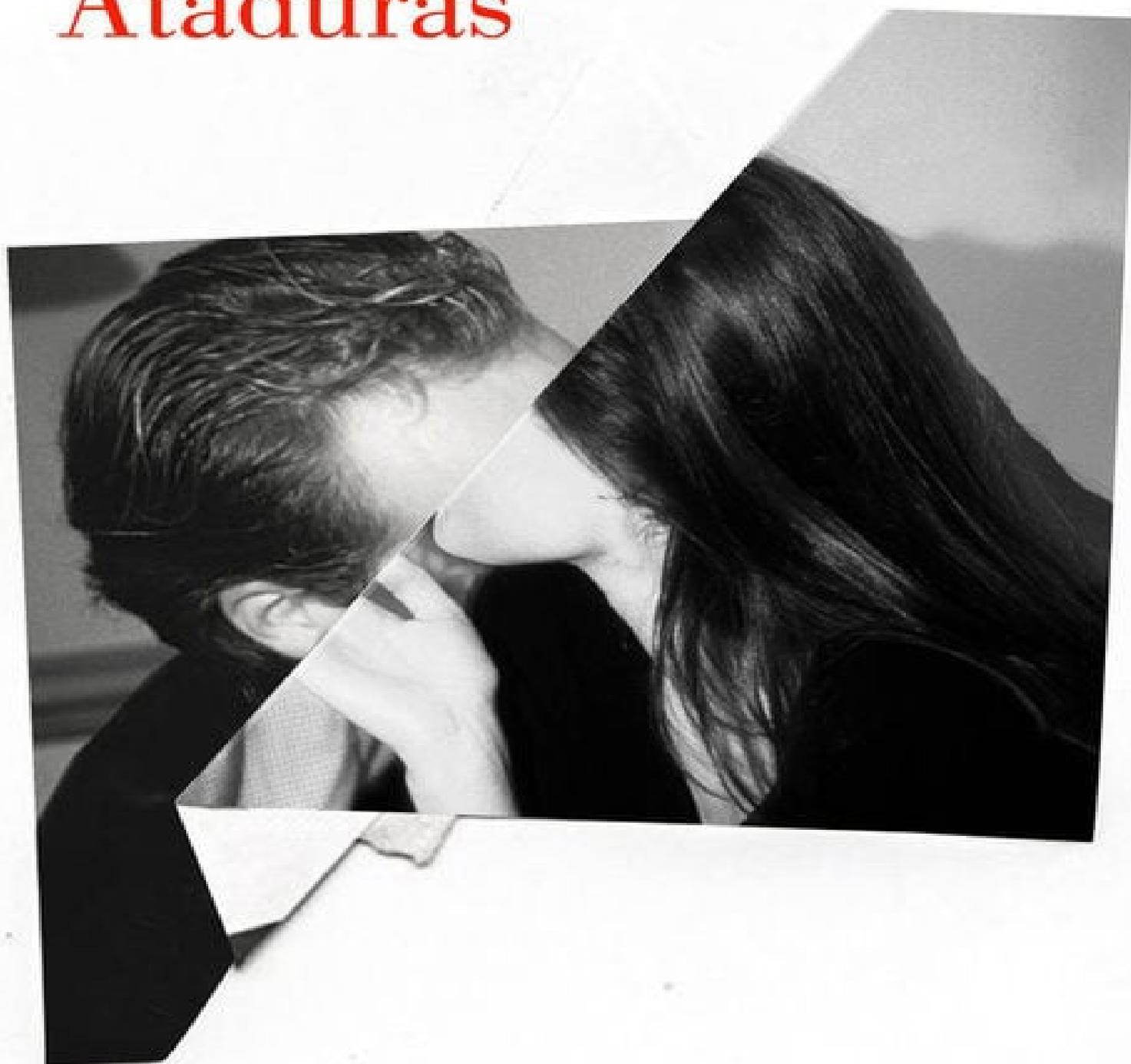


Domenico  
Starnone

Ataduras



Lumen

# ATADURAS

**Como muchos matrimonios, el de Vanda y Aldo se ha visto sometido a la tensión, al desgaste de la rutina y, aún más, a la infidelidad, pero ha sobrevivido intacto. O eso parece. Porque si se mira con detenimiento, las grietas son evidentes, como las de un jarrón resquebrajado que pudiera romperse al menor contacto.**

**¿Qué estamos dispuestos a sacrificar con tal de no sentirnos atrapados? ¿Y qué perdemos cuando decidimos volver sobre nuestros pasos? ¿Cuáles son las consecuencias ineludibles de nuestros actos, para nosotros y nuestros hijos? ¿En qué consisten nuestras ataduras?**

**Domenico Starnone, ganador del Premio Strega, nos ofrece una historia emocionante y profunda: el relato de una fuga y de un falso retorno.**

Título Original: *Lacci*

Traductor: Filipetto, Celia

©2018, Starnone, Domenico

©2018, Lumen

ISBN: 9788426405258

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 12/05/2018

**Domenico Starnone**

# **Ataduras**

# **Libro primero**

# 1

## Capítulo

**P**OR si se te ha olvidado, muy señor mío, ya te lo recuerdo yo: soy tu mujer. Sé que esto solía gustarte y ahora, de repente, te fastidia. Sé que finges que no existo y que jamás he existido porque no quieres quedar mal con esa gente tan culta con la que te codeas. Sé que llevar una vida ordenada, tener que retirarte a tu casa a la hora de cenar, dormir conmigo y no con quien te dé la gana, te hace sentir idiota. Sé que te da vergüenza decir: vamos a ver, me casé el 11 de octubre de 1962, con veintidós años; vamos a ver, dije sí delante del cura, en una iglesia del barrio Stella, y lo hice solo por amor, nada me obligaba a ello; vamos a ver, tengo responsabilidades, y si no entendéis lo que significa tener responsabilidades, sois unos mezquinos. Lo sé, lo sé de sobra. Pero te guste o no, el hecho es este: yo soy tu mujer y tú eres mi marido, llevamos doce años casados —doce años en octubre— y tenemos dos hijos, Sandro, nacido en 1965, y Anna, nacida en 1969. ¿Tengo que enseñarte los documentos para hacerte entrar en razón?

Basta, perdona, me estoy pasando. Te conozco, sé que eres una persona respetable. Pero, por favor, en cuanto leas esta carta, vuelve a casa. O, si todavía no te ves con ánimo, escíbeme y explícame qué te está pasando. Trataré de entenderlo, te lo prometo. Ya tengo claro que necesitas más libertad, y es justo, tus hijos y yo haremos lo posible para no ser una carga para ti. Pero debes contarme con todo detalle qué hay entre esa chica y tú. Han pasado seis días y ni llamas por teléfono, ni escribes, ni apareces. Sandro me pregunta por ti, Anna no quiere lavarse el pelo porque dice que solo tú se lo sabes secar bien. No basta con jurar que esta señora o señorita no te

interesa, que no la verás más, que para ti no cuenta, que no ha sido más que el pretexto de una crisis que venías incubando desde hacía tiempo. Dime cuántos años tiene, cómo se llama, si estudia, si trabaja, si no hace nada. Apuesto a que fue ella la primera en besarte. Tú eres incapaz de tomar la iniciativa, lo sé, o te arrastran o no te mueves. Y ahora estás aturdido, vi la expresión que tenías cuando me dijiste: he estado con otra. ¿Quieres saber lo que pienso? Pienso que todavía no te has dado cuenta de lo que me has hecho. ¿Entiendes que es como si me hubieras metido la mano por la garganta y tirado, tirado, tirado hasta arrancarme lo que tengo en el pecho?

AL leer lo que escribes, parece que yo sea el verdugo y tú la víctima. No lo soporto. Estoy poniendo todo el empeño de que soy capaz, me estoy sometiendo a un esfuerzo que ni te imaginas, ¿y la víctima serías tú? ¿Porque levanté la voz, porque rompí la jarra del agua? Debes reconocer que algún motivo tenía. Apareciste sin previo aviso casi después de un mes de ausencia. Parecías tranquilo, hasta afectuoso. Pensé: menos mal, ha vuelto en sí. En cambio tú me dijiste, como si tal cosa, que la misma persona que hace cuatro semanas para ti no tenía interés alguno —todo un detalle de tu parte, decidiste que era hora de darle un nombre, la llamaste Lidia— ahora es tan importante que no puedes vivir sin ella. Si se excluye el momento en que aludiste a su existencia, me hablaste como si se tratara de un aviso a los trabajadores a partir del cual yo solo podía decir: de acuerdo, vete con esa Lidia, gracias, haré lo que esté en mi mano para no causarte más molestias. Y en cuanto intenté reaccionar, me cortaste, pasaste a otros temas generales sobre la familia: la familia en la historia, la familia en el mundo, tu familia de origen, la nuestra. ¿Tenía que quedarme callada y tranquilita? ¿Eso pretendías? Qué ridículo eres a veces, crees que basta con hilvanar discursos generales y contar alguna de tus batallitas para que las cosas cuadren.

Pero yo estoy harta de tus juegucitos. Me contaste por enésima vez, pero con un tono patético que en general no utilizas, cómo las pésimas relaciones de tus padres te arruinaron la infancia. Utilizaste una imagen de efecto, dijiste que tu padre había rodeado a tu madre con alambre de espino y que sufrías cada vez que veías un nudo con púas hundirse en sus carnes. Después pasaste

a nosotros. Me explicaste que como tu padre os había hecho daño a vosotros, y como su fantasma de hombre infeliz que os hizo infelices sigue atormentándote, temías hacerle daño a Sandro, a Anna y sobre todo a mí. ¿Ves como no me perdí ni una sola palabra? Te pasaste un buen rato desvariando con una calma pedante sobre los roles en los que nos habíamos encasillado al casarnos —el marido, la mujer, la madre, el padre, los hijos— y nos describiste —a mí, a ti, a nuestros hijos— como engranajes de una máquina carente de sentido, obligados a repetir para siempre los mismos movimientos insustanciales. Y seguiste así, citando de vez en cuando algún libro para hacerme callar. Al principio pensé que me hablabas de ese modo porque te había pasado algo malo y no lograbas acordarte de quién era yo, una persona con sentimientos, pensamientos, voz propia, y no un muñeco del teatro de títeres con su Polichinela que estabas montando. Tardé bastante en sospechar que te esforzabas por ayudarme. Querías darme a entender que, al destruir nuestra vida en común, en realidad me liberabas a mí y a los niños, y que debíamos darte las gracias por esa generosidad tuya. Ay, sí, gracias, qué amabilidad la tuya. ¿Y te ofendiste porque te eché de casa?

Aldo, por favor, reflexiona. Tenemos que hablar en serio, necesito entender qué te está pasando. En nuestro larguísimo período de convivencia siempre has sido un hombre afectuoso, conmigo y con los niños. No te pareces en nada a tu padre, te lo aseguro, y nunca, jamás me di cuenta de eso del alambre de espino, de los engranajes y de las demás tonterías que mencionaste. En cambio, sí que me di cuenta de que en los últimos años algo estaba cambiando entre nosotros, mirabas con interés a otras mujeres. Me acuerdo muy bien de la del camping, hace dos veranos. Te quedabas tumbado a la sombra, te pasabas horas leyendo. Tenías cosas que hacer, decías, y no nos hacía caso ni a mí ni a los niños, estudiabas debajo de los pinos o tumbado en la arena, escribías. Pero si levantabas la vista, lo hacías para fijarte en ella. Y te quedabas con la boca entreabierta, como cuando una idea te ronda por la cabeza e intentas darle forma.

En aquel entonces me dije que no hacías nada malo: la chica era guapa, es imposible poner freno a los ojos, tarde o temprano se escapa alguna mirada. Pero lo pasé muy mal, especialmente cuando empezaste a ofrecerte para lavar los platos, algo que no ocurría nunca. Salías disparado hacia los fregaderos en cuanto ella iba para allá y regresabas cuando ella lo hacía. ¿Crees que estoy

ciega, que soy insensible, que no me di cuenta? Me decía: tranquila, no significa nada. Porque me parecía inconcebible que pudiera gustarte otra, estaba convencida de que si yo te había gustado una vez, te gustaría siempre. Creía que los sentimientos verdaderos no cambiaban, sobre todo si estás casado. Puede pasar, me decía, pero solo a las personas superficiales, y él no lo es. Después me decía que eran tiempos de cambios, que tú también reflexionabas sobre la necesidad de lanzarlo todo por los aires, que tal vez me había dejado llevar demasiado por las tareas domésticas, la administración del dinero, las necesidades de los niños. A escondidas empecé a mirarme al espejo. ¿Cómo era, qué era? Los dos embarazos me habían cambiado poco o nada, era una esposa y una madre eficiente. Pero evidentemente aquello no bastaba para seguir siendo casi idéntica a como era cuando nos conocimos y nos enamoramos, es más, quizá ese era el error, era necesario que me renovara, que fuera algo más que una buena esposa y una madre aplicada. Así que traté de parecerme a la del campamento, a las chicas que seguramente te rondaban en Roma, y me esforcé por estar más presente en tu vida fuera de casa. Poco a poco empezó una fase distinta, te habrás dado cuenta, espero. ¿O no? ¿Te diste cuenta pero no sirvió de nada? ¿Y por qué? ¿No hice lo suficiente? ¿Me quedé a mitad de camino, no logré adecuarme a las otras y entretanto seguí siendo como era? ¿O me pasé? ¿Me volví demasiado nueva, mi cambio te molestó, hizo que te avergonzaras de mí, ya no me reconocías?

Hablemos, no puedes venirme con vaguedades. Debo saber sobre esa Lidia. ¿Tiene casa propia, duermes en su casa? ¿Tiene lo que buscabas y que yo ya no tengo o nunca he tenido? Escurriste el bulto y evitaste por todos los medios decirme las cosas claras. ¿Dónde estás? La dirección que dejaste es de Roma, el número de teléfono, también, pero escribo y no contestas, llamo, el teléfono suena y nadie contesta. ¿Qué tengo que hacer para verte, llamar a algún amigo tuyo, ir a la universidad? ¿Tengo que ponerme a gritar delante de tus colegas y los alumnos, tengo que informar a todos de que eres un irresponsable?

Tengo que pagar la luz y el gas. El alquiler. Y encargarme de los dos niños. Vuelve pronto. Tienen derecho a tener unos padres que se ocupen de ellos durante el día y la noche, un padre y una madre con los que desayunar por la mañana, que los acompañen al colegio y luego vayan a recogerlos a la salida. Tienen derecho a tener una familia, una familia con una casa donde se

almuerza juntos y se juega y se hacen los deberes y se ve un rato la televisión y luego se cena y luego se ve otro rato la televisión y luego se dan las buenas noches. Da las buenas noches a papá, Sandro, y tú también, Anna, decidle buenas noches a vuestro padre y nada de lloriqueos, por favor. Esta noche no hay cuento, se ha hecho tarde; si queréis un cuento, tenéis que lavaros los dientes deprisa, papá os lo cuenta, pero un cuarto de hora nada más; después a dormir, porque si no mañana llegamos tarde al colegio, y también papá tiene que tomar un tren temprano, porque si llega tarde le llaman la atención. Y los niños —¿ya no te acuerdas?— van corriendo a lavarse los dientes y luego van a buscarte para que les cuentes un cuento, todas las noches, como ocurre desde que los concebimos, como debe ocurrir hasta que sean mayores, hasta que se marchen, y nosotros nos hagamos viejos. Pero tal vez ya no te interese envejecer conmigo, quizá tampoco te interese ver crecer a tus hijos. ¿Es así? ¿Es así?

Tengo miedo. La casa está aislada, ya sabes cómo es Nápoles, mal sitio. De noche oigo ruidos y risotadas, no duermo, estoy agotada. ¿Y si entra un ladrón por la ventana? ¿Y si nos roban el televisor o el tocadiscos? ¿Y si alguien la tiene tomada contigo y se venga matándonos mientras dormimos? ¿Será posible que no entiendas el peso que has descargado en mí? ¿Se te ha olvidado que no tengo un trabajo, que no sé cómo salir adelante? No me hagas perder la paciencia, Aldo, ten cuidado. Si me lo propongo, me las pagarás.

HE visto a Lidia. Es muy joven, es guapa, bien educada. Me escuchó con mucha más atención que tú. Y dijo algo muy atinado: debes hablar con él, yo no tengo nada que ver con vuestra relación. Es así, ella es una extraña, he hecho mal en ir a buscarla. ¿Qué iba a decirme: que la querías, que te la apropiaste, que te gusta y te sigue gustando? No, no, el único que puede explicarme todo de esta situación eres tú. Ella tiene diecinueve años, qué va a saber, qué va a entender. Tú tienes treinta y cuatro, eres un hombre casado, eres muy instruido, tienes un trabajo respetable, te aprecian. Te toca a ti dar una explicación argumentada, no a Lidia. Sin embargo, todo lo que me has dicho al cabo de dos meses es que ya no puedes seguir viviendo con nosotros. ¿De veras? ¿Y cuál sería el motivo? Conmigo —lo juraste— no había ningún problema. Tus hijos están fuera de toda discusión, son tus hijos, ellos están bien contigo y tú, según admitiste, estás estupendamente con ellos. ¿Entonces? No hay respuesta. Solo consigues balbucear: no sé, ha ocurrido. Y si te pregunto: tienes una nueva casa, nuevos libros, objetos que te pertenecen, contestas que no, no tengo nada, me siento mal. Y si te digo: vives con Lidia, dormís juntos, coméis juntos, cambias de tema, mascullas: no, qué va, nos vemos, es todo. Te lo advierto, Aldo, no sigas así conmigo, no lo soporto. Todo lo que hablamos me parece falso. Mejor dicho, hago un esfuerzo por llegar a la verdad que me destruye, mientras tú me mientes y, al mentirme, demuestras que ya no me tienes ningún aprecio, que me rechazas.

Estoy cada vez más asustada. Temo que hagas lo posible por transmitir el desprecio que te inspiro a los niños, a nuestros amigos, a todos. Quieres

aislarme, quieres excluirme de todo. Y, lo más importante, quieres evitar cualquier intento de reexaminar nuestra historia. Es algo que me vuelve loca. A diferencia de ti, yo necesito saber, es urgente que me digas punto por punto por qué me dejaste. Si todavía me consideras un ser humano y no un animal al que alejar con un palo, me debes una explicación, y debe ser una explicación válida.

AHORA lo tengo todo claro. Has decidido borrarte, abandonarnos a nuestro destino. Quieres una vida propia, para nosotros no hay sitio. Quieres ir donde te dé la gana, ver a quien te dé la gana, realizarte como te dé la gana. Quieres dejar atrás nuestro pequeño mundo y entrar en el grande con tu nueva mujer. A tus ojos somos la prueba de cómo has desperdiciado la juventud. Nos consideras una enfermedad que te ha impedido crecer, y esperas recuperarte sin nosotros.

Si lo he entendido bien, desapruebas que diga «nosotros» con tanta frecuencia. Pero es así: los niños y yo somos «nosotros», tú ahora eres «tú». Al marcharte has destruido nuestra vida contigo. Has destruido nuestra manera de verte, lo que creíamos que eras. Lo luciste conscientemente, lo planificaste, nos obligaste a tener en cuenta que solo fuiste fruto de nuestra imaginación. De manera que ahora Sandro, Anna y yo estamos aquí, expuestos a la miseria, a la más absoluta falta de seguridad, a la angustia, mientras tú disfrutas por ahí, vete a saber dónde, con tu amante. La consecuencia es que, así las cosas, mis hijos son solo míos, no te pertenecen. Te las arreglaste para que su padre se convirtiera en una ilusión mía y de ellos.

Pero dices que quieres seguir manteniendo las relaciones. Está bien, no tengo nada en contra, lo esencial es que nos expliques cómo. ¿Quieres ser padre a todos los efectos pese a que me has excluido de tu vida? ¿Quieres ocuparte de Sandro y Anna, dedicarte a ellos sin mí? ¿Quieres ser una sombra

que aparece de vez en cuando y después me los dejas? Pregúntales, a ver si a los niños les parece bien. Lo único que te puedo decir es que lo que ellos creían que les pertenecía, tú se lo has quitado de repente, y eso hace que se sientan muy mal. Sandro te consideraba su punto de referencia y ahora está perdido; Anna no sabe qué ha hecho mal, pero cree que es algo tan grave que la has castigado con tu marcha. Esta es la situación, ponte cómodo, yo estaré mirando. Pero ya te digo que, primero, no permitiré que echas a perder mi relación con ellos y, segundo, impediré que les hagas a mis hijos más daño del que ya les has hecho mostrando una figura de padre completamente falsa.

**E**SPERO que ahora te quede claro por qué el final de nuestra relación supone el final de la relación con Sandro y Anna. Es fácil decir: soy el padre y quiero seguir siéndolo. Has demostrado con hechos que en tu vida actual no hay lugar para los niños, que quieres librarte de ellos como te libraste de mí. De hecho, ¿cuándo te preocupaste realmente por ellos?

Te cuento las últimas novedades, pues doy por hecho que te interesarán. Nos mudamos de casa, no me alcanzaba el dinero para pagar el alquiler. Nos fuimos a vivir con Gianna, tuvimos que apañarnos. Los niños tuvieron que cambiar de colegio y amigos, Anna sufre porque ya no ve a Marisa, ya sabes cómo la apreciaba. Desde el primer momento tenías claro que acabaríamos así, que al dejarnos ibas a causarles todo tipo de incomodidades y humillaciones. Sin embargo, ¿alguna vez has movido un dedo para evitarlo? No, solo has pensado en ti.

Le habías prometido a Sandro y a Anna que pasarías el verano con ellos, todo el verano, y viniste a recogerlos con desgana un domingo, ellos estaban contentos. Pero ¿cómo acabó la cosa? Me los trajiste de vuelta al cabo de cuatro días diciendo que ocuparte de ellos te causaba ansiedad, que no te sentías a la altura, y te marchaste otra vez con Lidia, y no volviste a dar señales de vida hasta el otoño, ni te planteaste qué vacaciones tendrían los niños, dónde, cómo, con quién, con qué dinero. Te ocupaste de tus necesidades, no de las de los niños.

Pero pasemos a las visitas dominicales. Llegabas tarde a propósito, te

quedabas pocas horas. Nunca los sacaste a pasear, nunca jugaste con ellos. Veías la televisión con ellos sentados a tu lado, esperando, vigilándote.

¿Y las fiestas? En Navidad, Nochevieja, Reyes, Semana Santa no diste señales de vida. Es más, cuando los niños te pidieron expresamente que te los llevaras, siempre contestaste que no tenías dónde alojarlos, como si fuesen unos desconocidos. Anna te dibujó uno de sus sueños de muerte y te lo explicó punto por punto. Ni pestañeaste, ni te conmoviste, te quedaste escuchándola y le dijiste: qué colores más bonitos. Reaccionabas únicamente cuando, durante nuestras discusiones, sentías la necesidad de subrayar que tenías tu vida, que tu vida no era la nuestra, que la separación era definitiva.

Hoy sé que tienes miedo. Temes que los hijos debiliten tu decisión de excluirnos, que se entrometan en tu nueva relación, que la echen a perder. Por eso, querido mío, cuando dices que quieres seguir siendo padre, es pura palabrería. La realidad es otra: librándote de mí, también quieres librarte de los niños. Es evidente que la crítica a la familia, a los roles y demás tonterías es solo una excusa. Ni en sueños estás luchando contra una institución opresiva que reduce a las personas a simples funciones. Si fuera así, te darías cuenta de que estoy de acuerdo contigo, que yo también quiero liberarme y cambiar. Si fuera así, una vez destruida la familia te detendrías ante el precipicio sentimental, económico y social al que nos estás lanzando y te apresurarías a reconocer nuestros afectos, nuestros deseos.

Pero no. Tú quieres quitarte de encima a Sandro, a Anna, a mí en cuanto personas. Nos ves como un obstáculo para tu felicidad, como una trampa que reprime tus ansias de placer, nos consideras un residuo irracional y maligno. Desde el principio te dijiste: debo recuperar el control de mi vida, aunque esto los mate.

**M**E pones el ejemplo de las escaleras. ¿Sabes —dices— cuando subes las escaleras? Los pies van uno detrás del otro como hemos aprendido de niños. Pero la alegría de los primeros pasos se ha perdido. Al crecer nos amoldamos a la marcha de nuestros padres, de nuestros hermanos mayores, de las personas a las que estamos unidos. Ahora las piernas suben según costumbres adquiridas. Y la tensión, la emoción, la felicidad del paso se han perdido, igual que la singularidad de la marcha. Nos movemos creyendo que el movimiento de las piernas nos pertenece, pero no es así, junto con nosotros sube esos peldaños una pequeña multitud a la que nos hemos adecuado, la seguridad de las piernas solo es resultado de nuestro conformismo. O cambiamos el paso —concluyes— y recuperamos la alegría del comienzo o nos condenamos a la normalidad más gris.

¿Lo he resumido bien? ¿Puedo darte ahora mi opinión? Es una metáfora estúpida, tú sabes hacerlo mejor, pero aun así la doy por buena. En el estilo figurado de siempre quisiste hacerme saber que antes éramos felices pero que después esa felicidad se vio sometida a rituales que, si por una parte permitieron que los días, los meses y los años transcurrieran sin demasiados problemas, por la otra, nos ahogaron tanto a nosotros como a los niños. Estupendo. Pero ahora tienes que explicarme las consecuencias. ¿Quieres decir que si fuera posible retrocederías de buena gana quince años, pero como no se puede retroceder y, por otra parte, el deseo del placer de los inicios es fuerte, no te queda más remedio que volver a empezar con Lidia? ¿Eso quieres decir? Si es así, te diré una cosa. Desde hace algún tiempo yo también

siento que la alegría de antes se ha debilitado. Desde hace algún tiempo yo también pienso que hemos cambiado, que nuestro cambio nos hace daño a nosotros, a Sandro y a Anna, que nos arriesgamos a una convivencia atormentada para nosotros y los niños. Desde hace algún tiempo yo también temo que si nos limitamos a ir tirando juntos y a criar a nuestros hijos, actuamos contra nosotros y contra ellos, entonces es mejor que te deje. Pero yo, yo, a diferencia de ti, no creo que por tu culpa se hayan perdido las llaves del paraíso terrenal y por eso me conviene encariñarme con otro menos descuidado. Yo no os suprimo, yo no niego vuestra existencia con tal de liberarme. Y para el caso, ¿liberarme de qué manera? ¿Formando otra pareja y otra familia como estás haciendo con Lidia?

Aldo, por favor, no juegues con las palabras, estoy agotada, es la última vez que trato de hacerte entrar en razón. Añorar el pasado es estúpido, como es estúpido perseguir siempre nuevos comienzos. Tu deseo de cambio tiene una única salida posible, nosotros cuatro: yo, tú, Sandro, Anna. Tenemos el deber de darnos juntos un nuevo paso. Mírame, mírame bien, por favor, mírame pero viéndome de verdad. No siento nostalgia de nada. Estoy tratando de subir tus miserables peldaños a mi paso, y quiero seguir adelante. Pero si no nos das ninguna posibilidad ni a mí ni a mis hijos, iré a los juzgados y solicitaré la custodia de los niños exclusivamente para mí.

**P**OR fin hiciste un gesto inequívoco. Ni pestañeaste ante la orden del juez, no moviste un dedo para reivindicar tu tan cacareada función paterna. Aceptaste que me ocupase yo sola de los niños, prescindiendo de que tus hijos te necesitan. Has descargado en mí su existencia, la has alejado oficialmente de la tuya. Y como quien calla otorga, los menores están ahora bajo mi custodia. «Con efecto inmediato.» Muy bien, qué orgullosa me siento de haberte amado.

**M**E he matado. Sé que debería escribir «He intentado matarme», pero no sería exacto. En esencia estoy muerta. ¿Crees que lo hice para obligarte a volver? ¿Es esa la razón por la que también en esta ocasión te cuidaste mucho de aparecer por el hospital aunque solo fueran cinco minutos? ¿Temías encontrarte en una situación de la que no habrías sabido cómo salir? ¿O tenías miedo de enfrentarte al desastre que habías organizado?

Por Dios, eres realmente un hombre débil y confundido, falto de sensibilidad, superficial, lo opuesto de lo que durante casi doce años creí que eras. A ti no te interesan las personas, cómo cambian, cómo evolucionan. Tú utilizas a las personas. A las personas solo les das espacio si te ponen en un pedestal. Solo te vinculas a ellas con la condición de que te reconozcan un prestigio y un papel dignos de ti, solo con la condición de que, alabándote, te impidan ver que en realidad estás vacío y asustado de tu vacuidad. Cada vez que este mecanismo se atasca, cada vez que las personas toman distancia e intentan crecer, las destruyes y sigues tu camino. A este frenesí tuyo lo llamas participación. Ah, sí, vaya si participas, vaya si tomas parte, incluso demasiado. Pero en realidad eres un hombre pasivo, adoptas ideas y palabras de los libros de éxito y las exhibes, estás sometido por completo a las convenciones y a las modas impuestas por quienes realmente valen, gente entre la que esperas contarte pronto. Nunca eres tú mismo, nunca has sido tú mismo, ni siquiera sabes lo que eso significa. A ti solo te interesa aprovechar las ocasiones cuando se presentan, si se presentan. En Roma se presentó la ocasión de hacer de ayudante en la universidad y empezaste a hacer de

ayudante. Te encontraste con la protesta estudiantil y empezaste a hacer política. Murió tu madre, que te tenía agarrado, y, como yo estaba por ahí, en el papel de tu novia, te casaste conmigo. Trajiste al mundo dos hijos pero solo porque como eras marido también te pareció necesario ser padre, es lo que se suele hacer. Se te cruzó una chica respetable y, en nombre de la liberación sexual y la disolución de la familia, te convertiste en su amante. Puedo seguir así eternamente, nunca serías lo que quieres sino lo que te sale al paso.

Durante toda esta época tremenda —tres años de tormentos— he tratado de servirte de ayuda. Me esforcé día y noche por hurgar dentro de mí y por impulsarte a hacer lo mismo. No te diste cuenta. Me escuchaste distraídamente, estoy casi segura de que ni siquiera leíste mis cartas. Mientras que yo reconocía que sí, que la familia es asfixiante, que los papeles que impone nos anulan, y, por tanto, hacía un esfuerzo insoportable para llegar al meollo de las cosas, y cambiaba, cambiaba en todo, estaba en expansión, tú ni siquiera te enterabas, y si te enterabas, te disgustabas, te escabullías, me destruías con media palabra, con una mirada, con un gesto. El suicidio, querido mío, fue una confirmación. Hace tiempo que me mataste, y no solo en mi papel de esposa, sino como ser humano que se encontraba en su momento más pleno, más sincero. Que yo haya sobrevivido, que ahora conste en el registro civil como viva, no es una suerte para mí, ni mucho menos, sino para mis hijos. Tu ausencia, tu desinterés también en este trance me han probado que, si hubiese muerto, tú habrías seguido de todos modos tu camino.

CONTESTO las preguntas que me planteas.

En los dos últimos años he trabajado siempre, ocupando distintos puestos y, en general, por cuatro cuartos, en empresas públicas y privadas. Desde hace poco tengo un trabajo estable.

Nuestra separación quedó ratificada de hecho por el certificado de situación familiar y la declaración de custodia que firmaste. No veo la urgencia de otras medidas.

Recibo puntualmente el dinero que mandas, aunque nunca te he pedido nada ni para mí ni para mis hijos. Dentro de los límites de mi situación económica, trato de no utilizarlo, lo ahorro para Sandro y Anna.

El televisor se estropeó hace tiempo y dejé de pagar el canon por su uso.

Dices que necesitas restablecer la relación con los niños. Consideras que, como ya han pasado cuatro años, es posible encarar el problema con serenidad. Pero ¿qué es lo que queda por encarar? ¿Acaso la naturaleza de esta necesidad tuya no quedó definida con precisión cuando te fuiste robándonos nuestra vida, cuando los abandonaste porque no soportabas la responsabilidad que suponían?

De todos modos les he leído esta petición tuya y han decidido verte. Te recuerdo, por si se te hubiera olvidado, que Sandro tiene trece años y Anna, nueve. Están abrumados por las incertidumbres y los miedos. No empeores más su situación.

# **Libro segundo**

1

# 1

## Capítulo

VAYAMOS por partes. Poco antes de las vacaciones, a causa de una fractura en la muñeca que se resistía a curarse, y aconsejada por el ortopedista, Vanda alquiló durante dos semanas un estimulador eléctrico. El precio acordado con la empresa era de doscientos cinco euros, la entrega debía hacerse al día siguiente. A eso de las doce del día siguiente, llamaron a la puerta y como mi mujer estaba ocupada en la cocina fui a abrir yo, precedido como siempre por el gato. Una joven delgada, de pelo corto negro, tal vez un tanto ralo, cara delicada de una gran palidez en la que resaltaban los ojos vivaces sin maquillar, me tendió una caja gris. Recibí el paquete, tenía la cartera encima del escritorio de mi estudio, dije: disculpe un momento. Sin que la invitara a entrar me siguió por la casa.

—Precioso —exclamó dirigiéndose al gato—, ¿cómo te llamas?

—Labes —contesté yo.

—¿Qué nombre es ese?

—Significa «el animal».

La muchacha rio, se inclinó y acarició a Labes.

—Son doscientos diez euros —dijo.

—¿No eran doscientos cinco?

Ella negó con la cabeza, concentrada en el gato, lo acariciaba debajo del cuello susurrando palabras insensatas. Luego, en cuclillas, me habló con el tono tranquilo de quien acostumbrada a ir de casa en casa por trabajo sabe cómo apaciguar la inquietud de los ancianos cuando un extraño llama a la

puerta. Abra la caja, dijo, encontrará el albarán, verá que son doscientos diez euros. Y, sin dejar de acariciar al gato, paseó la mirada con curiosidad más allá de la puerta de mi estudio.

—Cuántos libros.

—Los uso para trabajar.

—Bonito trabajo. Y cuántas estatuillas. Ese cubo de ahí arriba es de un azul maravilloso. ¿Es de madera?

—De metal. Lo compré en Praga hace muchos años.

—¡Bonita casa! —exclamó al levantarse. Después indicó de nuevo la caja —: Eche un vistazo.

Me gustaron sus ojos brillantes.

—No hace falta —dije y le di doscientos diez euros.

Ella los cogió y, al tiempo que con la mano se despedía del gato, me advirtió:

—No se canse demasiado leyendo. Adiós, Labes.

—Adiós, gracias —contesté yo.

Eso es todo, nada más, nada menos. Pasaron unos minutos y Vanda salió de la cocina con un delantal verde que le llegaba casi a los pies. Abrió la caja, enchufó el alimentador, comprobó que el generador funcionaba y examinó el solenoide para ver cómo debía utilizarlo. Entretanto, por curiosidad, eché un vistazo al albarán. La chica me había engañado.

—¿Pasa algo? —preguntó mi mujer que, aunque esté distraída, nota enseguida mis cambios de humor.

—Me ha pedido doscientos diez euros.

—¿Y se los has dado?

—Sí.

—Te dije que eran doscientos cinco.

—Parecía una persona respetable.

—¿Era una mujer?

—Una chica.

—¿Agradable?

—Bueno...

—Es un milagro que solo te haya sacado cinco euros.

—Cinco euros no son tantos.

—Cinco euros son diez mil liras de las de antes.

Con los labios apretados como cuando está contrariada, se dedicó a leer las instrucciones. Le importa mucho el dinero. Durante toda la vida ha estado obsesionada con el ahorro y todavía hoy, pese a los achaques, no duda en agacharse para recoger de la mugre de las calles una moneda de un céntimo. Es de esas personas que jamás dejan de subrayar, a modo de recordatorio dirigido ante todo a sí mismas, que un euro equivale a dos mil liras y que si hace quince años para ir al cine se pagaban doce mil liras, hoy, que la entrada de cine cuesta ocho euros, se pagan treinta y dos mil. Nuestro bienestar actual y, en cierta medida, también el de nuestros hijos, que suelen pedir dinero, se debe no tanto a mi trabajo como a su rigor. En consecuencia, que minutos antes una extraña se hubiese apropiado de cinco euros nuestros, debió de haberla irritado tanto como la habría alegrado encontrar esa misma cantidad al lado de un coche estacionado.

Como suele ocurrir, su contrariedad acentuó la mía. Voy a enviar un correo electrónico a la empresa, dije, y me retiré a mi estudio con la intención de denunciar el pequeño timo. Quería tranquilizar a mi mujer, siempre me ha angustiado su desaprobación, por no hablar del sarcasmo con el que ve cómo, a mi edad, sigo siendo tontamente sensible a los remilgos de las mujeres. Así, después de encender el ordenador, estuve un rato repasando mentalmente los gestos de la mensajera, su voz, sus palabras. Analicé el tono cautivador con el que dijo qué precioso el gato, oh, cuántos libros, y me volvió a la cabeza la forma solícita, casi afectuosa, con la que me exhortó a abrir el paquete y revisarlo. Evidentemente de un solo vistazo supo que no le costaría nada enredarme.

Me irritó constatarlo. Mentalmente tracé una línea entre cómo habría reaccionado unos años antes («No me haga perder el tiempo, esta es la cantidad acordada, adiós») y cómo había reaccionado ahora («El gato se llama Labes, trabajo con libros, el cubo lo compré en Praga, no hace falta, gracias»). Y así me decidí a teclear alguna frase agresiva. No tardé en notar que una desgana perpleja se apoderaba de mí, pensé: a saber cómo vive esta chica, trabajos precarios y mal pagados, los padres a su cargo, un alquiler desorbitado, la necesidad de comprarse maquillaje y unas medias, un marido o novio desempleado, problemas con las drogas. Si escribo a la empresa, me dije, seguramente perderá también este trabajo. Al fin y al cabo, qué son

cinco euros, una propina que yo mismo, a escondidas de mi mujer, le habría dado con gusto. De todos modos, si en estos tiempos de miseria, la chica sigue yendo por ahí e inflando las cifras a su favor, no tardará en toparse con alguien menos conciliador que yo que se lo hará pagar.

Dejé correr la carta. A Vanda le dije que la había mandado y me olvidé del episodio.

DÍAS más tarde nos fuimos a la playa. Mi mujer preparó el equipaje, a rastras lo bajé hasta el coche. Hacía mucho calor. La calle, habitualmente concurrida, estaba vacía, los edificios de alrededor estaban en silencio, gran parte de las ventanas y los balcones estaban protegidos con trancas y persianas bajadas.

El esfuerzo me dejó empapado en sudor. Vanda quería ayudarme y como se lo impedí —me preocupaba la fragilidad de sus huesos— me daba instrucciones sobre cómo acomodar las maletas. Estaba nerviosa, la angustiaba dejar el apartamento. Aunque se tratara de pasar siete días en la playa, en un hotel cerca de Gallipoli —pensión completa a un precio aceptable, nada que hacer aparte de dormir, dar paseos por la arena y disfrutar de un baño—, ella seguía con su cantinela, que de buena gana se hubiera quedado para leer en el balcón, entre el limonero y el níspero.

Hace treinta años que vivimos en esta casa y cada vez que nos toca establecernos en otros espacios, ella termina por comportarse como si no fuéramos a regresar nunca. Con los años se ha vuelto cada vez más complicado convencerla de darnos algún capricho. Ante todo siempre tiene la impresión de ser injusta con los hijos y los nietos. Además, lo que más lamenta es dejar a Labes, lo quiere y él la corresponde. Lógicamente yo también quiero a nuestra mascota, pero no hasta el punto de dejar que me arruine las vacaciones. De modo que debo ser cauto y persuadirla de que el gato estropeará los muebles del hotel, apestará nuestra habitación, molestará a

los demás huéspedes con sus maullidos nocturnos. Y cuando ella por fin se resigna a separarse de él, debo asegurarme de que nuestros hijos pasen por casa para llenarle los cuencos y limpiarle la bandeja. Esto suele inquietarla bastante. Nuestros hijos no se llevan bien y hay que evitar que, por el motivo que sea, el chico y la chica se vean obligados a encontrarse. Entre ellos siempre hubo tensiones, desde el comienzo de la adolescencia, pero las cosas se complicaron hará unos doce años, al morir la tía Gianna. En su atormentada existencia, la hermana mayor de Vanda no tuvo hijos, se encariñó sobre todo con Sandro y cuando murió le dejó a él unos ahorros considerables, y a Anna, unos trastos de poco valor. Eso dio pie a una pelea. Anna pretendió que se ignoraran las últimas voluntades de su tía y que se repartiera la herencia a partes iguales; Sandro se negó. La consecuencia es que dejaron de verse, y eso, sumado a los otros mil problemas de sus vidas desordenadas, hace sufrir muchísimo a su madre. Así que para evitar incluso que se crucen cuando deben ocuparse de Labes, yo organizo los turnos y los horarios. Vanda, que no tiene ninguna confianza en mi capacidad organizativa, los supervisa y se asegura de que los dos hijos tengan las llaves de nuestro apartamento. Esto es solo para dar una idea de lo laborioso que es todo. En fin, aquí estamos, ella y yo, rodeados de nuestro equipaje. Llevamos cincuenta y dos años viviendo juntos, un largo hilo de tiempo ovillado. Vanda es una mujer falsamente enérgica de setenta y seis años, yo, un hombre falsamente distraído de setenta y cuatro. Desde siempre ella me organiza la vida sin ocultarlo, desde siempre yo sigo sus instrucciones sin protestar. Ella es muy activa pese a los achaques, yo soy perezoso pese a la buena salud. Ya metí en el maletero la maleta roja, pero mi mujer se resiste, no está de acuerdo, mejor la negra debajo y la roja encima. Con los dedos me separé la camisa de la espalda, saqué la maleta roja, la dejé en el suelo gimiendo de forma exagerada, hice ademán de levantar la negra. En ese momento llegó un coche.

Fue imposible no fijarse en él, dado que no solo la calle sino la ciudad entera parecía vacía, la luz de los semáforos cambiaba de color inútilmente, se oía incluso el trino de los pájaros en la copa de los árboles. El coche pasó a nuestro lado, recorrió unos cuantos metros y pegó un frenazo. Un segundo, dos: oí con claridad el ruido de los engranajes en la caja de cambios. El coche se detuvo a nuestra altura tras el gemido veloz de la marcha atrás.

—No es posible —exclamó el hombre al volante, los ojos encerrados en una sombra oscura, los dientes algo envejecidos—. Pasaba por aquí y lo que son las cosas, usted, precisamente usted aquí en la calle. Cuando se lo diga a mi padre, se quedará boquiabierto.

. Era entusiasta, reía de contento. Dejé estar la maleta negra y bucéé en mi memoria tratando de recuperar algún rasgo suyo —la nariz, la boca, la frente— que me ayudara a recordar quién era. No pude, tenía una cara cambiante que la emoción volvía aún más cambiante, no conseguía tranquilizarse. Y hablaba sin respirar, vertió sobre mí un torrente de palabras sobre su padre que se acordaba de mí con estima y afecto, sobre ciertas dificultades que yo le había ayudado a superar cuando era joven, sobre cómo por fin las cosas terminaron por arreglarse y, además, prometían ir cada vez mejor. Repetía sin cesar: qué alegría, y aunque yo no entendía si lo había ayudado a él, a su padre o a ambos, me convencí casi enseguida de que debía de tratarse de uno de mis exalumnos, tal vez de la época breve de mi juventud en que daba clases en un colegio de secundaria de Nápoles, tal vez en la época más larga en que trabajé en la universidad de Roma. Me cruzaba con desconocidos joviales en cuyas caras adultas, a menudo muy marcadas, reconocía a veces —pero con más frecuencia fingía reconocer— a exalumnos. Sí, concluí, es lo más probable, se trata seguramente de uno de mis alumnos, y no quise que el hombre se diera cuenta de que no lo reconocía y se sintiese herido. Me impuse una expresión cordial, y acabé por preguntarle:

—¿Cómo está tu padre?

—Bien. Tiene algún problema de corazón, nada grave.

—Dale recuerdos.

—Claro.

—Y tú, ¿todo bien?

—Muy bien. ¿Se acuerda de que quería irme a Alemania? Fui y allí, por fin, estoy teniendo algo de suerte. ¿Qué posibilidades hay en Italia? Cero. En cambio, en Alemania he montado una pequeña industria, trabajo con pieles, hago bolsos, chaquetas, artículos de calidad que se venden bien.

—Me alegro por ti. ¿Te has casado?

—Todavía no, me caso en otoño.

—Felicidades, y de nuevo, muchos recuerdos para tu padre.

—Gracias, no se imagina lo contento que se pondrá.

Esperé que se marchara, pero no lo hizo. Nos quedamos unos segundos con la sonrisa estampada en la cara, sin decir nada. Después él negó enérgicamente con la cabeza:

—No, no, quién sabe cuándo surgirá otra ocasión. Quiero dejarle al menos un regalo, para usted y su señora.

—En otra ocasión, ahora tenemos que irnos.

—No tardo nada, es un momento.

El hombre se bajó del coche, era ágil, decidido, abrió el maletero. Aquí tiene, exclamó dirigiéndose a Vanda, y le alcanzó un bolso brillante que ella aceptó casi con fastidio, como si temiera ensuciarse. Para mí, el desconocido eligió una chaqueta de piel negra, me la desplegó sobre el cuerpo murmurando: es perfecta. Me aparté: es demasiado, no puedo aceptar. Pero él, ni caso, volvió a dirigirse a Vanda, quería darle también una cazadora con hebillas relucientes. Esta es de su talla, le dijo muy contento. Llegados a ese punto traté de detenerlo: has sido muy amable, gracias de nuevo, pero basta de regalos, se nos hace tarde y no queremos encontrar tráfico. Y él cambió, su cara resbaladiza se puso rígida: no hay de qué, cuando se puede, se puede, solo le pido un pequeño favor, que me dé unos euros para la gasolina, tengo que llegar a Alemania, no es obligatorio, pero si le parece demasiado, no pasa nada, al fin y al cabo son regalos.

Me quedé desconcertado: el padre, la gratitud, la pequeña industria alemana, los negocios viento en popa, ¿y ahora me pedía unos euros para la gasolina? Mecánicamente saqué la cartera, busqué cinco, diez euros, descubrí que solo llevaba un billete de cien. Lo lamento, murmuré, pero ya me latían las sienas, estaba a punto de decirle: pues no, no lo lamento, coge tus cosas y vete. Fue un instante. Con un gesto preciso, rápido y leve a la vez, el hombre se lanzó con el pulgar y el índice en pinza hacia mi cartera, cerró los dedos sobre los cien euros, me los quitó con ojos cordiales y agradecidos y, un instante después, se sentaba al volante y arrancaba exclamando: gracias, qué contento se pondrá papá.

Si el timo de la chica del solenoide me había amargado, este episodio me hizo daño. El coche no había desaparecido del todo al final de la calle cuando mi mujer exclamó incrédula:

—¿Le has dado cien euros?

—No le he dado nada, me los ha quitado.

—Esto no vale ni un céntimo. Qué peste, no es piel, huele a merluza.

—Tíralo todo al contenedor.

—Ni hablar, en todo caso, se lo doy a la Cruz Roja.

—Está bien.

—No, no está bien. Por Dios, nos criamos en Nápoles, ¿y tú te dejas tomar el pelo de ese modo?

CONDUJE durante horas hasta la playa, mareado por el pestazo de las chaquetas y el bolso. Vanda no conseguía entenderlo. Cien euros, repetía, doscientas mil liras, no puede ser. Pero después su descontento perdió fuelle, suspiró resignada y dijo: está bien, paciencia, no lo pensemos más. Asentí enseguida y me esforcé por decir algo que fuera igual de definitivo. Pero no se me ocurrió nada convincente y mientras tanto empecé a sentir como si ante cualquier discrepancia pudiera romperme. Por culpa, creo, de la conexión que establecí casi enseguida entre la mensajera morena y el buhonero de los dientes envejecidos. A los dos —pensé— les bastó un vistazo para decirse: mira, con este tipo vamos sobre seguro. Y tuvieron razón, me dejé embaucar con facilidad. Evidentemente mi sistema de alarma debía de haberse desgastado hasta el punto de desactivarse. O, qué sé yo, con los años se fue destiñendo la marca del hombre al que no se engaña, una mirada, una mueca de la boca. O, sencillamente, era como si me hubiera vuelto borroso, había perdido la elasticidad vigilante que a lo largo de la existencia me permitió salir de la miseria de mis orígenes, criar a mis hijos, imponerme en ambientes difíciles, conquistar cierto bienestar, adaptarme a las circunstancias para bien o para mal. No sabía con exactitud cómo y en qué medida había cambiado, pero ahora me parecía seguro que había sido así.

Casi habíamos llegado a nuestro destino cuando tuve otra pequeña prueba de lo cerca que estaba de perder el control de todo el delicado sistema de pesos y contrapesos que durante cincuenta años había mantenido mi vida en equilibrio. Mientras me desenvolvía sin ganas en el tráfico temerario de las

vacaciones, me esforcé por recordar si en el pasado me habían engañado, pero no me vino nada a la cabeza. Afloró en cambio un hecho de mucho tiempo atrás en el que yo hacía buen papel. Rompí un largo silencio y siguiendo mis pensamientos pasé sin preámbulos a hablarle a Vanda, que estaba medio traspuesta con la frente apoyada en la ventanilla, de aquella vez en que —seguramente era primavera— ella me había acompañado a la RAI. No recordaba bien en qué año había sido ni por qué, tal vez —dije— ni siquiera era la RAI, quizá todavía no trabajaba allí, a saber adónde fuimos. Pero lo cierto era que al final de un trayecto en taxi pagué al taxista con cincuenta mil liras, él insistió en que le había dado diez mil, se produjo una disputa, y el hombre fue grosero incluso con ella que había visto bien las cincuenta mil liras y quiso echarme una mano. Yo me mostré desdeñoso como solía hacer. Le pedí al taxista nombre, apellido y demás, después le anuncié que podía quedarse con las cincuenta mil liras, pero que pensaba ir de inmediato a los carabineros. En primer lugar, el hombre me dio sus datos mascullando entre dientes, muy agresivo, después, refunfuñando soltó frases como: hoy no tendría que haber salido, quién me habrá mandado, estoy con gripe, y al final, acabó dándome el cambio justo. ¿Te acuerdas?, le pregunté, orgulloso.

Mi mujer se despertó, me miró perpleja.

—Te confundes —dijo gélida.

—Fue tal como te lo cuento.

—Yo no iba contigo en ese taxi.

Enseguida noté que el rubor me subía por el pecho y me quemaba la frente, lo paré en seco.

—Claro que ibas conmigo.

—Basta.

—Eres tú la que no se acuerda.

—He dicho basta.

—A lo mejor iba solo —refunfuñé y dejé de hablar tan bruscamente como había empezado.

El corto trayecto que nos quedaba lo recorrimos en un silencio malhumorado. Recuperamos algo de buen humor al llegar al hotel, cuando nos dieron una habitación con vistas a la playa y al mar. Por la noche, la cena nos pareció excelente, y cuando regresamos a nuestra habitación descubrimos

que el aire acondicionado era de una gran discreción, y que el colchón y las almohadas eran los adecuados para cuidar la maltrecha columna vertebral de Vanda. Nos tomamos nuestras pastillas y caímos en un sueño profundo.

Poco a poco me tranquilicé. Durante los siete días hizo un tiempo estupendo, el agua era cristalina, tomamos largos baños y dimos largos paseos. El campo y las casas no tenían espesor, a ciertas horas el mar se teñía de colores verdeazulados que destellaban bajo el sol intenso, los crepúsculos eran rojos. Aunque en el bufet, tanto en la comida como en la cena, entre los huéspedes del hotel había una competición sin normas para ver quién arramblaba con más comida, y Vanda me reprobaba porque me llenaba poco el plato, y la sala retumbaba fastidiosamente por los gritos de niños y adultos, y pasadas las once de la noche los camareros nos alarmaban recomendándonos que no fuésemos a la playa porque era peligroso, a tal punto que cuando nos íbamos a dormir cerraban las verjas tanto por el lado del mar como por el de la calle, en fin, pasamos unas vacaciones agradables.

—Qué brisa más agradable.

—Hacía años que no veíamos el agua así.

—Cuidado con las medusas.

—¿Has visto medusas?

—No, creo que no.

—Entonces ¿por qué me asustas?

—Lo decía por decir.

—O por estropearme el baño.

—Que no.

Gracias a la insistencia de Vanda, conseguimos una sombrilla en primera línea. A la sombra, acostados en las tumbonas orientadas hacia el agua soporífera, mi mujer leyó libros de divulgación científica y, de vez en cuando, me informaba sobre el mundo subatómico o el espacio profundo; yo, novelas y versos que a veces le susurraba no tanto por decírselos a ella, sino por procurarme un placer ulterior. Después de cenar, en la terraza, con frecuencia vimos juntos, en el mismo momento, la estela de una estrella fugaz, y eso nos entusiasmó. Elogiamos el cielo nocturno, los olores del aire, y ya mediada la semana, no solo esa playa, no solo aquel mar, sino el planeta entero nos parecieron un milagro. En los días restantes me sentí francamente bien. Saboreé la suerte de ser desde hacía casi setenta y cuatro años una feliz

transmutación de la sustancia sideral que bulle en los hornos del universo, un fragmento de materia viva y pensante, sin demasiados achaques, y, por pura casualidad, con una escasa experiencia de la desgracia. El único problema fueron los mosquitos que por la noche me picaban, sobre todo a mí, y dejaban en paz a Vanda, hasta el punto de que ella sostenía que no los había.

Por lo demás, qué bello era vivir, qué bello haber vivido. Yo mismo me sorprendí de mi optimismo, sentimiento por el que no tengo ninguna vocación.

Pero cuando llegó la hora de irnos —a las seis de la mañana para evitar el tráfico—, las cosas empeoraron. El cielo se nubló e hicimos todo el viaje de regreso bajo una lluvia de gotas grandes y pesadas, por autopistas mucho más amenazadoras que a la ida, entre relámpagos y truenos impresionantes. Conduje siempre yo, como en el viaje de ida (Vanda lo hace fatal), aunque a menudo tuve la impresión de no saber mantenerme en la calzada, y, sobre todo en las curvas, de acabar entre las ruedas de los camiones con remolque o contra el quitamiedos.

—¿Hace falta que corras tanto?

—No corro.

—Para y esperemos a que escampe.

—No escampará.

—Ay, virgen santa, qué relámpago.

—Ahora oirás el trueno.

—¿Crees que en Roma también estará lloviendo así?

—No lo sé.

—Labes tiene miedo de los truenos.

—Se las arreglará.

Mi mujer, que en la playa solo había mencionado al gato cuando telefoneaba a Sandro o a Anna para saber si todo estaba en orden, habló de él con aprensión durante todo el viaje. Labes representaba la tranquilidad de la casa, a la que ella, pese a atormentarme por mi conducción arriesgada, ya no veía la hora de regresar. La ansiedad aumentó cuando descubrimos que el agua también caía sobre Roma con violencia, corría sucia por el borde de las calles, formaba enormes charcos oscuros frente a las alcantarillas. Aparcamos en nuestra calle a las dos de la tarde; pese a la lluvia, hacía un calor

sofocante. Descargué el equipaje. Vanda quiso sostenerme el paraguas, pero como de ese modo nos mojábamos los dos, le pedí que subiera. Después de oponer cierta resistencia, obedeció y yo, cargado con maletas y bolsos, llegué al ascensor empapado. Mi mujer, que ya estaba arriba, me gritó desde el rellano:

—Olvídate del equipaje y sube enseguida.

—¿Qué pasa?

—La puerta no se abre.

LE presté poca atención. Si Vanda tiene que esperar unos minutos, pensé, no se hundirá el mundo, y coloqué las maletas en el ascensor mientras respondía a sus peticiones cada vez más apremiantes con apacibles: ya voy, ya casi estoy. Cuando terminé de acumular maletas y bolsos en nuestro rellano me di cuenta de que estaba realmente asustada. Había abierto con las llaves, pero algo no cuadraba. Mira, me dijo, y me indicó el batiente entornado. Empujé pero no ocurrió gran cosa, la puerta estaba atascada. Entonces, con unas contorsiones dolorosas del cuello, metí la cabeza por el poco espacio que había.

—¿Y bien? —preguntó Vanda, intranquila, agarrándome de la camisa como si temiera verme caer a saber dónde.

—Hay mucho desorden.

—¿Dónde?

—Dentro.

—¿Y quién ha sido?

—No lo sé.

—Llamaré a Sandro.

Le recordé que nuestros hijos ya estaban de vacaciones. Seguramente Sandro había salido esa mañana para Francia, con los niños de Corinne; a saber dónde estaría Anna. Llamaré igual, dijo mi mujer, que se fía más de su hijo varón que de mí, e hizo ademán de buscar el móvil en el bolso. Pero de pronto desistió, le vino a la cabeza Labes y lo llamó con voz potente,

imperativa. Esperamos: ni un ruido, ni un maullido. Entonces empujamos juntos el batiente y a fuerza de insistir, después de rechinar contra el suelo, la rendija se ensanchó. Entré en casa.

El vestíbulo, de costumbre pulcro, estaba irreconocible. Como arrastrados por la ola de una riada, el sofá y la mesa del comedor habían acabado uno encima del otro. En el suelo, inclinado de lado, yacía el viejo escritorio de Anna. Los cajones se habían salido —o los habían sacado— y estaban en el suelo, uno derecho, los otros volcados entre viejos cuadernos, lápices, bolígrafos, compases, escuadras, muñequitos que pertenecían a la infancia y la adolescencia de nuestra hija.

Di unos pasos cautos, pero enseguida noté un crujido bajo las suelas, fragmentos de los restos de bibelots varios. Mi mujer me llamó: Aldo, Aldo, ¿qué pasa, estás bien? Examiné la puerta. Se había atascado con uno de los muchos restos rotos esparcidos por el suelo, la desatasqué y abrí. Vanda entró en casa con paso inseguro, como si temiera tropezar y caer. Se puso muy pálida, el bronceado se transformó en un cieno verdoso. Como me pareció que estaba a punto de desmayarse, la agarré del brazo, pero ella se soltó, no dijo nada, fue a toda prisa a la sala, a los cuartos en otros tiempos ocupados por nuestros hijos, a la cocina, al baño, al dormitorio.

Me tomé mi tiempo. En general, ante situaciones difíciles de manejar, reacciono con cautela e intento evitar los movimientos erróneos. En cambio ella, tras un instante de desconcierto, se lanza de cabeza al terror y lucha con todas sus fuerzas. Siempre lo hizo así, desde que la conozco, esta vez también. Mientras oía sus pasos por el corredor, por los cuartos, noté de nuevo, y con más fuerza, que me sentía frágil y podía quebrarme. Miré a mi alrededor, me asomé a mi estudio tratando de no pisar las estampas que hasta la semana anterior habían adornado sus paredes y ahora yacían en el suelo entre vidrios rotos, marcos destrozados, estanterías arrancadas de cuajo, libros desencuadrados, fragmentos de discos de vinilo. Seguía allí recogiendo una antigua vista de Capri, cuando Vanda volvió sobre sus pasos. Qué haces, dijo azorada, no te quedes ahí como un pasmarote, ven a ver, es un desastre. Pero entretanto me adelantó de viva voz el espectáculo de devastación: armarios vaciados, perchas y ropa diseminadas por todas partes, nuestra cama patas arriba, un ensañamiento furioso en todos los espejos de la casa, y luego las persianas subidas, las ventanas y los balcones abiertos de par

en par, a saber la de bichos que habrán entrado, lagartijas, salamanquesas, tal vez ratones. Se echó a llorar a lágrima viva.

La arrastré de nuevo al vestíbulo. Desplacé el escritorio a un rincón, coloqué en el suelo la mesa que estaba apoyada en el sofá, volví a poner el sofá sobre sus patas, la hice sentar. Quédate aquí, le dije con tono involuntariamente molesto, y recorrí los cuartos de uno en uno cada vez más atónito. No había habitación que no estuviera patas arriba, necesitaríamos días, mucho trabajo y dinero, para hacer que el apartamento fuera de nuevo mínimamente habitable. El lector de CD había terminado en el suelo junto con discos relucientes, viejos documentos antes ordenados en carpetas, conchas —muchas conchas hechas añicos por suelas de zapatos— que Anna coleccionaba desde pequeña y que nosotros habíamos conservado en cajas de cartón. Por todas partes, en la sala, en mi estudio, en los dormitorios de los chicos, encontré los viejos muebles, a los que les teníamos cariño, con variedad de arañazos. ¿Y el baño? Una pocilga: medicamentos, algodón, papel higiénico, tubos de dentífrico estrujados, fragmentos de espejo, jabón líquido por doquier. Sentí el peso del dolor, pero no el mío, el de Vanda. Era ella quien cuidaba de la casa como si tuviera vida, quien la mantenía limpia y ordenada, quien a lo largo de los años nos había obligado a los chicos y a mí a respetar normas vejatorias y, sin embargo, útiles para encontrar siempre cada cosa en su sitio. Volví junto a ella, seguía sentada en la penumbra del vestíbulo.

—¿Quién ha sido?

—Ladrones, Vanda.

—¿Para robar qué? No hay nada de valor.

—Por eso mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no encontraron nada y nos destrozaron la casa.

—¿Por dónde entraron? La puerta estaba cerrada con llave.

—Por los balcones, por las ventanas.

—En el cajón de la cocina había cincuenta euros, ¿se los han llevado?

—No lo sé.

—¿Y el collar de perlas de mi madre?

—No lo sé.

—¿Dónde está Labes?

ESO, el gato, ¿dónde estaba? Vanda se levantó de un salto, lo llamó casi con rabia. Yo también lo llamé, con menos fuerza. Fuimos de habitación en habitación, nos asomamos a las ventanas, a los balcones, gritando su nombre. A lo mejor se ha caído, murmuró mi mujer. Estábamos en el tercer piso, abajo se encontraba la piedra basta del patio. No, la tranquilicé, se habrá escondido, habrá tenido miedo. Miedo a las personas extrañas que entraron en casa. Miedo y repulsión, como nosotros ahora, al pensar que unos desconocidos habían tocado nuestras cosas. Mi mujer conjeturó de pronto: ¿y si lo han matado? Y no esperó a que le contestara, lo leí en sus ojos: sí, lo han matado. Dejó de llamarlo, se puso otra vez a buscar por la casa con frenesí. Apartaba cosas, se metía entre los muebles caídos, examinaba los que habían quedado en pie. Intenté adelantarme a ella. Los ladrones podían haberle hecho a Labes lo mismo que con furia desproporcionada le habían hecho a las cosas. Prefería ser el primero en encontrar el cuerpo y en todo caso ocultárselo. Fui a mirar al cuartito donde guardábamos la ropa de invierno y por un segundo tuve la certeza de que vería al animal descuartizado o colgado entre los abrigos, como en las películas de terror. Pero me encontré frente a la misma destrucción: la vara metálica arrancada, la ropa en el suelo. De Labes, ni rastro.

Vanda parecía aliviada. No solo podía pensar otra vez que el gato seguía vivo, sino que durante su exploración descubrió con sorpresa, exactamente en la cajita donde lo guardaba, el collar de perlas de su madre —única joya que se había permitido nunca— y debajo del fregadero, cubiertos por una capa de

jabón para la ropa, los cincuenta euros que había dejado en el mueble de la cocina. De repente los ladrones le parecieron estúpidos. Habían hurgado por todas partes, lo habían destrozado todo en busca de vete a saber qué tesoros, pero no habían encontrado lo poco que se podía robar: el collar de perlas y los cincuenta euros. Bien, la reconforté, ahora basta de fatigarse. Pero volví a asomarme al balcón de mi estudio, al de la sala, para averiguar cómo habían hecho para subir hasta la tercera planta y, mientras tanto, con disimulo, busqué rastros de Labes en el patio. ¿Qué era esa mancha oscura en la marquesina del primer piso? ¿Sangre que persistía a pesar de la lluvia cálida?

Me convencí de que los ladrones —¿dos, tres?— habían subido hasta la cornisa por el canalón y desde ahí habían llegado a nuestro balcón. Subieron la persiana a pulso, desquiciaron la puerta ventana ya vieja sin romper los cristales y entraron. Habrá que poner trancas, me dije pesaroso recorriendo con la mirada las ventanas y los balcones de alrededor. Pero ¿para qué tomar medidas de seguridad si no había nada que salvaguardar? Me dispuse a entrar. Más que la casa destrozada, en ese momento me intranquilizaba el silencio del edificio vacío. Ni yo ni mi mujer teníamos la posibilidad de desahogarnos, enseñarle a alguien los daños y la afrenta que habíamos sufrido, recibir solidaridad y consejos, sentir a nuestro alrededor un poco de simpatía. La mayoría de nuestros vecinos seguía de vacaciones, no se oían pasos ni voces, las puertas no golpeaban, el gris lluvioso lo desmaterializaba todo. Vanda debió de leerme el pensamiento, porque dijo: entra las maletas, voy a ver si está Nadar. Y no esperó a que asintiera, era evidente que no aguantaba seguir en casa a solas conmigo. La oí bajar las escaleras, detenerse en el primer piso, llamar a la puerta de nuestro vecino, amigo de hacía muchos años, el único en el edificio que, en general, nunca se va de vacaciones.

Entré el equipaje. En el desorden de la casa me pareció la única pizca de orden, la única cosa nuestra que, aunque las maletas contenían sobre todo ropa sucia, no estaba contaminada. Oí nítidamente la voz de mi mujer, la del vecino. Ella hablaba con tono agitado, Nadar la interrumpía de vez en cuando con su vocecita de persona distinguida. Era un magistrado jubilado, tenía noventa y un años, un hombre muy cordial, muy lúcido pese a la edad. Salí de nuevo al rellano, miré por el hueco de la escalera. Nadar se apoyaba en el bastón, vi al costado de su cráneo unos pocos mechones blancos. Pronunciaba

palabras de consuelo con una sintaxis elaborada y la voz alta de los sordos. Intentaba ser útil, había oído ruidos, pero no en plena noche, más bien a última hora de la tarde. Había pensado en los truenos, en Roma llovía sin parar desde el día anterior. Para compensar estaba seguro de haber oído claramente un maullido que había durado toda la noche.

—¿Dónde? —lo apremió enseguida mi mujer.

—En el patio.

Vanda levantó la cabeza, me vio en lo alto de las escaleras.

—Baja —gritó—, Nadar oyó maullar en el patio.

Me reuní con ella sin ganas; si de mí hubiera dependido, habría cerrado la casa y me habría vuelto a la playa. Nadar quiso acompañarnos a buscar a Labes, aunque yo insistí en que no saliera, pues seguía lloviendo. Los tres vagamos por el patio llamando al gato. Yo no conseguía concentrarme, pensaba: menos mal que el agua ha borrado todo rastro de sangre; pensaba: no lo encontraremos, se ha escondido muy bien para morir en paz. Entretanto escudriñaba a mi vecino, flaco, encorvado, la piel rosada de la cara muy estirada en la frente y los pómulos. ¿Mi futuro era ese hombre, suponiendo que todavía me quedara tanto futuro? Veinte años más. Veinte: yo y Vanda, Vanda y yo, a veces Sandro con sus hijos, a veces Anna. Había que ordenar otra vez la casa, devolverle su forma, no perder el tiempo de ese modo. Nadar se dio una palmada en la frente, le había venido a la cabeza algo importante. Me dijo:

—Estos días llamaron varias veces al timbre de su piso.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero oí el portero automático.

—¿En nuestra casa?

—Sí.

—¿Oyes sonar el timbre del portero en nuestra casa pero no a los ladrones que nos destrozan el piso? —ironicé.

—La sordera —se justificó, estaba acostumbrado a prestar la máxima atención a los ruidos mínimos y poca o ninguna a los fuertes.

—¿Cuántas veces llamaron al timbre?

—Cinco o seis. Una tarde me asomé.

—¿Y quién era?

—Una chica.

Dado que Nadar también definía como chica a mi mujer, le pedí que me la describiese. Fue vago.

—Pequeña, morena, treinta años como mucho. Dijo que quería dejar publicidad en los buzones. No le abrí.

—¿Seguro que llamaba a nuestra casa?

—Segurísimo.

—¿Y después?

—Después lo de anoche.

—¿Ella otra vez?

—No lo sé, iban dos.

—¿Dos chicas?

—Un hombre y una mujer.

Vanda me hizo una señal, estaba al lado de la fuente. En su cara descarnada, muy pálida, resaltaban los ojos verdes. Dijo:

—Aquí hay un pajarito muerto.

Solo yo entendí qué quería decir: Labes es un cazador formidable de todo lo volátil. Dejé a Nadar, me acerqué a ella. La lluvia le había pegado el cabello blanco a la cabeza. No significa nada, le dije, vuelve a casa, que yo iré a hablar con los carabineros. Pero negó enérgicamente con la cabeza, prefería acompañarme. Nuestro vecino, que seguía atribuyéndose autoridad de magistrado como si no llevara veinte años jubilado, sostuvo que él también podía resultarnos útil. Nos siguió.

NOS presentamos con los paraguas chorreando en la estación de los carabineros y un muchacho uniformado que derrochaba buenos modales nos recibió en un despacho minúsculo. Nadar se presentó enseguida, nombre, apellido —Nadar Marossi— y, sobre todo, cargo: presidente del Tribunal de Apelaciones. Refirió brevemente lo que nos había pasado y lo hizo con autorizada precisión, pero después se puso a hablar de él mismo y de su carrera a lo largo de muchos y complejos períodos de nuestro siglo xx. El joven carabinero prestó atención como si hubiese descendido al Hades para escuchar las charlas de los muertos.

En varias ocasiones traté de intervenir en las historias de Nadar y reconducir la conversación hacia el estado en que habíamos encontrado el apartamento, pero cuando lo conseguí no pude resistirme, el protagonismo de nuestro vecino me había contrariado, quise informar al muchacho de que yo tampoco era una persona corriente. Así que le repetí mi nombre al carabinero dos o tres veces —Aldo Minori, Aldo Minori, Aldo Minori— para comprobar si le sonaba Y como el joven no reaccionaba, acabé por mencionarle un programa de televisión de los años ochenta que había ideado casi todo yo solo y me había dado bastante notoriedad. Pero el carabinero, que por aquellas fechas o no había nacido o tenía pocos años, nunca había oído hablar ni del programa ni de mí. Sonreí incómodo y con la autoridad que él tenía ahora y que desde hacía tiempo Nadar y yo ya no teníamos, dijo paciente: volvamos a lo nuestro.

Me sentí avergonzado —normalmente soy un hombre que mide sus palabras, no suelto peroratas— y confirmé que los ladrones nos habían destrozado el apartamento. Pero de nuevo me dejé arrastrar y me puse a hablarle confusamente de la mensajera que me había pedido cinco euros de más y del hombre que una semana antes me había timado, justo delante de mi casa. No solo eso: yo mismo involucré a Nadar y lo animé a que hablase de la chica que había llamado varias veces al portero automático durante la semana, de la pareja que había aparecido la noche anterior. Él se alegró de poder retomar la palabra y enumeró cada timbrazo del portero automático recurriendo a gran cantidad de detalles en absoluto indispensables. Solo se interrumpió al abrirse la puerta a nuestras espaldas y, antes de que los tres nos diésemos la vuelta, alguien se comunicó por señas con el carabinero. El muchacho estalló en carcajadas, le costó recobrar la compostura, murmuró un disculpen, y por fin preguntó:

—¿Qué les han robado?

—¿Qué nos han robado? —repetí yo, pero dirigiéndome a mi mujer.

Y ella, que había estado callada, murmuró:

—Nada.

—¿Joyas de oro? —preguntó el carabinero.

—Solo tengo estos pendientes pero siempre los llevo puestos.

—¿No tiene otras joyas?

—Un collar de perlas de mi madre, pero no lo encontraron.

—¿Estaba bien escondido?

—No.

—Los ladrones lo revolvieron todo —intervine yo—, pero sin ton ni son; ni siquiera encontraron los cincuenta euros que mi mujer había dejado en el mueble de la cocina. El dinero acabó cubierto por el jabón de lavar la ropa que volcaron para fastidiar.

El joven adoptó una expresión de fastidio, después se dirigió sobre todo a Nadar. Son gitanos, dijo, chicos que entran por las ventanas y los balcones, amontonan muebles contra la puerta por si aparecen los dueños, y se ponen a revolverlo todo: buscan objetos de oro, señores míos, y si no encuentran nada, como venganza lo destrozán todo. Yo precisé: contra la puerta no había muebles, la puerta estaba atascada por fragmentos varios. Y luego añadí: tal vez deberían enviar a alguien para ver, no sé, si han dejado huellas. A esas

alturas el carabinero se mostró menos paciente. Dejó caer, con tono firme y una sintaxis de joven bien escolarizado, que la televisión era una cosa y la realidad, otra, que hechos como aquel ocurrían continuamente, que habíamos tenido suerte de que no nos mataran mientras dormíamos. Dijo que el gobierno estaba limitando las fuerzas del orden y potenciando el ejército, algo que, en una época de miseria creciente, iba en detrimento de la seguridad ciudadana y, quién sabe, puede que incluso de la democracia. Nos hizo comprender que ser magistrado en tiempos pasados, hablar en la televisión en tiempos pasados solo demostraba que si el mundo de hoy era tan feo, la responsabilidad también era nuestra. Por último, nos aconsejó colocar trancas en las ventanas e instalar un sistema de alarma que diera inmediatamente aviso de cualquier allanamiento al coche patrulla más próximo. Aunque, añadió con evidente ironía, no veo de qué puede servirles, dado que en casa no tienen nada de valor.

Mi mujer se revolvió en la silla:

—No encontramos al gato.

—Ah.

—¿Y si se lo hubieran llevado?

—¿Con qué fin?

—No lo sé, pedir un rescate.

El carabinero sonrió con una simpatía que no había mostrado ni conmigo ni con Nadar. Todo es posible, señora Minori, le dijo, pero ahora evite los malos pensamientos y concéntrese en los aspectos positivos: esta es una buena oportunidad para reorganizar su apartamento, deshacerse de las cosas superfluas, rescatar objetos útiles que no recordaba que tenía. En cuanto al gato, a lo mejor aprovechó la ocasión para salir a buscar novia.

Yo me reí, Nadar también.

Vanda no.

**R**EGRESAMOS a casa, ya no llovía. Nos costó trabajo librarnos de nuestro vecino, que quería subir a nuestro apartamento para echar un vistazo en persona al desastre. Este viejo es un idiota, dijo mi mujer enfadada, ha aburrido al carabinero con su jactancia, y tú no te has quedado atrás. No contesté, era deprimente reconocerlo, pero tenía razón. La ayudé a poner algo de orden al menos en la cocina, pero ella me echó enseguida, le complicaba la tarea. Me fui al balcón de mi estudio. Esperaba que después de tanta lluvia hubiese refrescado, pero persistían el bochorno y un molesto goteo de agua sucia que me mojaba el cabello, la camisa.

Vanda me llamó para cenar, tal vez de un modo demasiado perentorio. No nos dijimos gran cosa. En un momento dado ella insistió en la idea de telefonar a nuestros hijos, yo me opuse diciendo que su vida ya era lo bastante complicada y que era mejor dejarlos en paz al menos en las vacaciones. Probablemente Sandro acababa de llegar a casa de sus suegros, en la Provenza, y casi con seguridad Anna estaría en Creta con algún nuevo novio. No los molestemos, dije tratando de protegerlos, pero de todos modos ella quiso enviarles un mensaje a los dos, del estilo: nos han entrado ladrones en casa y no encontramos a Labes. Anna contestó enseguida, de forma sucinta como tenía costumbre: ¡Vaya por Dios! ¡Pobres! Lo siento, tomáoslo con calma; mientras que Sandro, él también como tenía costumbre, dio señales de vida una hora más tarde con un texto muy elaborado. Había pasado por nuestra casa la noche anterior, tal como habíamos quedado; había estado desde las nueve a las nueve y media; nos recomendaba indicar a la

policía que a esa hora la casa estaba en perfecto orden y Labes, en perfectas condiciones; terminaba con palabras muy afectuosas y nos aconsejaba que nos fuéramos a un hotel al menos la primera noche.

Vanda se sintió más reconfortada por los mensajes de nuestros hijos que por mi presencia que, al parecer, la ponía cada vez más nerviosa. Después de cenar nos dedicamos a reordenar el dormitorio y, de repente, me vino a la cabeza la historia del taxista y la reacción de mi mujer. Tuve miedo de que en aquel caos de objetos descolocados ella pudiera toparse con algo mío que la entristeciera o la ofendiera. En cuanto la cama recuperó un mínimo de compostura, la convencí de que se acostara.

—¿Y tú?

—Me ocupó un momento del vestíbulo.

—No hagas ruido.

Me fui derecho a comprobar si el pesado cubo de metal que había comprado en Praga hacía varias décadas seguía en su sitio, en lo alto de la estantería de mi estudio. Se trataba del mismo objeto que tanto había llamado la atención de la chica del solenoide, un objeto lacado en azul, de veinte centímetros de base por veinte de altura. A Vanda nunca le había gustado; yo, en cambio, le tenía cariño. Cuando nos mudamos a aquella casa, después de una larga discusión, me empeñé en colocarlo bien alto, junto con otros objetos de adorno que no nos gustaban especialmente. En apariencia, para darle el gusto a mi mujer, lo empujé hacia el fondo, de modo que desde abajo apenas se viera. En realidad quería que ella se olvidara del cubo de metal poco a poco. Vanda ignoraba que bastaba presionar con decisión en el centro de una de las caras para que esta se abriese como una puerta, e ignoraba también, naturalmente, que esa particularidad del objeto me había impulsado a comprarlo, quería guardar en él mis secretos. Comprobé aliviado que, aunque ahora asomaba peligrosamente, seguía en su sitio.

CERRÉ con cuidado las puertas que separan la sala y el estudio del dormitorio. A través de los dos balcones abiertos de par en par llegaba por fin un aroma fresco de lluvia y albahaca. Ahora que Vanda dormía y no me sentía obligado a mostrar una actitud tranquilizadora, la angustia no tardó en imponerse a toda velocidad. En los últimos tiempos cada pequeña preocupación se convierte en obsesión, se me mete en la cabeza y se agiganta, no consigo desecharla. En ese momento sentí que le estaba llegando el turno al hombre que me había quitado los cien euros, a la chica que me había robado cinco. De repente me vino a la cabeza que los dos podían haberse compinchado, que habían organizado juntos aquella invasión de mi casa o que, más sencillamente, habían vendido mi dirección a los ladrones. La hipótesis me pareció cada vez más fundada, y pronto la pareja que, según Nadar, había llamado al portero automático de mi casa tuvo sus caras. Me los imaginé insatisfechos con el primer resultado, pensé que tal vez ya habían decidido enviar a otra gente más experta o venir ellos mismos. No me iré a la cama, me dije, los esperaré levantado.

¿Esperarlos? ¿Yo? ¿Para enfrentarme a ellos cómo, con qué fuerzas, con qué determinación?

Desde hacía un tiempo me pesaban los años. No solo tuve que aprender que corría el riesgo de caerme al confundir dos peldaños por uno solo, que el oído me funcionaba peor que el de Nadar, que ya no podía contar con la reacción inmediata del cuerpo ante una urgencia o un peligro. Había algo

más. Me convencía a mí mismo, no sé, de que acababa de tomar un medicamento, de que había apagado el gas o cerrado el grifo, pero en realidad solo lo había pensado. Confundía un fragmento de sueño de tiempo atrás con un hecho realmente ocurrido. Cada vez con mayor frecuencia me ocurría que, al leer, desordenaba las palabras hasta el punto de que hacía poco me había sentido desorientado delante de un cartel escrito en letra de imprenta, pegado en una hoja del portón, parecía que dijera ACCESO AL BUFETE DE AHOOGADOS, cuando en realidad decía ACCESO AL BUFETE DE ABOGADOS. En cuanto a los últimos días, estaba claro que la gente veía mejor que yo la pérdida de mis defensas y se aprovechaba. Por eso me sentí ridículo, me dije: estás viejo, desvarías, ordena un poco y vete a la cama.

Pero no sabía por dónde empezar. Examiné mi estudio y la sala. Al final decidí trasladar al vestíbulo todo lo que había que tirar. Comprobé el estado de los dos ordenadores, funcionaban de milagro, pero varios aparatos para reproducir música y películas habían quedado inutilizados. Con la escoba empujé cuanto estaba esparcido en el suelo —libros, fragmentos de floreros y bibelots, viejas fotos, viejas cintas de VHS, vinilos, un número infinito de libretas de Vanda, CD y DVD, papeles, documentos, en una palabra, objetos varios que los ladrones habían tirado del altillo, los cajones, las estanterías— hacia los lados de los dos cuartos.

Fue un trabajo fatigoso, al final observé con satisfacción los espacios algo más despejados. Decidí entonces ponerme a seleccionar los materiales de mi estudio. Me senté en el suelo lanzando algún gemido y amontoné los fragmentos con los fragmentos, los libros con los libros, los papeles con los papeles y así. Al principio trabajaba veloz. Me dolía que no pocos libros se hubiesen partido en dos, hubieran perdido la cubierta, se hubiesen desencuadrado. Pero paciencia, seguí adelante colocando a un lado los libros en buen estado, y al otro, los estropeados. Después cometí el error de hojear alguno y, casi sin quererlo, me puse a leer pasajes subrayados a saber cuándo. Me entró curiosidad. Por qué había encerrado en un círculo ciertas palabras. Qué me había impulsado a marcar con signos de admiración un párrafo que ahora, al releerlo, me parecía insignificante. Se me olvidó que estaba ordenando para evitar que Vanda se afligiera al despertarse, se me olvidó que, de hecho, estaba ahí, porque no tenía sueño, porque hacía calor, porque no me sentía a salvo, porque temía que los ladrones regresaran, nos

amenazaran, nos ataran a la cama y nos golpearan. Y me dejé llevar por mis subrayados. Releí páginas enteras, traté de recordar el año en que me había dedicado a ese libro y a ese otro (1958, 1960, 1962, ¿antes de casarme?, ¿después?), evoqué no tanto la conciencia escrita de los autores —a menudo eran nombres olvidados, páginas envejecidas, conceptos que ya no entraban en el consumo cultural contemporáneo—, sino más bien mi propia conciencia, lo que en el pasado me había parecido adecuado para mí, mi convicción, mi pensamiento, el devenir de mi yo.

La noche se hizo muy silenciosa. Naturalmente no logré encontrarme en ninguna de esas marcas, en ninguno de esos signos de admiración (¿qué les pasa a las frases hermosas que nos entran en la cabeza, cómo nos conmueven, cómo se vuelven carentes de sentido o irreconocibles o incómodas o ridículas?), y al final terminé por dejar estar los libros. Me puse a guardar de nuevo en cajas o carpetas hojas y no titas con fichas de lectura, cuadernos con novelas y relatos escritos antes de los veinte años, muchísimos recortes de periódico con los artículos publicados por mí o por otros que hablaban de mí. A ese gran número de papeles añadí bobinas de programas radiofónicos, casetes y DVD en los que yo salía en la televisión en mi época dorada, material que Vanda había guardado con diligencia pese a no haber demostrado nunca un interés especial por lo que yo hacía. Y mira por dónde, recuperé bastantes cosas que atestiguaban cómo había empleado una vida bastante larga. ¿Era yo ese material? ¿Era yo los subrayados en libros leídos, era yo las notitas repletas de títulos y citas (esta, por ejemplo: «Nuestras ciudades son criaderos de ganado; las familias, las escuelas, las iglesias son los mataderos de nuestros niños; los colegas y las universidades son las cocinas. De adultos, en el matrimonio y en los negocios, comemos el producto acabado»; o esta otra: «La aparición del amor subvierte todo buen ordenamiento social de nuestra vida»)? ¿Era yo una larguísima y verbosa novela escrita a los veinte años, en la que contaba la historia de un muchacho obligado a deslomarse día y noche para pagar al padre su peso en oro con tal de librarse de él y de su familia de origen? ¿Era yo los sueltos sobre el contrato de los químicos que había publicado a mediados de los años setenta, las intervenciones sobre forma-partido, las reseñas de libros que analizaban el trabajo obrero en la cadena de montaje, las pequeñas ocurrencias divertidas sobre la vida cotidiana en las grandes ciudades —el tráfico, las colas

exasperantes en los bancos y las oficinas de correos—, las observaciones irónicas que me habían dado un poco de fama y, párrafo tras párrafo, me habían transformado en autor televisivo de cierto éxito, las entrevistas mediativas que había concedido a este y a aquel, la crítica negativa de Fulano o la positiva de Mengano sobre lo que me había inventado para la televisión de los años ochenta y noventa, mi cuerpo en movimiento en el rincón de una terraza de pega, bajo los reflectores que simulaban el pleno día, mi voz de hacía treinta años, dialogante, cordial, soberbia? Recordé cuánto me había deslomado a partir de los años sesenta, un duro esfuerzo para — ¿cómo se dice?— realizarme. ¿Era esta la realización? ¿Una acumulación concreta, a lo largo de las décadas, de hojas escritas a mano e impresas, un rastro de subrayados, fichas, páginas, periódicos, disquetes, memorias USB, discos duros, nube? ¿Yo realizado, yo hecho real: es decir, un caos que desde la sala podía extenderse hasta los archivos de Google con solo teclear Aldo Minori?

Me impuse una disciplina: basta de leer y de hojear. Retomé el trabajo de selección. Guardé en cajas de cartón los montones de libretas de Vanda, cifras y más cifras, una cuidadosa historia económica de nuestra familia desde 1962 hasta la fecha, hojas cuadrículadas en las que apuntaba minuciosamente entradas y salidas, y que tal vez, si ella estaba de acuerdo, había llegado la hora de tirar. En el centro del cuarto amontoné los libros de los que debía desprenderme, y, en los estantes que no habían sido desmantelados, coloqué sin orden ni concierto aquellos en buen estado. Dejé en la mesa las carpetas con los recortes de periódico, las cajas con los cuadernos, las que estaban llenas de cintas de VHS y DVD. Eché los fragmentos que conseguí reunir en una bolsa de basura, que se rompió por varios sitios; la metí dentro de otra. Por último me puse a recoger también las fotos, imágenes de épocas muy lejanas que acabaron junto a otras de épocas bastante recientes.

Hacía mucho que no miraba las viejas fotos, me parecieron feas y poco interesantes. Ya me había acostumbrado a las digitales, Vanda y yo guardábamos muchas en el ordenador: imágenes y más imágenes de montañas, campos, mariposas, pimpollos de rosas, esculturas, y luego parientes, y exnueras y exyernos, las nuevas parejas de los chicos, y nuestros nietos retratados en cada fase del crecimiento, y otros niños amigos de

nuestros nietos. En fin, la vida jamás documentada de modo tan copioso. El presente, el pretérito indefinido: al anterior más valía dejarlo estar.

Evité mirarme, de viejo no me gustaba y de joven nunca me había gustado. Aunque eché un vistazo a Sandro y a Anna cuando eran pequeños. Qué hermosos eran. Volví a ver a sus novios y novias de la adolescencia, jóvenes simpáticos que desaparecieron pronto. Me reencontré con amigos míos y de Vanda que tenía olvidados, personas con las que habíamos mantenido un intenso trato para después no recordar ni siquiera sus nombres o pasar a llamarlos con hostilidad por su apellido. Me detuve en una foto hecha en nuestro patio a saber por quién, tal vez Sandro. Era de los primeros tiempos en que nos habíamos mudado a esta casa. Conmigo y con Vanda estaba Nadar que, según calculé, por entonces debía de andar por los sesenta, pero comparado con ahora, parecía joven. Hay que ver cuánto seguimos cambiando incluso a edad avanzada, me dije mirándolo un instante con fijeza. En la foto, nuestro vecino era alto, agradable, conservaba aún algo de pelo en la cabeza. Me disponía a guardar la imagen cuando me sorprendió Vanda. Por una fracción de segundo tuve la impresión de no conocerla y me sorprendí. ¿Cuántos años tenía entonces, cincuenta, cuarenta y cinco? Me fijé en otras fotos suyas, especialmente las que eran en blanco y negro. La impresión de estar ante una extraña se consolidó. La había conocido en 1960, yo tenía veinte años, ella, veintidós. De aquella época poco o nada me quedaba en la cabeza. No conseguía recordar si alguna vez la había considerado guapa, por aquel entonces la belleza me parecía una vulgaridad. Digamos que me había gustado, la sentía llena de gracia, la deseaba con juiciosa mesura. Era una muchacha muy inteligente, atenta. Me había enamorado de ella por esas cualidades suyas y porque me parecía extraordinario que, pese a tener tantas virtudes, se hubiese enamorado de mí. Dos años más tarde ya nos habíamos casado y ella se había convertido en rigurosa organizadora de la vida cotidiana. Una cotidianidad hecha de estudio y trabajos ocasionales, sin dinero, de ascético ahorro.

Reconocí los detalles de aquella época: llevaba vestidos pobres que ella misma se hacía, zapatos raídos con los tacones gastados, los ojos grandes sin nada de maquillaje. Lo que no reconocí fue su juventud. Eso era lo que me resultaba extraño, su juventud. En esas fotos Vanda irradiaba un fulgor del que yo —descubrí— no conservaba ningún recuerdo, ni siquiera una brizna

que me permitiera decir: sí, ella era así. Pensé en la persona que ahora dormía en el cuarto, la persona que, desde hacía cincuenta años, era mi mujer. No me constaba que de verdad hubiese sido como aparecía en esas imágenes. ¿Por qué? ¿La había mirado distraídamente desde el primer encuentro? ¿Cuánto de ella había dejado en el rabillo del ojo sin prestarle atención? Recuperé todas sus fotos de 1960 a 1974. Me detuve en aquel año significativo para nosotros: no eran muchas, entonces nos retratábamos poco. Eran el testimonio de una mujer que por debajo de los cuarenta había sido atractiva, tal vez incluso hermosa. Examiné una foto de colores rojizos, al dorso escrito a lápiz ponía: 1973. Mostraba a Vanda con Sandro, que entonces tenía ocho años, y con Anna, que tenía cuatro. Los niños parecían felices, se apretaban contra su madre que, a su vez, parecía contenta, y los tres me miraban divertidos mientras los fotografiaba. Su mirada alegre era la huella de mi presencia, probaba que en ese momento yo también estaba. Sin embargo, solo en ese momento noté que mi mujer rebosaba un placer de vivir que la hacía cautivadora. A toda prisa metí las fotos en un par de cajas metálicas. Todo perdido por descuido. ¿Nunca había prestado realmente atención a Vanda? Por lo demás, qué sentido tenía esa pregunta, si ya no podía comprobar nada. En el dormitorio, solo los iris verdes bajo los párpados pesados seguían siendo los mismos que cinco décadas antes.

Me levanté, miré el reloj. Eran las tres y diez, solo se oía el trino de algún pájaro nocturno. Cerré la ventana, bajé las persianas, repasé el estudio. Todavía quedaba mucho por hacer, pero estaba mejor. Me disponía a acostarme cuando descubrí un fragmento ancho de un florero que había pasado por alto. Lo recogí y debajo encontré un sobre amarillo, lleno, sujeto con un elástico. Lo reconocí enseguida, aunque llevara décadas sin pensar en él, aunque lo había enterrado a saber dónde precisamente para no pensar más en él. Contenía las cartas que Vanda me había escrito entre 1974 y 1978.

Sentí fastidio, vergüenza, pena, y pensé en volver a esconder el sobre antes de que mi mujer despertara. O ponerlo junto con los papeles que eliminar y tirarlo enseguida, ahora mismo, al cubo de la basura. Las cartas conservaban los restos de un dolor tan fuerte que, si se liberaba, habría podido cruzar el cuarto, extenderse por la sala, irrumpir tras las puertas cerradas, volver a adueñarse de Vanda, sacudiéndola, sacándola del sueño, impulsándola a gritar o a cantar a voz en cuello. Pero no escondí el sobre ni

lo tiré a la basura. Como aplastado por un peso que, de golpe, volvía a sentir sobre mis hombros, me senté otra vez en el suelo. Quité el elástico y después de casi cuarenta años releí, pero en desorden, algunas de las páginas envejecidas, diez líneas por aquí, quince por allá.

||

«**P**OR si se te ha olvidado, muy señor mío, ya te lo recuerdo yo: soy tu mujer.» Estas fueron las primeras palabras que captaron mi atención aquella noche, y enseguida me devolvieron a la época en que me fui de casa porque me había enamorado de otra. En la parte superior de la carta estaba la fecha: 30 de abril de 1974. Pretérito, muy anterior. Una mañana tibia, en Nápoles, en la casa pobre de aquellos años. Enamorado. Quizá debería haber dicho eso mismo: Vanda, me he enamorado. En cambio, me expresé de un modo más brutal y, sin embargo, ahora que lo pienso, menos definitivo.

En el apartamento faltaban las sombras inquietas de los niños. Sandro estaba en el colegio, Anna en la guardería. Dije: Vanda, debo confesarte algo, he estado con otra. Ella me miró estupefacta y yo mismo me asusté de esas palabras. Murmuré: habría podido ocultártelo, pero he preferido decirte la verdad. Y añadí: lo siento, ha ocurrido, reprimir el deseo es mezquino.

Vanda me insultó, lloró, me golpeó el pecho con los puños apretados, se disculpó, volvió a enfadarse. Naturalmente, yo había dado por hecho que no se lo tomaría a bien, pero me sorprendió esa reacción tan violenta. Era una mujer de buen carácter, razonable, y por eso me costó admitir que no se iba a calmar con facilidad. No le importaba que la institución del matrimonio estuviera en crisis, que la familia agonizara, que la fidelidad fuera un valor pequeño-burgués. Quería que nuestro matrimonio fuese una milagrosa excepción. Quería que nuestra familia gozara de buena salud. Quería que fuéramos siempre fieles el uno al otro. En consecuencia, se desesperó, exigió

que le dijera enseguida quién era la mujer con la que la había traicionado. Traicionado, sí, me gritó en un momento dado, deshecha en lágrimas, humillada.

Por la noche, eligiendo las palabras con cuidado, intenté explicarle que no se trataba de traición, que la tenía en mucha estima, que la verdadera traición era traicionar el propio instinto, las propias necesidades, el propio cuerpo, a sí mismos. Tonterías, gritó, pero enseguida se contuvo para no despertar a los niños. Nos pasamos toda la noche discutiendo en voz baja, y su dolor sin gritos, un dolor que le agigantaba los ojos y le torcía las facciones, me aterrorizó mucho más que el dolor con gritos. Me aterrorizó pero no me afectó, su tormento nunca se me clavó en el pecho como si fuera mío. Me encontraba en un estado de ebriedad que me envolvía como un traje ignífugo. Retrocedí, me tomé mi tiempo. Dije que me parecía importante que entendiera, dije que los dos necesitábamos reflexionar, dije que estaba confundido y que debía ayudarme. Después me largué y estuve varios días sin volver a casa.

NO sé qué tenía en mente, tal vez nada claro. Sin duda no detestaba a mi mujer, no había acumulado rencores contra ella, la quería. Me había parecido agradablemente arriesgado casarme muy joven sin haber terminado la carrera, sin un trabajo. Tuve la impresión de haberme quitado de encima la autoridad de mi madre y de haber tomado por fin las riendas de mi existencia. Sin duda, la empresa era arriesgada, las fuentes de ingresos con las que podía contar, muy precarias; a veces tenía miedo. Pero los primeros años habían sido hermosos, nos sentimos una pareja nueva, en lucha con las reglas vigentes. Después, la aventura se fue transformando poco a poco en una costumbre impuesta por las necesidades de los niños. Sobre todo había cambiado de repente el escenario en el que interpretaba el papel de marido y padre. Ahora las cosas que me rodeaban parecían asediadas por el declive, una plaga se estaba extendiendo en todas las instituciones, sobre todo en la universidad, donde había empezado a trabajar sin perspectivas. Estar casado, tener una familia a una edad tan temprana, había pasado a ser no un signo de autonomía, sino de retraso. Con menos de treinta años me sentía viejo, y, muy a mi pesar, parte de un mundo, un estilo que, en el ambiente político y cultural que yo apoyaba, se consideraba próximo a su fin.

De modo que, aunque tenía una fuerte relación con mi mujer y los dos niños, no tardé en someterme a la fascinación de formas de vida que programáticamente cortaban todos los vínculos tradicionales. En cierta ocasión, con la excusa de que se me había hinchado el dedo anular, fui a que me cortaran la alianza. A Vanda le sentó fatal, esperó que hiciera algo para

ponerme otra vez el anillo. No hice nada. Ella siguió llevando la suya.

Es probable que la relación con Lidia —ella acababa de matricularse en economía y comercio siguiendo la moda de la época, yo era un ayudante de gramática griega sin futuro— se viera alentada por aquel clima, que se alimentara de él. Seguramente renunciar a ella para no causarles un disgusto a mi mujer y a mis hijos debió de parecerme una especie de anacronismo. Incluso vernos a escondidas, según la práctica de las relaciones clandestinas, me pareció contrario al espíritu de la época. Lidia todavía no tenía veinte años pero ya trabajaba y disponía de casa propia en una calle bonita llena de perfumes. Llamar a su portero automático siempre que tenía ocasión, pasear con ella, ir juntos al cine o al teatro, fueron urgencias que me impulsaron casi enseguida a contárselo a Vanda. Pero no creía que el deseo echara raíces, que fuera a querer a esa chica más y más. Al contrario, estaba bastante convencido de que la atracción que sentía por ella no tardaría en atenuarse, que Lidia misma se apartaría para volver con el chico con el que salía desde hacía unos meses o porque encontraría a otro de su edad, libre y sin hijos. En consecuencia, al revelar a Vanda mi relación, solo quería disponer de tiempo para vivirla con tranquilidad, sin subterfugios, hasta que se consumiera. En fin, cuando me fui de casa, después de aquel primer encontronazo, no tenía la menor duda de que no tardaría en volver. Me decía: este paréntesis sirve también para reconstruir la relación con mi mujer, para aclarar que debemos superar el esquema de convivencia que nos ha mantenido juntos hasta ahora. Y tal vez ese fue el motivo por el que le dije «He estado con otra», y no más bien «Me he enamorado de otra».

Por aquel entonces enamorarse se había convertido en un concepto un tanto peligroso, parecía un residuo decimonónico, indicaba una peligrosa tendencia a aglutinarse que, de surgir, había que combatir de inmediato para no generar angustia en la pareja. Estar con otra, en cambio, asumía cada vez más una legitimidad propia, se estuviera casado o no. «Yo he estado con otra», «Yo estaba con otra», «Yo estoy con otra» eran frases que expresaban una libertad, no una culpa. Claro, me daba cuenta de que la fórmula podía sonar atroz a oídos de una esposa, especialmente a los de Vanda que, como yo, se había criado con la idea de que primero se enamoraba uno de alguien y después se estaba con ese alguien. Pero —pensaba yo— ella debe aceptar que puede ocurrir, que ha ocurrido, que quizá, cuando regrese con la familia,

vuelva a ocurrir. Y con esa óptica —esperando que Vanda comprendiera, se adaptara a los nuevos tiempos y no montara más números— pasé con Lidia una época feliz, cada vez más feliz.

Me di cuenta tarde de que no se trataba únicamente de un intercambio sexual, de una pieza de la batalla contra el concepto mismo de adulterio, de una gozosa amistad erótica, de una de las muchas prácticas liberadoras que estaban reconstruyendo el mundo. Amaba a esa muchacha. La amaba del modo más subdesarrollado, es decir, de un modo absoluto. La idea de alejarme de ella, de volver con mi mujer y mis hijos, de dejársela a otros, me quitaba las ganas de vivir.

TARDÉ un año en confesármelo, aunque todavía con cierta reticencia. Sin embargo, nunca tuve la fuerza de decírselo a Vanda, detalle que me hizo aún más responsable de su deterioro. Que yo hubiese estado con otra, de entrada, le pareció terrible. Después, tras encajar el golpe en la medida en que le fue posible, intentó considerar el hecho como una debilidad momentánea debida a mi escasa experiencia con las mujeres, por tanto, a mi curiosidad sexual. Esperó que al cabo de unos días se me pasara la fiebre y se empeñó en curarme, de viva voz y por escrito. Estaba como aturdida. No lograba creer que a ella —ella, que me había puesto en el centro de su vida, que llevaba años durmiendo conmigo, que me había dado dos hijos, que desde siempre se ocupaba de todas mi necesidades de forma irrefutable— la hubiesen dejado de lado por una desconocida que jamás habría podido ocuparse de mí con la misma devoción que ella.

Cada vez que nos veíamos —con frecuencia después de mis largas ausencias— trataba de exponer con calma y claridad todas las cuestiones sobre las que había reflexionado. Nos sentábamos a la mesa de la cocina y ella intentaba enumerar los problemas prácticos causados por mis desapariciones, la necesidad que los niños tenían de mí, los motivos de su aturdimiento. En general, el tono era cortés, pero una mañana se quebró.

—¿Me he equivocado en algo? —me preguntó.

—No, de ningún modo.

—Entonces ¿qué es lo que no funciona?

—Nada, es una época complicada.

—Te parece complicada porque no consigues verme.

—Te veo.

—No, tú solo ves a la que trajina en los fogones, a la que mantiene la casa limpia, a la que se ocupa de los niños. Pero yo soy algo más, soy una persona.

Persona, persona, persona, se puso a gritar y le costó recobrar la calma. Eran horas largas, difíciles. En esa fase intentaba demostrarme que no se había quedado parada en la que había sido diez años antes, que había madurado, que era una mujer nueva. Lo hacía restregándose las manos para contener el desaliento: ¿cómo es posible, decía, que tú, solo tú, no te hayas dado cuenta? Y si yo, que no sabía qué contestarle, divagaba enumerándole las ruindades de la familia y la necesidad de liberarse, ella bajaba a mi terreno y me demostraba con amabilidad forzada que conocía bien los libros que yo leía, que ella también llevaba tiempo trabajando en su propia liberación, que ese trabajo podíamos y debíamos hacerlo juntos. Después, en un momento dado —como se me notaba en la cara que no veía la hora de marcharme para proteger mi estado de gracia de su propia existencia dolorosa, de la angustia que me causaba aquel espectáculo de sufrimiento—, la amabilidad no aguantó más y cambió el curso de nuestros encuentros. Vanda comenzaba con un tono irónico, luego empezaba a gritar, estallaba en llanto, me insultaba. Una vez se puso a chillar de repente:

—¿Te estoy aburriendo? Dime que te aburro.

—No.

—Entonces ¿por qué no paras de mirar el reloj, tienes prisa, tienes miedo de perder el tren?

—He venido en coche.

—¿El coche de ella?

—Sí.

—¿Te espera? ¿Qué haréis esta noche, iréis a cenar a un restaurante?

Se echó a reír sin motivo, se fue al dormitorio, se puso a cantar a voz en cuello viejas canciones infantiles.

Al cabo de un rato, se serenaba, claro, siempre se serenaba. Pero cada vez que lo hacía, yo sentía que había perdido algo de sí misma que en el pasado me había atraído. Ella nunca había sido así, se estaba arruinando por mi

culpa. Y, sin embargo, ese arruinarse suyo me parecía una autorización para alejarme aún más de ella. ¿Cómo es posible —me preguntaba— que resulte tan difícil tomarse un poco de libertad? ¿Por qué estamos en un país tan atrasado? ¿Por qué en países más evolucionados las cosas ocurren sin grandes dramas?

En cierta ocasión me disponía a marcharme, era a última hora de la tarde de un día muy caluroso. Ella corrió a la puerta y la cerró con llave. Llamó a Sandro y a Anna y dijo: papá se siente en la cárcel, así que vamos a jugar a que está preso de verdad. Los niños fingieron divertirse, yo fingí divertirme, ella no, decía en voz baja: ja, ja, ahora ya no sales. Después me lanzó el manojito de llaves, se encerró en el baño. No me atreví a irme, le pedí a Sandro que fuera a llamarla. Reapareció, dijo: estaba bromeando. Pero no bromeaba en absoluto. Estaba cansada, ya no dormía, trataba de buscar el modo de hacerme entrar en razón. Como no lo conseguía, a veces intentaba conmoverme, a veces hacerme enojar, a veces suplicarme, a veces asustarme. No debes retenerme así, le decía. Contestaba indignada: quién te retiene, vete. Pero al cabo de un par de minutos murmuraba: espera, siéntate, tu locura hace que me vuelva loca.

La exasperaba y la agotaba que yo no quisiera explicarle por qué había hecho lo que había hecho. Me lo decía, me lo escribía: «Por qué». Pero yo no sabía qué decirle, me inventaba respuestas rebuscadas, a veces murmuraba: «No lo sé». Mentía, naturalmente, yo ya sabía el motivo, lo sabía cada vez con mayor claridad. El tiempo con Lidia era tiempo feliz, tiempo ligero, nunca tenía suficiente. Me sentía cargado de energías, escribía, publicaba, me gustaba a mí mismo, como si la ciénaga que llevaba dentro de mí desde la niñez y que había persistido hasta hacía poco hubiese sido saneada de repente por aquella mujer joven, expresiva y elegante. Al principio, el mes de abril había sido maravilloso: dormir con ella en primavera, comer con ella en primavera, pasear con ella en primavera, viajar con ella en primavera. Y mirarla —mirarla embelesado— mientras se vestía y se desvestía quitándose sus prendas primaverales. Pensé: volveré a casa a finales de mayo. Pero la primavera fue pasando hasta el último día del calendario y me sentí morir. Así que me dije: esperaré a después del verano, quiero tener a Lidia todo el verano. Pero el verano también pasó y no supe cómo soportar el otoño sin ella. Después el otoño también quedó atrás, quedó atrás el invierno, y en todo

aquel año, a pesar de los encuentros con mi mujer y los niños, lo único que había importado era Lidia primaveral, Lidia estival, Lidia otoñal, Lidia invernal. En fin, que el tiempo deseado era el suyo; yo temía el tiempo con Vanda, con Sandro y Anna, me alejaba de él, a la menor excusa lo reducía al mínimo. Cuando estaba con ellos me protegía mintiendo, la mentira servía para salvaguardar la impresión extraordinaria de salud que me invadía. En esos momentos me sentía humillado por mi incapacidad de ser auténtico y por la verdad insoportable de la desesperación de mi mujer, de la desorientación de los niños. Para ser como me sentía, para decir de verdad «Por qué» me comportaba de ese modo, debería haber hablado de mi felicidad con Lidia. Pero ¿podía haber algo más cruel? Vanda quería otra cosa. Para salir de la desesperación, Vanda exigía que le dijera: entiendo que me equivoqué, volvamos a estar juntos. Ese era el callejón sin salida.

NO salimos de aquella situación ni ese año ni el siguiente. Mi mujer adelgazó, derrochó su vitalidad, fue perdiendo cada vez más el control de sí misma. Era como una persona suspendida en el vacío y el pánico contribuía en gran medida a restarle las últimas fuerzas.

Al principio creí que la desagradable situación en la que habíamos terminado nos afectaba solo a nosotros dos, aunque no a Sandro y a Anna. De hecho, ahora veo con los ojos de la mente a los dos niños: son figuras borrosas, no tienen la misma nitidez que nosotros mientras discutimos, peleamos y nos quedamos ahí, en la cocina, bien definidos a pesar del tiempo transcurrido. No tengo a Sandro y a Anna en la cabeza, y si están, hacen otra cosa, juegan, ven la televisión. Nuestra crisis, la angustia que nos devora están en otra parte, no los involucra. Pero hubo un momento en que las cosas cambiaron. Durante una pelea, Vanda me gritó que debía decirle si quería seguir ocupándome de los niños o si tenía intención de tirarlos a la basura como estaba haciendo con ella. Me quedé pasmado. Claro que quiero ocuparme de ellos, contesté. Y ella murmuró: es bueno saberlo, y dejó el tema. Pero cuando se dio cuenta de que pasaba el tiempo y yo seguía alternando largas ausencias y brevísimas presencias, me dijo que si no quería responder ante ella de mi actuación, debía responder ante los niños: ¿cómo iba a explicárselo a ellos?

No lo había pensado. Antes de aquel desastre, los niños constituían un dato objetivo de la existencia. Habían llegado y ahora estaban. En mi tiempo

libre jugaba con ellos, los llevaba de paseo, inventaba cuentos para ellos, los elogiaba, los reprendía. Pero en general, después de haberlos divertido lo suficiente, o después de haberlos regañado con benévola autoridad, me encerraba a estudiar, mi mujer los entretenía con mucha imaginación mientras iba haciendo las tareas de la casa. Nunca había visto nada malo en aquella organización, y Vanda misma nunca se había quejado, ni siquiera cuando nos había invadido la cultura de la desinstitucionalización —qué palabra más fea— de todo. Los dos nos habíamos criado con la idea de que el orden natural de las cosas traía consigo una determinada manera de ser. Era natural que nuestro matrimonio durara hasta que la muerte nos separase. Era natural que mi mujer no tuviera más trabajo que las tareas de la casa. E incluso ahora que todo parecía estar cambiando —fase prerrevolucionaria, la llamaban—, era inconcebible que las madres pudieran dejar de ocuparse de los hijos. Sin embargo, ahora era ella la que planteaba ese problema y me preguntaba cómo iba a afrontarlo. Una vez más no supe qué decirle. Estábamos en la calle, en la piazza Municipio. Se detuvo, me miró a los ojos y preguntó:

—¿Quieres seguir haciendo de padre?

—Sí.

—¿Cómo? ¿Apareciendo una o dos veces para hurgar en la herida con el cuchillo y después pasarte meses sin venir? ¿Haciendo que los niños existan a voluntad, solo cuando a ti te viene bien?

—Vendré a verlos todos los fines de semana.

—Ah, «vendrás a verlos». ¿Quieres decir que se quedan conmigo?

Me sentí descolocado, mascullé:

—Bueno, también me los puedo quedar un tiempo.

—¿También? ¿También? —gritó—. ¿Yo me los quedo «siempre» y tú «también» te los puedes quedar? ¿Quieres destruirlos a ellos como me estás destruyendo a mí? Los hijos no necesitan de sus padres «también», los necesitan «siempre».

Salió corriendo y me dejó plantado a pocos metros del ayuntamiento.

Me impuse regresar a Nápoles todos los fines de semana. Salía de Roma, llegaba a la casa donde vivíamos desde hacía doce años. Mi programa era evitar las peleas con Vanda —no aguantaba más, y ella se estremecía, encendía un cigarrillo tras otro con manos temblorosas, tenía los ojos de

quien no ve ninguna salida—, eludirla, encerrarme en un cuarto con los niños. No tardé en descubrir que era imposible. Aunque los espacios de la casa seguían siendo los mismos, ni mis hijos ni yo conseguíamos estar juntos con la desenvoltura de antes. Ahora todo era artificial. Yo me sentía obligado a pasar felizmente el tiempo con ellos y ellos —ya no eran los mismos: me lanzaban miradas ansiosas, estaban pendientes de lo que su madre y yo hacíamos y decíamos, temían equivocarse, hacerme enfadar, perderme para siempre— se sentían obligados a pasar felizmente el tiempo conmigo. Pero aunque lo quisiéramos con todas nuestras fuerzas, no conseguíamos de ningún modo —padre e hijos— comportarnos con naturalidad. Vanda estaba en el otro cuarto y nosotros tres no sabíamos olvidarnos de ella, formaba parte de nosotros hasta tal punto que eludirla resultaba un esfuerzo inútil. Nos dejaba solos largo rato, eso sí, no se entrometía. Pero nos llegaban los ruidos de su trájín o un canturreo nervioso. No deberíamos haberle prestado atención, deberíamos haber aprendido a ser nosotros tres, organizarnos fuera del antiguo cuarteto. Pero no lo conseguíamos, notábamos su presencia como una amenaza —no es que quisiera hacernos daño, más bien temíamos la amenaza de su sufrimiento— y sentíamos que ella no se perdía un solo movimiento, una sola palabra nuestra, que sufría al menor chirrido de la mesa, de una silla. En consecuencia, el tiempo tendía a dilatarse de un modo insoportable, nunca se hacía de noche. Al cabo de un rato yo ya no sabía qué inventar. Me distraía, pensaba en Lidia. Era sábado. Tal vez había ido al cine con sus amigos, a saber. Planeaba decir en voz alta: bajo a comprar cigarrillos, y luego buscar un teléfono, llamarla antes de que saliera de casa, antes de que el aparato sonara sin que nadie contestase y dejándome la impresión de abandono. Vanda parecía especialmente sensible a esas distracciones. Se asomaba de pronto, me lo notaba en la cara, intuía que me costaba estar con los niños. En las épocas normales, nunca había estado con ellos durante tanto tiempo. En fin, nunca como ahora, como si se tratara de un examen en el que después, mi mujer, la madre de los niños, tenía la autoridad de ponerme nota.

A veces no lograba contenerse.

—¿Cómo va?

—Bien.

—¿No jugáis?

—Sí que jugamos.

—¿A qué?

—Al as gana todo.

—Niños, dejad ganar a papá, que si no se enfada.

Nada le venía bien. Me reprochaba que encendiera la televisión, me criticaba porque jugaba a juegos violentos, me decía con sarcasmo que excitaba demasiado a los niños y luego no conseguían dormirse. La tensión se hacía insoportable, terminábamos peleándonos delante de Sandro y Anna. Ahora las disputas ya no eran contenidas, Vanda se había convencido de que los niños debían saber, valorar, juzgar.

—Baja la voz, por favor.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que se enteren de quién eres de verdad?

—No es eso.

—¿Quieres hacer con ellos como has hecho conmigo? ¿Deben creer que los quieres aunque no sea verdad?

—Siempre te he querido y te sigo queriendo.

—No mientas. No mientas que ya no lo soporto. No delante de los niños. Si tienes que mentir, vete.

Sandro y Anna no tardaron en aprender que cada aparición mía desencadenaría el dolor incontrolado de su madre. Así que si al principio quizá me esperaban por el placer de volver a verme y confiaban en que me quedara para siempre, después empezaron a fingir que se concentraban en sus juegos o en los programas de televisión, aunque en el fondo deseaban que me fuera antes de que estallara la tormenta. Por lo demás, yo mismo tendía a acortar mi estancia, me largaba en cuanto notaba que Vanda estaba a punto de venirse abajo. En cierta ocasión llevé unos regalos para los niños, un suéter para Sandro, un collarcito para Anna. Cuando Vanda vio que su hija estaba contenta, dijo:

—¿Has comprado tú estos regalos?

—Sí, ¿quién iba a comprarlos si no?

—Lidia.

—Pero ¿qué dices?

—Te has puesto colorado, los ha comprado ella.

—No es verdad.

—¿Necesitas ayuda para hacerle un regalo a tus hijos? Que no se te ocurra nunca más darles cosas que vengan de ella.

En efecto, Lidia se había encargado, pero no era esa la cuestión. En aquella época, cada numerito de Vanda tenía otro objetivo. Quería demostrar —y no solo a mí, sino sobre todo a sí misma— que yo no sabía o no podía ser padre sin ella, que al excluirla me excluía a mí mismo, que sin una reconciliación la vida —es decir, el modo en que habíamos vivido hasta el momento en que confesé mi traición— ya no era posible.

Esta tesis no tardó en parecerme fundada. Presentarme cada sábado, cada domingo, y ver a Sandro y Anna recibirme limpios, bien peinados, como quien recibe la visita de un extraño, y notar los primeros minutos afectuosos cargarse de una tensión excesiva para mí y para ellos, no solo me pareció inútil sino peligroso. Aunque mi permanencia en la casa debía servir formalmente para dar una continuidad a la figura del padre, como no era definitiva, resultaba defectuosa. Cualquier cosa que dijera o hiciera a Vanda le parecía insuficiente. Me demostraba punto por punto —con el rigor lógico que siempre la había caracterizado y que ahora se había acentuado— que no daba respuestas adecuadas a las preguntas mudas de nuestros hijos, que decepcionaba sus expectativas.

—¿Qué esperan? —le pregunté una mañana más asustado que nunca.

—Entender —me gritó ella con la voz que se le quebraba en el pecho y parecía ahogarla—, entender por qué te has ido a vivir a otro sitio, por qué los has abandonado, por qué estás con ellos sin ganas apenas unas horas y luego te vas sin aclarar cuándo volverás, cuándo te dedicarás a ellos como se merecen.

Le di la razón, en parte para calmarla, en parte porque no sabía qué objetar. ¿Qué clase de padre era yo, qué clase de padre podía ser en aquella casa donde durante años habíamos tenido la certeza absoluta de que viviríamos para siempre los cuatro? La arquitectura había absorbido nuestra forma de estar juntos asignando rincones a cada función. Y pese a que los espacios fueran grises, fríos en invierno y calurosísimos en verano, nunca luminosos, de todos modos se habían amoldado a costumbres afectuosas, a menudo con altas cimas de regocijo. Me pareció imposible vivir en la casa durante unas horas por semana en la nueva situación. Y así, en una ocasión, en el punto más álgido de la pelea de siempre, le dije a Vanda:

—Los colegios están cerrados, me llevo a los niños unos días.

—¿Te los llevas de qué modo?

—Me los llevo conmigo.

—¿Quieres quitármelos?

—No, qué dices.

—Tú me los quieres quitar —dijo, hosca.

Pero después aceptó. Aceptó de un modo dramático, como si se tratara del último y definitivo experimento, al final del cual ella entendería qué tenía yo realmente en la cabeza.

ME llevé a los niños a Roma un domingo de verano, parecían contentos. Pero fue una decisión sin sentido. No disponía de casa propia —no podía permitírmela— y, por otra parte, no me atrevía a llevarlos a la de Lidia. Como siempre, los motivos eran difíciles de desenmarañar. Presentía que si ella nos hospedaba a los tres en su piso de una sola habitación y Vanda llegaba a enterarse, interpretaría esa decisión como si la estuviera anulando, como si dijera: quítate de en medio, ya no sirves ni como esposa ni como madre. Y como estaba cada vez más dominada por una lógica rigurosa que le impedía toda mediación, yo temía que esa coherencia abstracta a la que se aferraba pudiera empujarla —ya la empujaba a diario, con el cuerpo cada vez más debilitado, con la mente cada vez más vigilante— a excesos que no quería imaginar siquiera. Pero lo que me preocupaba no era solo su reacción. Me parecía odioso verme bajo la mirada de los niños con Lidia a mi lado, en su casa luminosa, durante el desayuno, el almuerzo, la cena, en su cama. En la práctica era como decirle a Sandro, a Anna: fijaos en esta muchacha, qué buenos modales tiene, qué tranquila está, fijaos qué bien estamos con ella; yo vivo aquí, ¿os gusta? Intuía que, por amor a mí, los obligaría a una convivencia que —sobre todo si llegaban a reconocer que Lidia era realmente agradable— habría ofendido el amor por su madre. La cosa no terminaba ahí, había más. No me atrevía a mostrarme en la función de padre. Vivir durante días con Lidia y los dos niños, ocupar su espacio exiguo, desordenarlo, exhibirle mi responsabilidad, obligarla a que la compartiera conmigo cuando ni siquiera yo me había dado cuenta hasta hacía poco, y gracias a los

esfuerzos de Vanda, de lo gravosa que era, me parecía inaceptable. No quería mostrarle en toda su concreción lo que yo era: un hombre de treinta y seis años, rígidamente definido, casado, padre de dos hijos, uno de once y una de siete. Tampoco quería mostrarme a mí mismo de ese modo dentro de esa zona encantada. Allí me sentía un amante sin prejuicios, que no se libera solo para volver a atarse. Estaba estrenando una nueva forma para las relaciones amorosas y no quería ser alguien que arrastra la herencia de su pasado gris hasta la casa de una mujer joven, con un futuro por delante.

Me fui a casa de un amigo. Yo no sabía nada del cuidado de los hijos, no tardé en dejar que se ocupase su mujer. Ellos dos estaban de mi parte, me apoyaban. Pese a formar una pareja unida y llevar casados cinco años, decían que ni se puede ni se debe resistir a las pulsiones, que hacía bien en dejarme llevar por la pasión y que debía dejar de sentirme culpable. Una noche, mientras los niños dormían, los dos cónyuges me echaron un sensato rapapolvo porque yo nunca hablaba mal de mi mujer.

—¿Por qué debería hacerlo? —pregunté.

—Porque está exagerando, no hay que comportarse así —dijo mi amigo.

—Le estoy haciendo mucho daño y ella reacciona como puede.

—Reacciona de un modo muy desagradable —exclamó su mujer.

—Es difícil sufrir de un modo agradable.

—Otros lo hacen, en ciertos casos la medida lo es todo.

—Se nota que la gente que tú conoces no sufre tanto como Vanda.

La defendí con sinceridad, pero ellos siguieron considerando que yo era más agradable y mesurado. Así, cuando Sandro y Anna se iban a la cama y estaba seguro de que dormían, los dejaba al cuidado afectuoso de mis anfitriones y me iba corriendo a casa de Lidia. Desde el principio de nuestra relación, todas las horas que pasaba con ella me sorprendían. Estaban muy alejadas de la pobreza a la que me tenía acostumbrado Vanda. Lidia había sido educada para vivir bien, le salía con naturalidad. Disponía del gusto por las comodidades y el placer, gastaba para recibirme con alegría, me daba el poco dinero que tenía si me veía en apuros, vivía nuestra situación complicada sin angustiarse por el futuro. Me sentía feliz cuando me abría la puerta y la mesa estaba puesta para una buena cena nocturna, me sentía infeliz cuando debía abandonar su cama antes del amanecer. A las cinco y media de la mañana regresaba con mis hijos, confiando en que no se hubiesen

despertado. Daba vueltas por la casa sin sueño, cargado de sentimientos de culpa. Con frecuencia me sentaba junto a la cama de Sandro y Anna, los miraba tratando de absorberlos, de sentirlos como mis criaturas indispensables. Los despertaba un par de horas más tarde, esperaba que desayunaran, que se asearan, luego, dado que mi amigo y su mujer tenían sus ocupaciones, me los llevaba al trabajo.

Sandro y Anna nunca protestaron. Me vigilaban muy disciplinados, tratando a su manera no solo de no ser una carga para mí sino de hacerme quedar bien delante de colegas y alumnos. Sin embargo, al cabo de poco tiempo, cedí y fui corriendo a devolvérselos a Vanda.

—¿Tan pronto, esa es toda tu paternidad? —me preguntó ella con sarcasmo.

Me costó explicarme. Al final murmuré que me resultaba difícil afrontar todas las necesidades de nuestros hijos como ella había hecho siempre. Interpretó otra cosa, creyó que quería volver a casa. Se apaciguó, habló del nuevo equilibrio que deberíamos buscar los cuatro. Negué con la cabeza, dije:

—Tengo que reorganizarme.

En una fracción de segundo Vanda me leyó en los ojos la fuerza que yo conseguía sacar de ese bienestar mío al margen de ella y comprendió de golpe que nada me retendría, ni siquiera los niños. Por unos instantes fui consciente de que lo que le estaba haciendo era particularmente cruel y me fui corriendo para evitar pensar en ello.

Su última señal me llegó meses más tarde por correo. Se trataba de uno de los formularios más escuetos. El secretario jefe del tribunal de menores de Nápoles me notificaba el depósito de una resolución por la que se otorgaba a la madre la custodia de Sandro y Anna. Habría podido tomar un tren de inmediato, presentarme ante el secretario jefe, protestar, gritar: soy el padre, a mí qué me importa el artículo 133 o qué sé yo, estoy aquí y no es cierto que haya abandonado a mis hijos, quiero estar con ellos. No hice nada. Seguí con Lidia, seguí con mi trabajo.

SENTADO en el suelo de mi estudio devastado examiné largo rato ese documento: ahí estaba, en el sobre amarillo junto con las cartas de Vanda. Me pregunté si mis hijos habían leído alguna vez la resolución original dictada por la autoridad judicial, como suele decirse, o cualquier otro documento afín que debe de existir en alguna parte. Esa página constituye la memoria de mi renuncia formal a ellos. Es la prueba en papel de que los abandoné para que crecieran sin mí, que permití que salieran definitivamente de mi vida para caer en una marejada que los arrastraría lejos de mi vista y de mis preocupaciones. Ese aviso lacónico probaba que me había librado de ellos. Me acostumbraría a no sentir más su peso en la cabeza, en el pecho y en el estómago, porque ya no existiría la costumbre cotidiana, porque no tardarían en ser distintos a como los conocía. Perderían los rasgos infantiles, pegarían el estirón, todo su cuerpo cambiaría, la cara, la voz, el paso, los pensamientos. Sin embargo, el recuerdo los congelaría en el momento extremo en que los llevé de vuelta con su madre y le dije: tengo que reorganizarme.

Pasó algún tiempo. Soporté la separación gracias a la presencia de Lidia y a compromisos cada vez más satisfactorios. Dejé el trabajo frustrante de la universidad. Empecé a escribir para periódicos, inventé transmisiones radiofónicas, me asomé tímidamente a la televisión. Hay una distancia que vale más que los kilómetros y quizá más que los años luz, es la distancia de los cambios. Me alejé de mi mujer y mis hijos persiguiendo lo que me apasionaba: la mujer nueva que amaba y una actuación diligente también

nueva, que en una sucesión en apariencia imparable fue sumando un pequeño éxito personal tras otro. Gustaba a Lidia, gustaba a todos. Entretanto, una niebla seca cubría el pasado en el que me había sentido lento e inepto. Se desvaneció la casa de Nápoles, se desvanecieron los parientes, los amigos. Siguieron vivos, persistentes, Vanda, Sandro, Anna, pero solo hasta que la distancia les restó energía, restó espesor al dolor. Máxime cuando a ella se sumó, casi automáticamente, una antigua costumbre de los sentidos. Desde pequeño me había adiestrado para ignorar el sufrimiento de mi madre cuando mi padre la atormentaba. Llegué a ser tan bueno que, aun estando presente, conseguía borrar los gritos, los insultos, el ruido de las bofetadas, los llantos, ciertas frases en dialecto repetidas como una letanía: me mato, me tiro por la ventana. Aprendí a no oír a mis padres. En cuanto a verlos, bastaba con cerrar los ojos. Utilicé este arte infantil toda la vida, en mil circunstancias. Por entonces me resultó utilísimo, recurrí mucho a él. Yo había dejado un vacío, hacía el vacío. Mi mujer, mis hijos surgían en los momentos más dispares y, sin embargo, ni los veía ni los oía.

Aunque no siempre me las arreglé del mejor modo posible. Me encontraba en el extranjero cuando me llegó la noticia de que mi mujer había intentado suicidarse. Hasta ese punto, exclamé desolado, pero todavía no sé qué quise decir. Tal vez «Hasta ese punto» fue un grito silencioso contra Vanda, me pregunté qué sentido tenía llegar a un paso de la muerte. O más probablemente me enfadé conmigo mismo: hasta qué punto la has llevado, vergüenza debería darte. O, más en general, protesté contra el extendido afán de pretender todo aquello que deseábamos, sin importar los riesgos para los demás, el mal que causaríamos. Me devané los sesos lleno de angustia. Vanda estaba en el hospital. Cuándo y cómo había ocurrido. De qué manera afectaría ese acto a Sandro y Anna. Los instantes se realinearon, permitiendo ver con más claridad a quien ya se encontraba muy lejos de mí. Me di cuenta de que estaba obligado a decidir: dejarlo todo, el trabajo, mi vida, el nuevo modelo que estaba creando para mí junto a Lidia, y acudir corriendo para borrar el vacío, para poner las cosas en orden; o limitarme a telefonar, informarme sobre el estado de Vanda, pero no verla, no verla con los hijos al lado, no exponerme a la oleada de las emociones, no correr ese riesgo. Me debatí largo rato entre esas dos posibilidades. Me pareció que no podía pedir consejo a nadie, que la responsabilidad de la decisión era solo mía. ¿Y si mi

mujer no sobrevivía? ¿Tendría que reconocer que yo la había matado? ¿Cómo? ¿Arruinándole la existencia hasta el punto de empujarla a decidir que en lugar de aferrarse a la vida, a los hijos, era mejor desembarazarse de ella? ¿Cuando Sandro y Anna se hicieran mayores me atribuirían ese asesinato? Y, por otra parte, ¿era necesario que muriera para que yo fuera consciente de haber cometido un crimen prolongado, que duró meses y años?

Crimen, crimen, crimen.

Había deshonorado una existencia, había empujado a una persona joven, que tenía tanto deseo de realizarse plenamente como yo, a reconocer que ya no sabía vivir.

O no, pero cómo se me ocurría. ¿Acaso era un crimen perseguir el propio destino? ¿Era un crimen negarse a desaprovechar el potencial que uno posee? ¿Era un crimen luchar contra instituciones y costumbres sofocantes? Qué absurdo.

Yo quería a Vanda, no hubo un solo momento en que hubiese decidido fríamente hacerle daño. Me había comportado con cautela, le había mentido, precisamente para que sufriera lo menos posible. Pero, por Dios, no hasta el punto de sufrir yo, de ahogarme para evitar que ella se ahogara. Hasta ese punto no.

No fui a verla. No quise saber cómo estaba. No le escribí. No me ocupé de cómo se lo habían tomado los niños. Decidí comportarme de manera que entendiese definitivamente cómo estaban las cosas: nada, ni siquiera su muerte, podía impedir que yo amara a Lidia. Amar: empecé a pronunciar el verbo justo en esa época —antes me había parecido de novela rosa—, con la convicción de estar contribuyendo a darle un sentido que antes nunca había tenido.

VANDA se recuperó, dejó de buscarme y además no tardó en dejar de escribirme. Pero en marzo de 1978 fui yo quien le mandó una carta, le pedí ver a Sandro y a Anna a solas.

Es difícil decir por qué lo hice, en apariencia todo iba viento en popa. Vivía en Roma. Había empezado a trabajar de forma estable para la televisión. Era muy feliz con Lidia. Mi mujer había dejado de presionar. Los niños solo eran un sobresalto, en la calle me volvía de golpe cuando una voz infantil gritaba papá. Sin embargo, algo se estaba atascando. Tal vez no eran días buenos, mis inseguridades volvían a aflorar, a veces tenía la impresión de carecer del talento que había imaginado. Había momentos de humor negro en que me convencía de que mi éxito creciente era fruto de la casualidad, que la tendencia se invertiría, que sería castigado por la soberbia demostrada al asumir tareas para las que no poseía cualidades. Quizá Lidia también tuviera que ver con ello. La amaba cada vez más y le atribuía un refinamiento, una inteligencia, una sensibilidad que estaba cada vez menos seguro de merecerme.

—¿Por qué estás conmigo? —le preguntaba.

—Porque ha ocurrido.

—Eso no significa nada.

—Pero es así.

—¿Y si todo se termina?

—Intentemos que no pase.

A veces la observaba de lejos, en una fiesta o en cualquier ocasión pública. En un par de años había dejado de ser una chica, ahora era una mujer muy apreciada y desprendía una fuerza propia de llama sinuosa que ardía con discreción, encandilando. No tardará en dejarme atrás, pensaba al observarla. La descarga de vitalidad que me había arrollado cuando la conocí fue lo que causó en mí el arrebató ambicioso gracias al cual me había convertido en un hombre de éxito. El día menos pensado se daría cuenta de que se había enamorado no de mí, sino de los efectos de su propio calor sobre mi persona y comprendería que, en realidad, yo no era más que un hombrecito angustiado. Cuanto más me viera tal y como yo era, más notaría la fuerza de atracción de otros. Eso pensaba yo, y en los últimos tiempos había empezado a vigilar sus amistades. Me alarmaba si elogiaba demasiado a uno o a otro, pero también temía pasar, casi sin darme cuenta, de amante sin prejuicios a carcelero. Una metamorfosis del todo inútil, lo sabía bien. Lo quisiera yo o no, Lidia se iría tras su deseo y me consumiría, como yo había ido tras el mío y consumido a Vanda. Me traicionaría, sí, el verbo era adecuado, aunque no hubiésemos firmado ningún pacto, aunque nuestra relación careciera de vínculos, aunque ni yo me sintiera obligado a no desear a otras mujeres, ni ella hubiese prometido jamás no desear a otros hombres. La sola idea de que pudiese ocurrir me destruía. Viajará por trabajo y conocerá a alguien que le guste. Se sentirá atraída por amigos o conocidos y se liará con ellos. Irá a una fiesta, se sentirá alegre, se dejará llevar. Se sentirá valorada por autoridades masculinas a cuya sombra gozará de privilegios que yo no he sabido asegurarle. El tiempo nuevo no ha hecho más que tender un llamativo velo sobre el antiguo, debajo del colorete de la modernidad anidan pulsiones arcaicas. Pero la vida de hoy es esta y ella la vivirá hasta el fondo, no podrá impedir mi sufrimiento. Por ello a veces no tenía ganas de trabajar, la capacidad de inventar se estaba apagando y no se reavivaba si yo no encontraba la manera de convencerme de que me equivocaba, de que ella me quería y me querría siempre. De otro modo, ¿qué sentido habría tenido la estela de dolor que había dejado a mis espaldas?

En esos momentos, la red tupida de los días —reuniones, rivalidades, tensiones permanentes, pequeñas derrotas, pequeñas victorias, viajes de trabajo, besos y abrazos por la tarde, por la noche, por la mañana: un antídoto perfecto para mantener a raya la memoria y los remordimientos— se iba

destensando imperceptiblemente. Los padres que jugaban con los hijos, los que daban explicaciones doctas en los trenes o autobuses, los que para enseñarles a montar en bicicleta se exponían al infarto sosteniendo el sillín y gritando: pedalea, pedalea, se iban abriendo paso. Vanda y los niños — olvidados— reaparecían para recordarme que en otros tiempos yo también había hecho esas cosas. Una mañana gélida en la que me sentía especialmente deprimido, en la via Nazionale vi a una mujer delgadísima, desaliñada, que llevaba a rastras a sus hijos enfurecidos, un niño y una niña que se peleaban, él de unos diez años y ella alrededor de los cinco. Me quedé mirándolos un buen rato. Los niños se empujaban, se insultaban, la madre los amenazaba. Ella llevaba un abrigo pasado de moda, ellos calzaban unos zapatos deformados. Pensé: es mi familia que regresa del olvido, y de golpe vi mi lugar vacío junto a ellos, me convencí de que ese vacío los había modificado de ese modo.

Días más tarde escribí a Vanda. Ella me contestó al cabo de dos semanas, cuando los tres habían vuelto a caer al fondo de mis días, ya me sentía bien y había ahuyentado los malos pensamientos. La carta me puso nervioso. «Dices que necesitas restablecer la relación con los niños. Consideras que, como ya han pasado cuatro años, es posible encarar el problema con serenidad. Pero ¿qué es lo que queda por encarar? ¿Acaso la naturaleza de esta necesidad tuya no quedó definida con precisión cuando te fuiste robándonos nuestra vida, cuando los abandonaste porque no soportabas la responsabilidad que suponían? De todos modos les he leído esta petición tuya y han decidido verte. Te recuerdo, por si se te hubiera olvidado, que Sandro tiene trece años y Anna, nueve. Están abrumados por las incertidumbres y los miedos. No empeores más su situación.» Acudí a la cita con mis hijos de mala gana.

EL recordatorio sarcástico de Vanda —«Sandro tiene trece años, y Anna, nueve»— me había preparado para encontrarlos distintos a como los recordaba. No solo eran distintos: me parecieron unos desconocidos que me miraban como a un desconocido.

Los llevé a un bar, llené la mesa de cosas ricas para comer y beber. Intenté conversar con ellos, acabé hablando de mí. No me llamaron papá en ningún momento; en cambio yo, angustiado, pronuncié sus nombres mil veces. Como temía que me recordaran únicamente por el terremoto que había provocado en sus vidas, por cómo los había hecho sufrir, de un modo desordenado traté de presentarme como una persona respetable, de carácter bondadoso, que hacía un trabajo del que podían presumir ante sus compañeros del colegio. Por sus miradas atentas, alguna sonrisa, incluso una carcajada alegre de Anna, tuve la impresión de haberlos convencido. Esperé que me hicieran preguntas para saber, por ejemplo, qué debían hacer para seguir mis pasos cuando fueran mayores. Pero Sandro no dijo nada y Anna, señalando a su hermano, me preguntó:

—¿Es cierto que tú le enseñaste a atarse los zapatos?

Sentí vergüenza. ¿Le había enseñado a Sandro a atarse los zapatos? No lo recordaba. Así las cosas, sin una razón inmediata, dejó de sorprenderme que me resultaran extraños, la sensación de extrañamiento estaba implícita en nuestra relación originaria. Mientras había vivido con ellos había sido un padre distraído que, para reconocerlos, no sentía la necesidad de conocerlos.

Ahora que para quedar bien quería absorberlo todo de ellos, los miraba con una atención excesiva —precisamente como extraños—, devorando detalles por el afán de saberlo todo en pocos minutos. Contesté mintiendo: sí, creo que sí, le enseñé muchas cosas a Sandro, tal vez también a atarse los zapatos. Y Sandro refunfuñó: nadie se ata los zapatos como me los ato yo. Mientras Anna me dijo: se los ata con un lazo ridículo, no me creo que tú también te los ates así.

Me esforcé por sonreír, adopté la expresión más benévola de que fui capaz. Daba por sentado que me ataba los zapatos como todo el mundo, a saber de qué modo debió de adquirir Sandro la anomalía sobre la que insistían mis dos hijos con tonos distintos. Está convencido, pensé con preocupación, de haber mantenido una relación auténtica conmigo a través de su manera de atarse los zapatos y ahora corre el peligro de descubrir que está equivocado. Qué debía hacer.

Anna me miró a los ojos. Tenía una cara siempre divertida, una mueca involuntaria de la boca la hacía parecer alegre aunque no lo estuviera. Dijo: muéstranos cómo te los atas, y me di cuenta de que ella también, pese a que le estaba tomando el pelo a su hermano, con esa historia de los zapatos buscaba la prueba de que yo no era un hombre cualquiera al que había que atribuir el papel de padre, sino algo más. Pregunté: ¿queréis que os muestre ahora cómo me ato los zapatos? Sí, dijo Anna. Me desaté un zapato y me lo volví a atar. Tiré de los cordones por las dos puntas, las entrecrucé, pasé una punta por debajo de la otra, estiré enérgicamente. Los miré, los dos clavaban la vista en mi zapato, con la boca entreabierta. Con cierto nerviosismo entrecrucé de nuevo las puntas, volví a pasar una debajo de la otra, estiré de nuevo, formé un lazo. Hice una pausa, indeciso. Los ojos de Sandro comenzaron a reír satisfechos. Anna murmuró: ¿y después? Aferré el lazo, lo cerré ciñéndolo entre los dedos, pasé por debajo la punta que me había quedado, formé otro lazo y estiré. Listo, le dije a Sandro, ¿tú lo haces así? Sí, contestó él. Y Anna dijo: es verdad, sois los únicos que os atáis así los zapatos, yo también quiero aprender.

Pasamos el resto del tiempo atando y desatando mis cordones y los de Sandro hasta que Anna, arrodillada frente a los dos, aprendió bien a atárselos como nosotros. De vez en cuando decía: pero es ridículo atarse los zapatos con un lazo así. Al final Sandro me preguntó: ¿cuándo me enseñaste a

hacerlo? Decidí ser sincero: no creo habértelo enseñado, lo habrás aprendido tú solo viéndome. A partir de ese momento me sentí más culpable que nunca.

Después Vanda me escribió, dijo con palabras hostiles que los chicos me habían encontrado evasivo, como de costumbre, que los había decepcionado. Ni un comentario sobre lo de los cordones, casi seguro que Sandro y Anna no se lo habían contado. Pero yo sabía que aquel atar y desatar el lazo nos había acercado de nuevo, o quizá nos había dejado a una distancia que, desde que nacieron, nunca había sido tan corta. Al menos, eso esperaba, quise creer que las cosas habían ido así. En el bar los había sentido más hijos míos que en el pasado, y había notado —lo había notado en cada rincón de mi cuerpo— la responsabilidad por lo que les había quitado, el daño que les había hecho con aquel robo de certezas afectivas, y me pasé noches y días llorando, evitando que Lidia se diera cuenta. Por eso no llegué a creer que le hubiesen dicho a su madre: nos decepcionó.

Pero como estaba seguro de que Vanda no mentía —ella nunca mentía—, pensé que Sandro y Anna habían mentido. Lo habían hecho con buena intención. Temían que si le contaban a su madre que les había gustado verme, ella sufriera, y a esas alturas todo sufrimiento de ella los aterraba, preferían callar sobre lo bueno que habían descubierto en mí para evitarle a Vanda un disgusto.

Por esa época me acordé de mi madre, de cuando se había cortado una muñeca con la cuchilla de mi padre. La sangre goteaba en el suelo, y nosotros, los hijos, fuimos los primeros en impedirle que se cortara la otra. Algo cedió en la coraza de insensibilidad que me había construido en la infancia y la primera adolescencia ante escenas como aquella. Los tormentos tan lejanos de mi madre, su descontento, la rabia, a veces el odio hacia el marido que le había tocado, me embistieron sin filtro, con una fuerza que jamás había percibido. Por aquella brecha se coló también el dolor de Vanda. Y no solo sentí por primera vez en mis carnes hasta qué punto la había destrozado, sino que, con la misma intensidad insoportable, me di cuenta de que mientras yo había procurado esquivar el embate de ese sufrimiento, a nuestros dos hijos los había embestido, tal vez desgarrado. Pese a todo, preguntaban cómo se hacía aquel lazo. ¿Tú te atas los zapatos como yo? Eres ridículo, pero ¿me enseñas?

VOLVÍ a verlos. Pasaba fugazmente por su casa de Nápoles tratando de dar una continuidad a mis visitas. Los alojé en Roma. Los llevé a comer y a cenar, al restaurante —toda una novedad para ellos— y a dormir al apartamento que había alquilado en el viale Mazzini, donde vivía con Lidia desde hacía un tiempo. Me di cuenta de que aunque mi éxito incipiente se había multiplicado, jamás podría justificar la estela de dolor que había dejado a mis espaldas, y me compliqué la vida hasta el punto de desatender el trabajo. Pero aquel dolor ya estaba en los gestos, en las voces, imborrable. Anna enseguida rechazó los buenos modales de Lidia y le demostró deliberadamente que la detestaba. Después de algunos intentos enfurruñados de aceptar la situación, Sandro no quiso volver a pisar una casa donde yo vivía con una mujer que no era su madre. Exigieron de mí la máxima atención, quisieron que estuviese a su disposición en todo momento. Trabajar poco o nada comenzó a causarme problemas y, para afrontarlos, me vi obligado a dedicar menos tiempo a Lidia. Mi vida con ella, la vida libre como la habíamos vivido, perdió terreno, tuvo que contar con los plazos contractuales, con la sombra de Vanda, con los caprichos de Sandro y Anna.

—Dedícate a tus hijos —me dijo Lidia una vez.

—¿Y tú?

—Yo puedo esperar.

—No, no me esperarás. Tienes tu trabajo, tus amigos, me dejarás.

—He dicho que te esperaré.

Pero no estaba contenta, llevaba una vida cada vez más independiente, sin mí. Los chicos no estaban contentos, y tampoco Vanda lo parecía y, por más que me dedicara a los hijos respetando minuciosamente todas las obligaciones que ella me imponía, planteaba más exigencias. Decidí, por ejemplo, ver a Sandro y Anna únicamente en la casa de Nápoles, en parte porque ahí tenían el colegio y a sus amigos, en parte porque Vanda así lo quería. Ella vacilaba entre el rencor y la buena acogida. Si la irritaba por cualquier motivo, me pegaba un corte. Pero si me mostraba dócil, me aceptaba en la casa con amabilidad, me dejaba trabajar impidiendo que los niños me molestaran, y llegó un momento en que empezó a preparar comida y cena también para mí.

Al cabo de poco tiempo, ver a Sandro y a Anna en casa de Vanda resultó más cómodo —incluso más provechoso en el plano laboral— que verlos en Roma. En cierta ocasión en que Lidia tuvo que ausentarse una semana por un viaje de trabajo, cedí a las insistencias de los chicos y fui a Nápoles. No solo me quedé una noche sino los siete días. Una noche Vanda y yo hablamos largo rato de cuando nos habíamos conocido, casi veinte años antes. Nos tendimos en nuestra vieja cama de matrimonio pero sin tocarnos y charlamos sobre aquellos tiempos lejanos hasta quedarnos dormidos. Cuando volví a ver a Lidia, se lo conté. Era una época en la que me sentía molesto por sus compromisos de trabajo, por la creciente aceptación que recibía de su entorno, por la tolerancia con la que asumía la complicada situación en la que yo la había metido. Se mostraba siempre amable y nunca se enfadaba cuando los chicos y mi mujer —no nos habíamos separado legalmente, en consecuencia, ni siquiera era posible esa cosa nueva del divorcio— irrumpían en nuestra vida privada con sus larguísimas llamadas telefónicas. Lidia no planteaba exigencias, no se quejaba, solo se exasperaba si yo hacía comentarios sobre sus continuos compromisos, y eso me hacía sospechar que ya no le importábamos ni yo ni lo nuestro. Por ello esperé que se enfadara, que gritara, que llorara. No dijo nada, solo se puso muy pálida. Después, sin discutir, se marchó de la casa que habíamos alquilado y regresó a su antiguo piso de una habitación. Respondió a mis quejas, mis súplicas diciendo simplemente: yo necesito mi espacio así como tú necesitas el tuyo.

Viví solo durante un tiempo, pero me sentía triste. Regresé a Nápoles, con

mis hijos, con mi mujer, primero me quedé una semana, luego dos, luego tres. Pero no podía prescindir de Lidia. Durante varios meses la llamé por teléfono de un modo obsesivo, aunque procurando que ni los chicos ni Vanda se enteraran. Lidia me contestaba enseguida, me hablaba con afecto, pero cuando le decía que necesitaba verla con urgencia, colgaba sin despedirse siquiera. Cortó del todo cuando yo, extenuado por la necesidad que sentía de ella y la solidez creciente de la relación con Vanda y los chicos, le propuse una especie de relación clandestina, sin compromiso, libre ella y libre yo, basada únicamente en el placer de estar juntos de vez en cuando. Fue una época muy mala. Para atenuar el dolor, dediqué todas mis energías a un programa de televisión de notable éxito y empecé a ganar tanto dinero que trasladé a la familia a la capital.

NO sé decir con precisión cuándo empecé a temer a Vanda. Por lo demás, nunca me lo he dicho de un modo tan explícito —«Temo a Vanda»—, es la primera vez que trato de dotar a este sentimiento de una gramática y una sintaxis. Pero es difícil. Incluso el verbo que he utilizado, «temer», me parece inadecuado. Lo estoy empleando por comodidad, pero es restringido, deja mucho fuera. En fin, para simplificar, las cosas están así: desde 1980 hasta la fecha he vivido con una mujer que, pese a ser de baja estatura, delgadísima y, ahora, incluso de estructura ósea frágil, sabe cómo quitarme las palabras y las fuerzas, sabe volverme ruin.

Ocurrió poco a poco, creo. Aceptó que volviera, pero no con el amor apacible que había caracterizado los primeros doce años de nuestro matrimonio. Lo hizo de un modo angustiado y con un ansia de autocelebración. Hablaba mucho del trabajo que había hecho consigo misma, de cómo había barrido con todos los tabúes, de su determinación por convertirse plenamente en mujer. Comenzó así una larga época en que me pareció que ella no conseguía encontrar un equilibrio. Se había ajado, sus manos y sus ojos nunca encontraban sosiego, fumaba mucho. No quería que los dos volviésemos a empezar desde antes de que estallara la crisis, se negaba a perderse a sí misma. Y me impuso una especie de representación cotidiana con el fin de demostrarme que era joven, hermosa, elegante, libre, mucho más que la muchacha por la que yo la había dejado.

Me quedó perplejo. Casi con toda probabilidad traté de que entendiera

que me bastaban sus tranquilas atenciones de antes, que no había necesidad de poner tanto empeño en todo. Pero no tardé en darme cuenta de que se crispaba ante cada muestra de descontento por mi parte. Creí que, orgullosa de su victoria, se olvidaría y, en efecto, se estaba olvidando de veras, pero no como yo había imaginado. Evitaba echarme en cara lo que le había hecho, dejaba que las humillaciones y los insultos se fueran borrando. Pero el dolor de aquellos años no quería marcharse, solo estaba buscando otras salidas. Vanda seguía sufriendo y su sufrimiento daba forma a la intransigencia. Sufría y se disgustaba, sufría y se volvía hostil, sufría y adoptaba un tono despectivo, sufría y se volvía inflexible. Cada día de nuestra nueva vida era para ella una prueba decisiva cuya sustancia era: ya no soy la persona conciliadora de antes y, si no haces lo que te digo, te vas.

Descubrí que ese malestar suyo me deprimía. Si el dolor que yo le había infligido había tardado en alcanzarme, noté enseguida ese matiz distinto de la tortura y sentí su peso y su pena. Poco a poco, cargado de sentimientos de culpa, dominé el malestar, me esforcé por hacerle a diario muchos cumplidos, esperé paciente a que se cansara de demostrarme su inteligencia, la radicalidad de sus opiniones políticas, el desenfreno en la cama, la seguridad en sí misma. Dio buenos resultados. Paró de echarme en cara frases del pasado, dejó estar las ganas de subversión, el deseo sexual se aplacó, recuperó el cuidado modesto de sí misma. Sin embargo, no dejó de ensombrecerse ante cada una de mis discrepancias. Si por casualidad no estaba de acuerdo con ella, se alarmaba. Si veía una insatisfacción y no la soportaba, palidecía, encendía un cigarrillo aspirando a intervalos muy breves con manos temblorosas, defendía sus posturas hasta el absurdo. Solo se calmaba cuando al final le daba la razón, momento en que cambiaba bruscamente de humor y se volvía en exceso alegre y servicial. No tardé en comprender que si en los años anteriores había sido ella quien se mostraba siempre de acuerdo conmigo y esa sintonía la calmaba, ahora solo se tranquilizaba si la sintonía suponía que fuera yo quien estuviera siempre de acuerdo con ella. Quizá cada una de mis contrariedades le parecía una señal de crisis y su propia alarma la exasperaba, era ella la primera en querer desbaratarlo todo. Aprendí a no meter baza en sus asuntos, a ocultarle los míos, a mostrarme siempre afablemente conforme.

Esto ocurrió, grosso modo, en los dos años que siguieron a nuestra

reconciliación. Fueron dos años complicados. Después Vanda encontró un equilibrio, quiso un trabajo propio aunque yo ganaba bien, se empleó en el despacho de un asesor fiscal. Aunque estaba cada vez más delgada, cada vez más ajada, multiplicó sus energías, nunca desatendió la casa ni a mí ni a los niños. Yo ponía cuidado en no fallar nunca. La apoyaba distraídamente en los líos de su trabajo, era espectador mudo de sus atropellos para con las mujeres de la limpieza, respetaba el orden férreo de la vida doméstica. Le pedía que me acompañara a todos los actos públicos y ella aceptaba de buena gana, lo observaba todo y a todos, al regresar desmontaba pieza por pieza la vanidad de los hombres archiconocidos, las cualidades de las mujeres que me habían dado demasiada confianza —las vocecitas almibaradas, la falsa belleza, las charlas pretenciosas—, ridiculizando hábilmente a unos y a otras para divertirme.

El único aspecto en el que intenté meter baza repetidas veces fue la educación de los hijos. Me fastidiaba que impusiera a los chicos una vida demasiado ascética: nada de gastos superfluos, muy poca televisión, poca música, raras salidas vespertinas, mucho estudio. Notaba el peso de la mirada de Sandro y Anna que, por turnos, bien por un motivo, bien por otro, me pedían en silencio que utilizara mi autoridad a su favor. Y como creía haber regresado a casa por amor a ellos, al principio me dije: haz de padre, aquí debes intervenir, no puedes desentenderte. De hecho intervine, lo hice en especial cuando cometían alguna infracción y ella los obligaba a discutir largo rato, con calma, pero apresándolos dentro de su lógica apremiante. En esos casos no conseguía contenerme y, aunque con cautela y una mediación cuidadosa, daba mi opinión. Vanda callaba, me dejaba hablar, los chicos se calmaban, Anna me lanzaba miradas de gratitud. Pero ¿y después? Después de unos segundos, su madre hacía como que no había oído, o como si yo hubiese dicho tonterías que no mereciera la pena rebatir, o directamente como si yo no existiese. Continuaba apremiándolos con argumentaciones cada vez más concisas, pidiéndoles: decid libremente vuestra opinión, ¿estáis de acuerdo o no?

En cierta ocasión, sin embargo, le dio un arrebató y me dijo gélida:

—¿Hablo yo o hablas tú?

—Tú.

—Entonces sal, por favor, déjame reflexionar con mis hijos.

Obedecí, decepcionando a los chicos. Siguieron luego horas de hostilidad y, al final, por la noche, una disputa en toda regla.

—¿No soy una buena madre?

—No estoy diciendo eso.

—¿Quieres que se críen como Lidia?

—¿Qué tiene que ver Lidia?

—¿No es tu persona ideal?

—Para ya.

—Si quieres que se críen como Lidia, os vais los tres a su casa, yo ya no puedo más con vosotros.

Lo dejé estar, no quería que gritara, llorara, volviera a venirse abajo. El dolor seguía ahí, no terminaba nunca. Empecé a hacerme el distraído cada vez que atormentaba a los chicos con un número infinito de preguntas para las que quería respuestas tan coherentes como sinceras. Sandro y Anna ya me miraban desanimados. Al principio debieron de preguntarse: quién es este hombre, qué piensa, se decide o no a acudir en nuestra ayuda gritando basta, déjalos en paz. Ahora ya no se lo preguntaban más. Tal vez ellos también habían comprendido que el equilibrio era ese. Un equilibrio que solo podía romper si a las palabras que Vanda tenía siempre en la punta de la lengua («O en todo momento me demuestras que me has aceptado sin condiciones, o ahí tienes la puerta, vete») hubiese estado dispuesto a contestar: grita cuanto quieras, mátate tú y a tus hijos, ya no te aguanto, me voy. Pero no fui capaz. Ya lo había hecho, no sirvió de nada.

Y así fueron pasando los años con regularidad, nos convertimos en una pequeña familia acomodada, respetable. Gané algo de dinero. Vanda lo guardó con la ferocidad ahorradora que desde siempre la caracteriza, y compramos esta casa cerca del Tíber. Sandro se graduó, Anna también. Les costó encontrar trabajo, lo pierden continuamente, vienen a pedirnos dinero, llevan vidas desordenadas. Sandro tiene hijos con cada mujer que ama, lleva cuatro ya, lo sacrifica todo por sus hijos, los considera lo único importante. Anna se ha negado a traer niños al mundo, opina que se trata de uno de los muchos comportamientos incivilizados del género humano, un vestigio animal. Ninguno de los dos me dirige sus peticiones a veces absurdas, saben que es su madre quien lleva las riendas de todo. Me vieron vagar por la casa como un espíritu inocuo, casi mudo. No les falta razón. Mi vida se cumplió

por completo fuera de ellos. En familia he sido un hombre-sombra, siempre callado incluso cuando Vanda celebraba con gran alegría mis cumpleaños, invitaba a mis amigos, a mis parientes. No hubo más conflictos. En toda circunstancia pública o privada, yo callaba o asentía un tanto divertido; y ella me hablaba con un tono irónico confusamente alusivo, superficialmente afectuoso.

Ironía, sí, a veces sarcasmo. Y siempre en vilo entre caricias y latigazos. Si por casualidad pronuncio una frase equivocada o lanzo una mirada descontrolada, llegan palabras cortantes que me marcan, y algo dentro de mí corre a esconderse. En cuanto a mis cualidades, mis méritos, pues... no sé. Con frecuencia Vanda nos dio a entender a mí, a mis hijos, a las mujeres de la limpieza, a los amigos, a los invitados, que soy un buen hombre, un buen compañero, y que de joven tenía un gran talento. Pero jamás se entusiasmó abiertamente por mi trabajo, por mis éxitos, y si alguna vez los apreció de un modo tibio, solo lo hizo para subrayar que nos permitieron cierto desahogo.

En una ocasión, hará quizá unos quince años —era verano, estábamos de vacaciones, paseábamos a orillas del mar—, se dirigió a mí de repente con su tono de siempre, pero seria:

—Ya no recuerdo nada de nosotros.

Me armé de valor y pregunté:

—¿De nosotros cuándo?

—De siempre, desde que nos conocimos hasta hoy, hasta que muera.

Evité replicar, y ni siquiera bromeé sobre la insensatez de ese período de tiempo. Me salvó un destello del agua, era una moneda de cien liras. La recogí, se la di para complacerla. La examinó con atención, después la lanzó otra vez al mar.

**R**ECORDÉ a menudo aquellas pocas palabras, a veces no me dicen nada, a veces todo. Tanto ella como yo conocemos el arte de la reticencia. De la crisis de hace tantos años los dos aprendimos que para vivir juntos debemos decirnos mucho menos de lo que nos callamos. Ha funcionado. Lo que Vanda dice o hace casi siempre es señal de lo que oculta. Y mi asentir incesante esconde que desde hace décadas no hay nada, absolutamente nada, sobre lo que tengamos sentimientos en común. En 1975, durante una de nuestras disputas cruelmente sinceras, me gritó: por eso fuiste a que te cortaran la alianza del dedo, quieres deshacerte de mí. Y como yo, casi sin darme cuenta, asentí con la cabeza —mi organismo estaba entonces fuera de control—, Vanda se quitó el anillo del anular y lo lanzó lejos. La sortija de oro chocó contra una pared, rebotó en un fogón, cayó al suelo y rodó debajo de un mueble como si estuviera viva. Cinco años más tarde, cuando mi regreso le pareció definitivo, la alianza volvió a aparecer en su dedo. Significaba: yo me siento otra vez unida a ti, pero ¿tú? La pregunta muda tenía el nuevo tono imperativo, exigía una respuesta inmediata, silenciosa o a voz en cuello. Resistí unos días, pero veía con claridad que ella le daba vueltas al anillo alrededor del dedo cada vez más nerviosa. La oferta de fidelidad servía, sobre todo, para comprobar mis intenciones. Fui a una joyería y regresé a casa con una alianza en el dedo, por dentro le hice grabar la fecha de nuestra reconciliación. Ella no dijo nada, yo tampoco. Pese al anillo tuve una amante casi enseguida —a los tres meses de mi vuelta a casa— y le fui tercamente infiel hasta hace unos años.

No estoy seguro de los motivos por los que me comporté de ese modo. Seguro que tuvieron cierto peso el pasatiempo de la seducción, la curiosidad sexual, la impresión (infundada) de que con cada flirteo se reactivaría mi creatividad perdida. Pero prefiero un motivo más ambiguo y, a la vez, más verdadero: quería probarme a mí mismo que pese a haber reconstruido la antigua pareja, pese a haber vuelto con la familia, pese a haberme vuelto a poner la alianza, era libre, ya no tenía vínculos verdaderos.

Me sometí a esas pruebas, pero siempre con mucha prudencia. No hubo una mujer complaciente a la que en el momento oportuno no le haya dicho: sí, te deseo, pero establezcamos acuerdos claros si queremos mantener una larga amistad; soy un hombre casado, ya hice sufrir a mi mujer y a mis hijos más allá de lo tolerable, no quiero que sufran más; por tanto, cuanto podemos concedernos no es más que un poco de gozo, durante un breve período y con la máxima discreción; si estás de acuerdo, seguimos, si no, no. Jamás recibí respuestas airadas. Los tiempos habían cambiado: a las solteras y a las casadas se les imponía cada vez más que se tomaran el placer con desenvoltura, como los hombres. Las chicas se sentían anticuadas si ponían demasiados reparos y las mujeres con marido e hijos consideraban el adulterio un pecado venial o, más simplemente, un truco masculino para someterlas. En consecuencia, exhibían su deseo sin esperar amor a cambio, y por eso, me escuchaban divertidas, como si mi premisa fuese una historia excitante. La aventura estaba servida. En rarísimas circunstancias tuve la sensación de perder la cabeza y temí que todo fuera a repetirse. Ocurrió sobre todo cuando era mi amante la que decía basta. En esos casos se reabría la herida dejada por Lidia y durante unas semanas, unos meses, creía que me moriría.

Pero no ocurrió, y fue precisamente el fantasma de Lidia el que me salvó de nuevas devastaciones. No me quedé prendado de ninguna otra mujer porque me mantuve unido a ella. Jamás la olvidé, pensar en Lidia me sigue turbando. Por ello no hubo año en que no buscara el modo de verla. Seguí con detalle la evolución de su vida. Sigue enseñando en la universidad, pero le falta poco para jubilarse. Escribe en la prensa, es una economista muy reconocida, en especial en estos tiempos de desempleo y miseria. Hace treinta años se casó con un escritor bastante famoso, de los que durante toda la vida gozan de cierto prestigio y en cuanto mueren ya nadie los lee. Es un

matrimonio de éxito. Tiene tres hijos varones, ya adultos, todos trabajan en el extranjero con buenos sueldos, en sectores importantes. Me alegro por ella, está bien que haya tenido una existencia feliz. Cuando nos vemos —al principio se negó, la esperaba en la puerta de su casa, la espiaba de lejos, me seducían sus vestidos de colores bien combinados, sus andares elegantes; pero con los años cedió y vernos se convirtió en una costumbre nuestra, casi un rito anual, que siguió emocionándome—, habla mucho de sí misma. Han sido y siguen siendo reuniones inocentes. La escucho con atención. Su vida se fue haciendo progresivamente más plena que la mía, y ahora que las satisfacciones tienden a disminuir también para ella, se explaya con ternura sobre los éxitos de sus hijos. El marido sabe lo nuestro, creo que le cuenta incluso mis quejas de viejo descontento, los disgustos que me han dado y me dan Sandro y Anna. Aunque Vanda ignora que jamás perdí el contacto con la mujer por la que una vez, hace tiempo, la dejé. No quiero imaginar qué pasaría si llegara a enterarse; hace cuatro décadas que el nombre de Lidia es impronunciable. Estoy seguro de que podría tolerar la lista entera de mis amantes, pero no la prueba de que veo a Lidia, de que sigo en contacto con ella, de que sigo amándola.

||

**M**E desperté sobresaltado. Seguía en el estudio, pero tumbado de lado sobre las cartas de Vanda. La luz eléctrica había quedado encendida pero por las persianas, a través de las rendijas de luz rosada, llegaba el día. Había dormido rodeado de las furias, súplicas y lágrimas de hacía cuarenta años.

Me incorporé, me dolían la espalda, el cuello y la mano derecha. Intenté levantarme pero no lo conseguí, tuve que ponerme a cuatro patas, y después, agarrándome de la biblioteca, me puse de pie con un gemido. Notaba en el pecho una punzada de angustia, provenía de un sueño que todavía me aturdiría. Qué había soñado. Estaba allí, en el estudio en desorden. Lidia estaba tendida en el suelo en medio de los libros, tenía el aspecto de años atrás. Al mirarla me sentía todavía más viejo y nada alegre, sino incómodo. Mi casa entera estaba dejando Roma, se movía despacio, oscilando apenas, como una barca que navega por un canal. Durante un rato aquel movimiento me parecía por completo normal, después descubría que algo no funcionaba. El apartamento en su totalidad se dirigía hacia Venecia y, sin embargo, fuera de toda lógica, dejaba atrás una parte de sí mismo. No entendía cómo era posible que hubiera dos estudios, idénticos en cada detalle, incluida mi presencia y la de Lidia, pero uno permanecía inmóvil, aislado, y el otro se alejaba junto con toda la casa. Después me daba cuenta de que la muchacha que viajaba conmigo en dirección a Venecia no era Lidia sino que, al mirarla bien, era la del solenoide. Descubrirlo me dejó sin aliento.

Miré el reloj, eran las cinco y veinte. También me dolía la pierna derecha.

Con esfuerzo subí la persiana, abrí la puertaventana, salí al balcón para despertarme del todo con el aire fresco. Se oían los cantos insistentes de los pájaros y entre los edificios se veían rectángulos fríos de cielo. Me dije: debo deshacerme de las cartas antes de que Vanda se despierte. No le gustará descubrir que todavía existían, que los ladrones las habían sacado a la luz, que se encontraban ahí, en el suelo, que yo las había leído —leído, sí, no releído— como si acabara de recibirlas esa misma noche. Probablemente ni siquiera se acordaba de haberlas escrito, se enfadaría y con razón. No era soportable que las palabras nacidas de una descompensación, de edades y culturas desaparecidas, se repitieran de golpe. Aquellas frases eran ella fuera sí, la huella de una voz que ya no le pertenecía. Me apresuré a entrar de nuevo en la habitación, recogí las cartas y las tiré a la basura.

Me pregunté entonces qué debía hacer. ¿Prepararme un café? ¿Despertarme con una ducha? ¿Asegurarme enseguida de que no hubiesen quedado por ahí tirados otros documentos dolorosos? Repasé la habitación con la mirada: el suelo, los muebles, las bolsas de basura, las estanterías desmontadas, el techo. Me detuve en el cubo de Praga, el cubo de mis secretos. Sobresalía demasiado, parecía a punto de caer, me pareció necesario empujarlo más hacia el fondo. Pero antes agucé el oído y comprobé si Vanda seguía durmiendo. Como el canto de los pájaros era tan fuerte que tapaba los demás sonidos, abrí una puerta tras otra procurando que los picaportes chirriaran lo menos posible y de puntillas fui al dormitorio. Entreví a mi mujer en la penumbra, era una mujer pequeña y vieja que dormía con la boca entreabierta, la respiración tranquila. Me dio por pensar que estaba soñando, sintiendo emociones. Debía de haber dejado de lado la lógica con la que durante toda la vida se había defendido de mí, de los hijos, del mundo y ahora se había entregado a sí misma. De ese alboroto interior yo no sabía nada, nunca sabría nada. La besé en la frente. Su respiración se detuvo un instante, luego continuó.

A mis espaldas cerré con la misma atención todas las puertas y regresé al estudio. Una vez en lo alto de la escalera metálica, abrí el cubo azul pulsando con fuerza una de sus caras. Estaba vacío.

EL cubo de Praga guardó durante decenas de años unas veinte polaroids hechas entre 1976 y 1978. Yo había comprado la cámara; por entonces retrataba a Lidia sin parar. Mientras que las cámaras de fotos comunes implicaban que quien no estaba en condiciones de imprimirse los carretes por su cuenta debía llevárselos al fotógrafo y exponer así su vida privada a los ojos de un extraño, en cambio, con ese aparato sacabas la foto y te salía impresa. A Lidia casi no le daba tiempo a ponerse a mi lado para asistir junto a mí al milagro y la reproducción de su cuerpo delgado ya estaba surgiendo de la niebla densa de un pequeño rectángulo de papel expulsado por la máquina. En aquellos años acumulé unas cuantas polaroids. Cuando volví con Vanda, me llevé aquellas en las que al fotografiar a Lidia me había parecido retratar mi placer de estar vivo. En muchas de las imágenes ella salía desnuda.

Me quedé en lo alto de la escalera como atontado. Por algún motivo que me costó explicarme, me volvió a la cabeza Labes, en el que no había pensado en toda la noche. Se ha ido a ver a su novia, había dicho el joven carabinero, riendo. El sexo siempre hace reír, aunque todos saben que puede sembrar la discordia, hacernos infelices, generar violencia, llevar a la desesperación y la muerte. A saber cuántos amigos y conocidos habían sonreído o reído cuando me fui de casa. Se habían divertido («Aldo se lo pasa bomba, ja, ja, ja») exactamente como habíamos hecho Nadar, el carabinero y yo ante la idea del vagabundeo erótico de Labes. Pero yo regresé, Labes todavía no. Ni un maullido, solo el canto de los pájaros. Pensé en Vanda, me

miró con fastidio, ella no se rio con la ocurrencia del carabinero. Para ella a Labes lo habían secuestrado, y, tarde o temprano, los ladrones pedirían un rescate. Pero ninguno de nosotros, los hombres, había tomado en serio la hipótesis de la vieja señora, en primer lugar el carabinero: los gitanos no secuestran gatos para devolverlos a cambio de dinero. Claro —me dije desde lo alto de la escalera—, los gitanos no. Y me pareció entender por qué me había acordado de Labes así de repente. Las fotos y el gato tenían en común el eros y la desaparición. Los ladrones no eran muchachitos gitanos y no andaban buscando cadenitas de oro. Destrozaban casas para identificar los puntos débiles de los inquilinos y después dar señales de vida para pedir dinero.

Pensé otra vez en cómo se había interesado en Labes la chica del solenoide, en cómo su mirada vivaz había recorrido de arriba abajo libros, bibelots, el cubo azul. A este último le había echado el ojo enseguida, pese a estar bien alto y en un lugar poco llamativo. Noté que la rabia se apoderaba de mí y traté de calmarme. A mi edad es fácil transformar una sospecha en hipótesis fundada, una hipótesis fundada en certeza absoluta, una certeza absoluta en obsesión. Bajé con cuidado, peldaño a peldaño. Esa hipótesis tenía el riesgo de llevarme a confusiones, primero debía comprobar que no hubiese ocurrido algo más obvio y, al mismo tiempo, más inmediatamente arriesgado. Los ladrones —con un esfuerzo de voluntad dejé de lado a la chica, volví a ese sustantivo genérico— habían encontrado el cubo, habían conseguido abrirlo, pero como mucho habían echado unas risas y después habían tirado las fotos entre las otras mil cosas lanzadas desde los estantes y los altillos. Era lo más probable. Pero en tal caso —me dije— debo hacer otra revisión a fondo, aquí y en todas las demás habitaciones. Vanda no debe encontrar las polaroids, sería una desgracia. ¿Qué sentido habría tenido la sumisión de todos estos años, las mil precauciones, el reprimirnos sin cesar si ahora, al final, en la vejez, cuando somos especialmente frágiles, cuando más necesidad tenemos de ayudarnos el uno al otro, acabamos matándonos? Decidí revisar de nuevo y con cuidado hasta el último rincón y empecé a hurgar entre las cosas amontonadas contra la biblioteca, con la esperanza de que las fotos hubieran estado ahí a la vista toda la noche y no me hubiese dado cuenta.

Cuanto más hurgaba, más me distraía. Pensaba en Lidia, en nuestro

tiempo feliz. Si hubiese encontrado las fotos, las habría tirado a la basura como había hecho con las cartas. Y era incapaz de soportar la idea de que desaparecieran para siempre, que de tiempo en tiempo, cuando estaba solo en casa, ya no pudiera mirarlas, exaltarme, consolarme, entristecerme, sentir que, al menos durante un breve período de mi vida, había estado bien. Hacía tiempo ya que la alegría de entonces, su leve aliento sin ninguna escoria venenosa, me parecía a veces una fantasía senil, una alucinación del cerebro con poca oxigenación. ¿Qué ocurriría después? Hurgué con una mezcla confusa de frenesí y desgana, me convencí de que las fotos no estaban ni en el estudio ni en la sala. ¿Entonces? Vanda no tardaría en levantarse y con una eficiencia muy superior a la mía se dedicaría a ordenar. La mirada no se le nublababa ni se perdía en fantasías, estaba siempre atenta. Las polaroids podían haber ido a parar al dormitorio, a los cuartos que habían pertenecido a Sandro y Anna.

Si llegaba a encontrarlas, no solo descubriría que Lidia nunca había sido olvidada, que había permanecido a lo largo de los años dentro de una juventud intangible, mientras que ella, inevitablemente, había envejecido bajo mis manos y ante mis ojos, sino que, además, en el intento de calmarla, me vería obligado a destruir las fotos en su presencia, a quemarlas en los fogones sin siquiera echarles un último vistazo.

Abrí de nuevo las puertas sin un solo chirrido, entré en el dormitorio de Anna. Ahí también, qué desastre. Me puse a buscar entre centenares de postales, recortes de periódico, fotos de actores y cantantes, dibujos multicolores, bolígrafos que no escribían, reglas, escuadras, de todo. Después oí que se abría la puerta del dormitorio, los pasos de Vanda. Pálida, con los ojos hinchados, apareció en el umbral.

—¿Has encontrado a Labes?

—No, te hubiera despertado enseguida.

—¿Has dormido?

—Solo un poco.

**D**ESAYUNAMOS como de costumbre sin decirnos casi nada. En un momento dado intenté que se acostara otra vez, pero ella se negó. Cuando se encerró en el baño, suspiré aliviado, y a toda prisa me puse a buscar en el antiguo dormitorio de Sandro. Pero no tuve tiempo suficiente, Vanda volvió a aparecer al cabo de veinte minutos con el pelo todavía mojado, la cara marcada por el malhumor, no obstante, dispuesta a ordenar de arriba abajo su casa.

—¿Qué buscas? —preguntó, perpleja.

—Nada, ordeno.

—No me lo parece.

Me consideraba un estorbo, nunca se fio de mi ayuda, siempre ha tenido la convicción de que sola lo hace todo más deprisa y mejor.

Le contesté ofendido:

—¿Has visto cómo he ordenado la sala y el estudio?

—¿Seguro que no has tirado cosas que nos sirven?

—He eliminado únicamente lo que estaba roto.

Negó con la cabeza poco convencida y temí que quisiera ponerse a revisar las bolsas de basura.

—Fíate —le dije.

—Esas bolsas de ahí, molestan —rezongó—, bájalas a los contenedores.

Me entró el pánico, no quería dejarla sola en casa. Mi intención era vigilarla, y si las fotos estaban en alguna parte, llegar antes que ella.

—Quizá es mejor que me ayudes —dije—, son muchas.

—Haz varios viajes. Alguien tiene que quedarse aquí.

—¿Por qué?

—Pueden telefonar.

Seguía creyendo que los ladrones darían señales de vida y nos devolverían a Labes. Su convencimiento me sugestionó, volví a sospechar de la chica del solenoide. Llamaría ella. O tal vez no, tal vez llamara su cómplice probable, el hombre de las chaquetas de piel de imitación.

—Querrán hablar conmigo —dije.

—No lo creo.

—Normalmente se habla con el hombre.

—Qué va.

—¿De veras estás dispuesta a pagar por el gato?

—¿Quieres que lo maten?

—No.

Tenía en la cabeza las voces de la chica y del hombre, sus sonrisas maliciosas, sus risitas. Por el gato —dirían— queremos esta cantidad, y por las fotos esta otra. ¿Y si no? Si no, le enseñaremos las fotos a su mujer. Claro que podría contestar: esa muchacha es mi mujer de joven, pero seguramente se echarían a reír, y me dirían: entonces no hay problema, se las devolveremos a su esposa junto con el gato. Así, todo previsible. Traté de ganar tiempo, suspiré:

—Cuánta violencia hay por ahí.

—Siempre la ha habido.

—Pero nunca había llegado a nuestra casa.

—¿Te parece?

Me callé, ella añadió brusca:

—Date prisa, vamos.

Me incliné y recogí un trozo de cristal que se me había pasado por alto.

—Quizá es mejor limpiar antes toda la casa y luego bajar la basura.

—Necesito sitio, vamos.

Puse todas las bolsas en el ascensor, al final no había sitio para mí. Fui a la planta baja por las escaleras, llamé al ascensor, la cabina bajó. Arrastré las bolsas hasta los contenedores, eran grandes y estaban llenas, no cabían ni en

el contenedor de papel, ni en el de vidrio ni en el de plástico, en ninguno. Tendría que ponerme a seleccionar los materiales de uno en uno, lo dejé estar. Deposité las bolsas en el asfalto, bien ordenadas, una al lado de la otra, con la esperanza de que Nadar no me viera desde su ventana.

Ya hacía calor, me sequé el sudor. La hipotética mirada de Nadar me recordó otras miradas. ¿Quién me aseguraba que los ladrones darían señales de vida y telefonarían? Podían estar vigilándome desde algún sitio. ¿Acaso el joven de color apoyado en uno de los pocos coches, el único ser humano en la calle todavía vacía, no podía ser uno de ellos? Regresé al portón, vigilando al muchacho con el rabillo del ojo. Se me aceleró el pulso, noté una sensación de hinchazón en todo el cuerpo, dolor en la nuca. Por primera vez deseé que Sandro y Anna aparecieran de repente, que me echaran una mano, sobre todo, que me sacaran de mi propia sangre envejecida tomándome afectuosamente el pelo como solían hacer: qué exagerado, ves peligros y conspiraciones por todas partes, no sabes vivir con los pies en el suelo, dentro de esa cabeza sigues elaborando las series de televisión que dejaste de escribir hace diez años.

Entré en casa angustiado, de un solo vistazo podría comprobar si, entretanto, Vanda había encontrado las fotos. Preparé a toda prisa unas palabras conciliadoras para decir en caso necesario: no tengo ni idea, a saber de dónde habrán salido, dámelas, así las tiro con las otras. También pensé en insistir en la necesidad de poner orden: la casa así destrozada era como un estímulo para lanzarlo todo por los aires todavía más. Por lo demás, Vanda parecía opinar igual, dado que se había levantado tan dispuesta a ponerse a trabajar. Pero cuando me asomé a la sala, tuve la impresión de que no había hecho gran cosa. Sorprendí a mi mujer hurgando en un rincón como si se le hubiera perdido algo. En cuanto me oyó, se levantó con los labios apretados y se alisó con las manos el vestido ligero.

HACÍA muchísimo calor. Le dejé a Vanda la sala y el estudio, fui a ordenar las habitaciones de Anna y Sandro. Yo mismo me impuse la tarea de buscar las fotos con calma. A mi mujer no se la oyó en ningún momento, ni un ruido, y al cabo de un rato me fui a peinar también el dormitorio, el baño. Cuando me convencí de que las fotos no estaban por ninguna parte y que, en consecuencia, había que esperar lo peor, volví a la sala. Encontré a mi mujer sentada en el umbral del balcón abierto de par en par, miraba fuera. En todo ese tiempo no había hecho nada, el cuarto estaba tal y como yo lo había dejado.

—¿No te encuentras bien? —pregunté.

—Me encuentro estupendamente.

—¿Hay algo que va mal?

—Todo.

—Ya verás como recuperaremos a Labes —dije con el tono más afectuoso de que fui capaz.

Se volvió y me miró.

—¿Cómo es que has decidido ahora decirme por qué quisiste ponerle ese nombre?

—Nunca te lo he ocultado. Es nuestro animal de compañía y le llamé Labes, ¿qué tiene de malo?

—Eres un mentiroso, siempre has sido un mentiroso y ahora que eres viejo sigues diciendo mentiras.

—No te entiendo.

—Me entiendes, vaya si me entiendes: ahí en el suelo está el diccionario de latín.

No contesté. Cuando quiere desahogarse, Vanda se agarra siempre a pequeños hechos insignificantes. Fui al rincón que ella me indicó con un gesto débil. En el suelo, entre los libros en buen estado, se encontraba el diccionario de latín, abierto en la página donde figuraba el nombre que dieciséis años antes le había puesto al gato. Una casualidad. En un principio me pareció que Vanda le daba poca importancia al asunto. Me habló sin la ironía habitual, con una voz que solo era un medio para encadenar palabras, como si el sentido le resultara indiferente. El diccionario —murmuró, volviendo a mirar la barandilla del balcón— estaba abierto en la letra L y la palabra «labes» estaba subrayada con bolígrafo, igual que sus significados, uno por uno. «Caída», «derrumbamiento», «hundimiento», «ruina». Una broma de las tuyas. Yo llamaba al gato con afecto y tú te divertías a mis espaldas oyendo cómo el nombre resonaba por la casa con toda su negatividad: «desastre», «desgracia», «suciedad», «infamia», «vergüenza». «Vergüenza», me hacías decir. Siempre has sido así. Te muestras afectuoso, y mientras desfogas los malos sentimientos por caminos secundarios. No sé cuándo comprendí que eras así. En cualquier caso, pronto, hace muchos años, tal vez incluso antes de casarnos. Pero me uní a ti de todos modos. Era joven, me sentía atraída, no sabía hasta qué punto la atracción es casual. Durante años no fui feliz, tampoco infeliz. Me di cuenta tarde de que los demás me intrigaban ni más ni menos de lo que me habías intrigado tú. Miraba a mi alrededor desorientada. A la menor oportunidad —me decía— podría tener un amor: es como la lluvia, una gota choca al azar contra otra gota, se forma un regato. Bastaría con insistir en la intriga inicial, y la curiosidad se convertiría en atracción, la atracción crecería hasta llevar al sexo, el sexo impondría la repetición, la repetición crearía una necesidad y una costumbre. Pero creía que debía amarte para siempre solo a ti, así que miraba para otro lado, me ocupaba de los caprichos de los niños. Qué tontería. Suponiendo que alguna vez te haya querido —y hoy no estoy segura: el amor es un contenedor en el que metemos de todo—, la cosa duró poco. Seguramente para mí no has sido nada único, nada intenso. Solo permitiste que me considerara una mujer adulta: vivir en pareja, el sexo, los hijos. Cuando me

dejaste, sufrí sobre todo por aquellas cosas de mí que había sacrificado por ti. Y cuando acepté que volvieras a casa, lo hice solo para recuperar lo que me habías quitado. Pero pronto comprendí que, en la maraña de emociones y deseos y sexo y sentimientos, era difícil establecer qué debías devolverme, por eso hice lo imposible por mandarte de vuelta con Lidia. Jamás creí que te hubieras arrepentido, que te hubieras dado cuenta de que me querías a mí y a ninguna otra. A diario pensaba en cuánto me habías engañado. No sentías absolutamente nada por mí, ni siquiera ese sentimiento de proximidad, de simpatía, que impide a un ser humano quedarse de brazos cruzados cuando otro ser humano sufre lo indecible. Habías demostrado de todas las maneras posibles que querías a Lidia como nunca me habías querido a mí, y yo ya sabía que cuando un hombre quiere a otra nunca vuelve con su mujer por amor. Así que me dije: vamos a ver cuánto aguanta antes de volver a marcharse con ella. Pero cuanto más te atormentaba, más te doblegabas. La «labes», sí, tienes razón. Han pasado los años y los decenios con este juego y lo hemos convertido en costumbre: vivir en el desastre, disfrutar de la ignominia, ese ha sido nuestro aglutinante. ¿Por qué? Tal vez por los hijos. Pero esta mañana ya no estoy segura, ellos también me son indiferentes. Ahora que estoy rozando los ochenta años puedo decir que no me gusta nada de mi vida. No me gustas tú, no me gustan ellos, no me gusto a mí misma. Tal vez por eso cuando te fuiste me lo tomé tan a mal. Me sentí estúpida, no había sido capaz de irme antes que tú. Y con todas mis fuerzas quise que volvieras solamente para poder decirte: ahora soy yo la que se va. Pero, fíjate tú, aquí sigo. En cuanto te esfuerzas por decir una cosa con claridad, te das cuenta de que está clara por el mero hecho de que la has simplificado.

El discurso fue ese, grosso modo\ lo he resumido en mis palabras. Por primera vez desde que nos reconciamos se esforzó por ser explícita, pero sin mostrar interés alguno. De vez en cuando la interrumpí con frases vagas de tibia protesta, pero no me oía, no quiso. Siguió adelante como si hablara consigo misma, y a partir de un determinado momento yo también me aislé. Tenía en mente una sola pregunta: por qué ha decidido hablarme con tanta dureza, cómo es posible que no se dé cuenta de que muchas de esas palabras pueden tener gravísimas consecuencias en nuestra vejez. Me respondí: no te alarmes, ella es distinta de ti, nunca ha tenido el miedo que tú tienes desde la primera infancia; por eso sabe propasarse, además, con los años se vuelve

cada vez más indiferente, cada vez disfrutará más del exceso, repetirá sin parar esta charla cruel; por eso calla, le han destrozado la casa, está cansada, la desanima el trabajo que le espera; en este momento le basta un pequeño empujón para dejarlo todo como está y marcharse; de modo que si no te queda más remedio que hablar, proponle llamar a alguien que le eche una mano con el trabajo, convéncela de que no es demasiado gasto, recuérdale que tiene los huesos frágiles y que puede cansarse; en fin, escaquéate, haz como si nada, protege los días, los meses, los años que te quedan.

NO sé durante cuánto tiempo me estuvo hablando mi mujer: un minuto, dos, cinco. Seguramente, al ver que yo no reaccionaba, en un momento dado miró el reloj y se levantó.

—Voy a comprar algo —dijo—. Estate pendiente del teléfono y del portero automático.

—Vete, no te preocupes —le contesté, solícito—. Si los ladrones dan señales de vida, yo me encargo, recuperaremos a Labes.

No dijo nada. Pero cuando apareció otra vez, lista para irse con el carro de la compra, murmuró:

—El gato está perdido.

Quería decir que había perdido toda esperanza de recuperarlo, creo. Mientras cruzaba la sala, el vestíbulo, y abría la puerta de casa, me explicó que debía estar pendiente del teléfono y el portero automático no por si llamaban los ladrones, sino porque habían pasado dos semanas y la empresa que nos había alquilado el estimulador eléctrico mandaría a alguien a recogerlo a lo largo del día.

—No te dejes robar más dinero —dijo, salió y cerró la puerta.

Pero si ella ya no creía en la posibilidad del chantaje, yo, que sabía de la desaparición de las polaroids, caí en la cuenta de que creía en ella más que nunca. No solo eso, me pregunté: ¿quién vendrá a recoger el estimulador, un mensajero cualquiera o vendría otra vez la chica de los ojos vivaces? Enseguida tuve la certeza de que ella aparecería otra vez. Pasó el tiempo, mi

mujer regresó de la compra, se puso a preparar algo. Fingí estar tranquilo, pero me sentía muy inquieto, me dio dolor de cabeza. Ya veía a la chica en la puerta, sería ella la que me dijera: tenemos a Labes, tenemos las fotos, esta es la cantidad que hay que pagar. Le preguntaría: ¿y si no? Y si no, podría contestar la chica —mejor dicho, contestaría, contestaría, contestaría—, y si no, matamos al gato y entregamos las fotos a quien corresponda. Mientras comía un poco de queso stracchino, el corazón en el pecho me pareció enorme.

Después de comer, tal vez porque con su desahogo se había en cierto modo purificado, Vanda volvió a ser la de siempre. Con método, sin detenerse nunca, ordenó la cocina, el dormitorio, la habitación de Anna, la de Sandro y, además, hizo una lista detallada de lo que precisaba arreglo. Estaba al teléfono con un carpintero de su confianza y hablando de dinero cuando oí el portero automático. Fui a contestar. Una voz de mujer me dijo que venía a recoger el estimulador. ¿Era la misma chica de dos semanas antes? Era difícil saberlo, había pronunciado pocas palabras. Le abrí, corrí a una ventana que daba a la calle, me asomé. Era ella. Con una mano mantenía abierto el portón, pero no se decidía a entrar, hablaba con un hombre al que se veía de espaldas, parcialmente tapado por las ramas del magnolio. Empecé a respirar mal, me ocurre siempre que me pongo nervioso. Desde donde me encontraba nada me aseguraba que se trataba del timador de las chaquetas de piel de imitación, sin embargo, me bullía la sangre, estaba aturdido, deseaba y al mismo tiempo temía que fuese él. ¿Qué estarían discutiendo? ¿Cuál era su estrategia? ¿La chica subiría y el hombre se quedaría abajo? No, parecía que lo habían decidido, subirían juntos. Todo relato tiene un callejón sin salida, siempre se llega a un momento como este. ¿Qué hacer entonces, volver atrás, empezar de nuevo? ¿Aunque uno sea lo bastante viejo para saber que, tarde o temprano, toda historia choca contra la última palabra? Noté con claridad el mismo miedo que me atenazaba cuando mi padre decidía al fin cenar con nosotros. Todos llevábamos un buen rato sentados a la mesa, yo oía sus pasos indolentes en el pasillo. ¿Cómo estaría, de buen humor, de mal humor? ¿Qué diría, qué haría? Mi mujer —que acababa de poner fin a la conversación telefónica pero que no debió de oír el portero automático— me gritó desde el dormitorio:

—¿Puedes venir un momento, por favor? ¿Me ayudas a mover el armario?

# **Libro tercero**

# 1

## Capítulo

**N**UESTRA madre nos dejó a pocos metros del bar. ¿Cuántos años tenía yo? ¿Nueve? Unos meses antes Sandro había cumplido los trece, lo recuerdo porque mamá y yo le habíamos hecho una pastel y él, frente a las velas encendidas, había dicho que si conseguía apagarlas todas de un soplo, quería que se cumpliera un deseo. Qué deseo, le preguntó nuestra madre. Ver a papá, contestó. Así que, por su culpa aquí estamos, delante de aquel bar. Tengo miedo. No sé nada de mi padre, antes yo lo quería, pero desde hace tiempo ya no lo quiero. Solo de pensar que voy a verlo me duele la barriga, no quiero decirle que tengo que ir al lavabo, me da vergüenza. Por eso estoy muy enojada tanto con mi hermano, que lleva la voz cantante, como con mi madre, que al final siempre termina haciendo lo que él quiere.

ESO es todo, no recuerdo más. Pero, la verdad, no me importa nada, es solo una excusa para telefonar a Sandro. Lo llamo, su móvil suena un buen rato, luego salta el contestador. Espero dos minutos y vuelvo a llamar. Después de cinco intentos me contesta con voz enfadada, dice: qué quieres. Le pregunto sin rodeos: ¿te acuerdas de cuando fuimos a ver a papá a aquel bar de la piazza Cario III? Pongo voz de niña, con lloriqueos remilgados y risitas, como si no hubiera pasado nada, como si no hubiese intentado por todos los medios quitarle el dinero de la tía Gianna, como si no le hubiese gritado que si de verdad no me quería dar un solo céntimo, él para mí estaba muerto, muerto y enterrado, no quería volver a verlo.

Calla. Entretanto piensa: con cuarenta y cinco años cumplidos, se hace la tonta del culo como si tuviera quince. Siento hasta el último de sus pensamientos, siento los puntos y las comas, y veo que me detesta. Pero no importa, le hablo sin parar de papá y mamá, de nuestra infancia, del encuentro de hace tantos años con nuestro padre, de un vacío en mi memoria que, de repente, me ha dado por llenar. Él trata de interrumpirme, pero conmigo es imposible, no se lo permito a nadie. De buenas a primeras digo:

—Veámonos.

—Tengo cosas que hacer.

—Por favor.

—No.

—¿Esta noche?

—Sabes que esta noche estás ocupada.

—¿En qué?

—Te toca ir a darle de comer al gato.

—No voy, no he ido nunca.

—¿Estás bromeando?

—No.

—Se lo has prometido a mamá.

—Se lo he prometido, pero soy incapaz de estar sola en esa casa.

Seguimos así un rato con frasecitas de este estilo hasta que, después de un tira y afloja, comprende que hablo en serio, que la semana en la playa de nuestros padres casi está terminando y yo me he saltado siempre mi turno. Ahora entiendo por qué—dice— la casa olía a pis, el cuenco del agua estaba medio vacío, el tazón sin una sola croqueta y Labes, nerviosísimo. Se enfada, me dice entre dientes que soy egoísta, incapaz de querer a nadie, irresponsable. Pero yo no me lo tomo a mal, sigo con las zalamerías, las risas, los terrores falsos y verdaderos, la autoironía. Poco a poco se va calmando. Está bien, dice con el tono que adopta cuando quiere aplastarme con su papel de hermano mayor, vete a Creta con tu último ligue, también esta noche me ocuparé yo de Labes y no vuelvas a tocarme los huevos nunca más.

Silencio. Aquí yo cambio, siempre sé cuándo llega el momento de cambiar la vocecita por una voz patética, idéntica a la de mamá. Murmuro: he dicho lo de Creta y mi nuevo novio para no preocupar a nuestros padres; en realidad, este año no me voy de vacaciones, estoy sin un céntimo y harta de todo.

Listo, me lo conozco, ahora se encuentra entre la espada y la pared. Dice: de acuerdo, vayamos juntos a ver a Labes.

NOS encontramos en el portón de la casa de nuestros padres. Odio toda la zona de la piazza Mazzini, y esta calle también, el pestazo a contaminación y a río llega hasta aquí. Labes maúlla a más no poder, se lo oye desde la escalera. Subimos. Qué asco, digo al entrar, corro a abrir los balcones y las ventanas. Luego me pongo a hablar con el gato, le digo que es un asqueroso, y eso lo calma, viene corriendo y se restriega contra mis tobillos. Pero en cuanto oye que Sandro se está ocupando de su comida, me deja plantada y se va corriendo con él. Me quedo en la sala. Esta casa me entristece, aquí viví de los dieciséis a los treinta y cuatro años. Es como si nuestros padres y todos sus trastos nos hubiesen transmitido lo peor de todas las casas en las que vivimos.

Sandro vuelve a aparecer, oigo a Labes mordisquear en la cocina. Mi hermano está nervioso, ha cumplido con su tarea, quiere irse lo antes posible. Pero yo me siento en el sofá y vuelvo a hablar de nuestra infancia: de nuestro padre que nos abandona, de nuestra madre que se desespera, del encuentro de nosotros dos con papá. Sandro se queda de pie y me aclara que tiene prisa. Suelta frases vagas, se siente en la obligación de hacer de hijo afectuoso, rebosa gratitud y se molesta por cómo le doy vueltas a ese episodio con tono sarcástico.

—Dices tonterías —exclama—, fue papá el que pidió vernos, yo no tuve nada que ver. Además no fue en un bar y no estaba en la piazza Cario III. Mamá nos acompañó a la piazza Dante y papá nos esperaba allí, debajo del

monumento.

—Yo recuerdo un bar y la piazza Cario III. Una vez papá habló de un bar.

—O te fías o de nada sirve que hablemos. Nos llevó a un restaurante de la piazza Dante.

—¿Y qué pasó?

—Nada, solo habló él.

—¿Qué dijo?

—El sentido general era que trabajaba en la televisión, que conocía a actores y cantantes famosos, que había hecho bien en dejar a mamá.

Me río a carcajadas.

—Es cierto. Yo también creo que hizo bien.

—Lo dices ahora, pero entonces por las noches no dormías y vomitabas todo lo que comías. Tú nos complicaste más la vida a mí y a mamá que papá.

—Eres un mentiroso, él nunca me importó.

Niega con la cabeza, ha mordido el anzuelo, decide sentarse.

—¿Recuerdas al menos cuando le contaste lo del lazo?

¿El lazo? Mi hermano es así, le gusta tomar un detalle y adornarlo. Por eso lo quieren tanto las mujeres, por su labia, primero las divierte y después lo transforma todo en melodrama. En mi opinión, en vez de haber estudiado geología debería haber seguido los pasos de papá, trabajar en la televisión, quizá hacer de presentador, hablar desde la pantalla a las mujeres y a las jovencitas. Su mirada finge curiosidad por lo que se dispone a contarme. Es atractivo, tiene modales de gran señor, sabe colmarte de atenciones. Y qué delgado está, dichoso él, qué cara suave de adolescente, tiene casi cincuenta años y no le echas más de treinta. Mantiene a raya a tres esposas. Esposas, sí, aunque se ha casado una sola vez. Y tiene cuatro hijos, todo un récord en estos tiempos: dos de la primera, la mujer legal, y uno con cada una de las otras dos. Además tiene amigas de todas las edades a las que ve asiduamente y a las que ofrece con gusto no solo un oído receptivo sino, en caso de que lo necesiten, algo de sexo. Tiene mano izquierda, esa es la cuestión. Está sin un céntimo, ha derrochado la herencia de la tía Gianna repartiendo el dinero entre sus mujeres y sus retoños, pierde uno tras otro los trabajos que encuentra; sin embargo, sale adelante sin los problemas de supervivencia que tengo yo. ¿Por qué? Porque las madres de sus hijos gozan todas de una

situación acomodada e incluso cuando lo cambian a él por otros hombres lo siguen considerando un muchacho afectuoso, un padre excelente, y eso las convierte en un recurso seguro. Hay que verlo con los niños, cómo lo quieren. Claro, de vez en cuando acaba metido en líos porque incluso a él le cuesta mantener unida una red de afectos tan complicada, entonces entre sus mujeres estallan guerras feroces por tenerlo en exclusiva. Pero hasta hoy se las ha arreglado, y yo sé por qué. Mi hermano es un hombre falso. Falso incluso consigo mismo. El motivo por el que le sale bien repartir atención y consuelo entre tantas —a menudo con discursitos moralistas que en boca de él suenan francamente hipócritas— es que sabe imitar bien todos los buenos sentimientos sin experimentar jamás ninguno.

—¿Qué lazo? —le pregunto.

—El de los cordones de los zapatos. Mientras comíamos, le preguntaste si mi forma de atármelos la había copiado de él.

—Perdona, ¿tú cómo te los atas?

—Como se los ata él.

—¿Y él cómo se los ata?

—Como no se los ata nadie.

—¿Y él sabía que te atabas los zapatos como él?

—No, tú se lo hiciste notar.

La verdad es que de esto no me acuerdo. Pregunto:

—¿Cómo reaccionó?

—Se emocionó.

—¿Cómo?

—Se echó a llorar.

—No me lo creo, nunca lo he visto llorar.

—Como te lo cuento.

Labes se asoma con cautela. Me pregunto si vendrá conmigo o con Sandro. Soy consciente de que me gustaría que viniera conmigo, pero solo para poder echarlo. De un salto el gato aterriza en el regazo de mi hermano. Digo con una pizca de resentimiento:

—Estoy segura de que fuiste tú quien quiso ir a verlo.

—Piensa lo que quieras.

—De todos modos, ¿por qué accedió mamá? Al fin y al cabo ya había

dejado de hacerse la loca, nos habíamos acostumbrado a que él no estuviera, mamá habría hecho bien diciéndole que no. ¿Cómo se le ocurriría ponerlo todo otra vez patas arriba?

—Déjalo ya.

—No, quiero saber. ¿Por qué?

—Fui yo quien insistió.

—¿Lo ves como tú tuviste que ver?

—Insistí porque tú lo pasabas fatal.

—Ah, cuánta generosidad.

—Yo era un crío. Pensé que si nuestro padre veía con sus propios ojos el estado en que te encontrabas, se daría cuenta de que lo necesitabas y volvería.

—Así que, en tu opinión, ¿papá habría dado marcha atrás por mí?

—No te hagas ilusiones.

—¿Entonces?

—¿Cómo es posible que no te acuerdes de nada?

—No me acuerdo.

—Está bien, te cuento otra cosa. La mañana del encuentro nuestra madre te dijo: ¿te has fijado qué lazo más ridículo se hace tu hermano al atarse los zapatos? La culpa la tiene tu padre, nunca hizo una a derechas. Cuando lo veas, díselo.

—¿Y?

—Esta historia del lazo nos implicó a todos. Papá regresó por mamá, por ti, por mí. Y los tres quisimos que regresara. ¿Está claro?

SANDRO es así, sabe darle a todo un giro melifluo que tranquiliza. Míralo ahora, cómo mimó a Labes. Lo acaricia, lo soba, y el gato, feliz. Hace igual con todos, animales y seres humanos. Es el ojito derecho de mamá, papá habla de cosas serias solo con él. Así arrambla con todo —afecto, consideración, dinero— y a mí me deja solo las migajas. Ah, qué falso. Y qué falsa, falsa, falsa es su versión de la anécdota del lazo. ¿O sea que él impulsó a nuestra madre a llevarnos con nuestro padre solo porque yo lo pasaba fatal? ¿Y nosotros dos conmovimos a nuestro padre hasta el punto de hacer que regresara corriendo a casa? ¿Y nuestra madre puso su granito de arena? ¿Y de este modo se reconstruyó nuestra linda familia? Pero ¿por quién me ha tomado, por una de sus adoradoras?

—Los únicos lazos que han interesado a nuestros padres —le digo— son los que han utilizado para torturarse toda la vida.

Me levanto, le quito a Labes del regazo, me lo llevo al balcón acariciándolo. Al principio, el gato intenta soltarse, luego cede. Desde ahí, desde el balcón, le digo a Sandro: nuestros padres nos regalaron cuatro escenarios muy instructivos. Primero: mamá y papá jóvenes y felices, los niños que disfrutaban del paraíso; segundo: papá se busca otra mujer y desaparece con ella, mamá pierde la chaveta y los niños, el paraíso; tercero: papá cambia de idea y vuelve a casa, los hijos intentan entrar otra vez en el paraíso terrenal, mamá y papá demuestran a diario que es un esfuerzo inútil; cuarto: los niños descubren que el paraíso jamás existió y que hay que

conformarse con el infierno.

Mi hermano hace una mueca de disgusto.

—Eres peor que nuestra madre.

—¿Mamá ya no te gusta?

—Tú no me gustas. Ella te ha pasado sus defectos y tú los has empeorado.

—¿Cuáles?

—Todos.

—¿Por ejemplo?

—La enumeración: primero, segundo, tercero, cuarto. A las dos os encantan los recintos cerrados y meter en ellos a los demás.

Le digo con frialdad que me limitaba a describirle el panorama de lo que hemos pasado juntos. Pero enseguida me tienes que humillar —me quejo— y sin motivo: si yo soy peor que mamá, tú eres peor que papá, nunca escuchas; es más, has heredado lo peor de los dos, porque no solo no escuchas, sino que, tal como hace mamá, te agarras a un detalle así de pequeño y sobre él construyes una montaña de idioteces. Él me mira con los labios apretados, niega con la cabeza, luego mira el reloj. Por una parte teme haberse excedido, por otra piensa que conmigo no hay nada que hacer, es imposible hacer las paces, yo solo sé discutir. Entro en la sala y antes de que se levante para irse, vuelvo a sentarme en el sofá. Labes se agita otra vez, lo calmo besándole la cabeza. Ha llegado el momento de decirle a mi hermano el verdadero motivo por el que lo he llamado. Murmuro frases como: qué le vamos a hacer, es imposible huir de los cromosomas, ni tú ni yo tenemos la culpa, lo heredamos todo, incluso la forma de rascarnos la cabeza. Y me río, como si acabara de decir algo gracioso. Después, siempre riendo, sin preámbulos, anuncio que hace tiempo que le estoy dando vueltas a una idea. Propongamos a mamá y a papá —digo— que vendan esta casa, valdrá por lo menos un millón y medio, y vamos exactamente a medias, repartamos setecientos cincuenta mil por barba.

DE pronto Sandro me mira con interés. Hay una sola cosa indiscutible: la obsesión por el dinero nos viene de nuestra madre. Papá ganó mucho dinero, pero estaba tan poseído por sus ambiciones que es como si no se hubiese dado cuenta. A él le importaban el trabajo, la necesidad de consenso, la angustia de perderlo. Pero del dinero se ocupó siempre y únicamente mamá. Ahorró, acumuló, ella quiso esta casa. Nos hizo sentir la importancia de cada monedita, el propio amor por los hijos cobró la forma del dinero. De hecho, nunca lo acumuló para ella, mucho menos para papá, sino para que nosotros dos viviéramos bien en el presente y seguros en el futuro. La libreta de ahorros postal, la cuenta bancaria, este apartamento fueron su manera de decirnos que nos quería. Así lo creí durante mucho tiempo, y quizá Sandro también. La prueba de que os quiero —nos demostraba a diario nuestra madre— es que no gasto para mí, sino que acumulo para vosotros. La consecuencia, al menos por lo que a mí respecta, es que la falta de dinero es la confirmación de mi incapacidad de hacerme querer. Creo que por eso me enfadé tanto cuando la tía Gianna le dejó casi todos sus ahorros a Sandro. Al menos eso me han dicho los médicos, cuando esa historia hizo que perdiera los nervios y me atiborraron de pastillas. Pero es tan difícil poner orden en mis ideas, siempre hay algo que no cuadra. Tal vez sea cierta la relación: no hay dinero, no hay afecto, pero entonces ¿por qué en cuanto tengo dinero lo derrocho, en cuanto alguien se encariña conmigo lo ahuyento? Por otra parte, ¿a Sandro no le pasa lo mismo? Todas esas mujeres adineradas, todos esos hijos supermimados, ¿acaso no son síntoma de un agujero que nunca se

llena? Mientras que para nuestra madre el deleite —quizá su único deleite— consistió en ahorrar dinero, nosotros tenemos la impresión de sentirnos bien solo cuando lo gastamos. Mi hermano y yo, idénticos. Y más en estos tiempos, cuando escasea el dinero. Y con la vejez que avanza. Estoy gorda, cada vez tengo más arrugas y más canas. Cómo odio a Sandro por su belleza de jovencito, pestañas largas, ojos verdes, a los cincuenta años conserva todo el pelo, y encima negrísimo, sin teñirse, atlético, ni siquiera hace deporte. Por fin me presta atención, divago para darle tiempo a asimilar mi idea. Digo: ellos pertenecen a una generación afortunada, pasaron de la miseria al bienestar, papá logró incluso algún reconocimiento, los dos tienen una buena jubilación, ¿qué coño quieren más, no estás de acuerdo?

En ese momento mi hermano agita las pestañas como para borrar el panorama que le estoy ofreciendo y me pregunta:

—¿Por qué deberían vender y darnos el dinero?

—La casa es nuestra.

—La casa es de ellos.

—Claro, pero la heredaremos nosotros.

—¿Y entonces?

—Entonces les pedimos que nos adelanten la herencia.

—¿Y ellos adónde van a ir a vivir?

—Les alquilamos un apartamento más pequeño, dos habitaciones y cocina en una zona menos céntrica y les pagamos el alquiler.

—Estás loca.

—¿Por qué? ¿Te acuerdas de Marisa?

—¿Quién es?

—Mi amiga de Nápoles.

—¿Y?

—Le pidió lo mismo a sus padres y ellos aceptaron.

—Mamá nunca estaría de acuerdo. Esta es su casa, la ha cuidado hasta el último detalle. Y para papá es la prueba de que algo ha quedado de su trabajo.

—Pero la vida ha pasado.

—No lo creo. Podrían vivir veinte años más.

—Precisamente. Y dentro de veinte años yo tendré sesenta y cinco y tú setenta, suponiendo que lleguemos. ¿Qué hago yo, a los sesenta y cinco años,

con la mitad de esta casa? Piensa, no me hagas asumir el papel de cabrona, como siempre. Son dos ancianos. ¿Qué sentido tiene que vivan en un castillo con vistas al Tíber?

Niega con la cabeza, me mira con sabia desaprobación. Quiere que sienta que estoy en un error, siempre ha sido así, desde que éramos niños. El dinero, claro está, lo fascina, se le nota en la cara. Pero lo conozco, percibo cómo se retuerce por dentro. Para él lo ideal sería que yo me ocupara de todo —de hablar con nuestros padres, convencerlos, vender, repartirnos el dinero entre los dos, a partes iguales, faltaría más— y que le dejara el papel del hijo perplejo que plantea objeciones éticas, que se preocupa por mamá y papá. Una parte de mí sabe que, si quiero su consentimiento, no debo agarrarlo de la pechera, debo tragarme sus parrafadas con el corazón en la mano. Pero hay otra parte que ya comienza a agitarse. Me guste o no, yo también tengo mis escrúpulos, no soy un mineral. Por eso si me pincha no sé bien cómo acabará la cosa. Pero él no solo me pincha, me hiere.

—¿Cómo reaccionarías —me pregunta— si dentro de treinta años tus hijos te hicieran lo mismo?

LE contesto, impulsiva. De nuestros padres, digo, solo he aprendido una cosa, que no hay que tener hijos. Después, con calma fingida, la voz entrecortada, insisto: de todos modos, a los hijos siempre acabas haciéndoles daño, por lo tanto, debes esperar que te lo devuelvan con creces. Sé que no le gustan las frases extremas de este tipo, pero las utilizo a propósito. Ha traído cuatro hijos al mundo irresponsablemente, a ver cómo se las arregla.

Según tiene costumbre, se las arregla jactándose. Lógico, está convencido de que el camino adecuado es el que él enfiló: multiplicación de las madres, multiplicación de las paternidades, multiplicación de los núcleos de afecto y sexo. Y confusión de papeles. En una palabra, fin del concepto tradicional de pareja: nada de monogamia, varias mujeres, todas amadas, varios hijos, todos adorados. Yo —me dice con su habitual soberbia dulzona—, cuando me ocupo de los niños, me ocupo de que no les falte de nada, para ellos soy padre y madre.

Intento no contestar, le doy tiempo para que se jacte de su amplitud de miras. Pero mi hermano me exaspera por más que trate de que no me afecte. Así, en un momento dado, le suelto que él nunca salió de veras de los líos en los que nos criamos, vuelca en sus hijos las angustias que nos transmitió nuestra madre: el hombre que se convierte en mujer, la mujer que se convierte en hombre, el papá que se convierte en mamá, la mamá que se convierte en papá, travestismo doméstico, trucos verbales, eres un chico aterrorizado. Y mientras hablo, me va creciendo en el pecho una furia que, en

general, permanece silenciosa en alguna parte. Le digo entre dientes que estoy a favor de la abolición de los hijos, a favor de la abolición del embarazo y el parto, abolición, sí, a-bo-li-ción. Quiero borrar incluso la memoria de la reproducción mediante vientre de mujer, los órganos genitales deben servir únicamente para mear y follar. Es más —le grito—, tampoco sé si vale la pena follar. Y nos peleamos —Labes se asusta, se larga—, nos solapamos, frase a frase, palabra a palabra. Cuántos lugares comunes es capaz de exhibir para defenderse: abrazarse por la noche a la persona amada calma la ansiedad; amar es mejor que la fe en un dios, es como una plegaria contra el riesgo continuo de morir; tener hijos atenúa la angustia, ah, qué deliciosa la dicha que te da la prole, qué apasionante verla crecer: te das cuenta de que eres el eslabón de una cadena infinita, los que vienen antes que tú y los que vendrán, la única forma posible de inmortalidad; etcétera, etcétera, etcétera.

Escucho. La suya parece una homilía benévola, pero de hecho se propone hacerme daño. Quiere que lo envidie por lo contento que está de todos sus retoños. Quiere que me arrepienta de haber renunciado a tenerlos, quiere que sufra por ello. Tú —subraya— no tienes hijos, no puedes entender, por eso hablas por hablar. Y es cierto, yo no puedo entender —le contesto perdiendo definitivamente la calma—, no puedo entender que tú insemine a ciegas, no puedo entender a todas esas jacas que se ponen a temblar y a echar humores por la oreja al oír el tictac del reloj biológico. «Reloj biológico», qué expresión más insulsa. Yo jamás he oído ningún tictac, el tiempo pasó sin hacer ruido, mejor así. Ni loca iba yo a parir gritando de dolor, ni a dejar que me anestesiaran para descuartizarme y despertarme después sintiendo asco de mí misma, deprimida, vencida por el miedo a esos monigotes de los que ya no puedes prescindir. Ah, sí, vivir para ellos. Los trajiste al mundo —copiar y pegar— y, pase lo que pase, te los tienes que quedar. Que te ofrecen un buen trabajo en el extranjero, o tienes necesidad de comprometerte noche y día para conseguir un objetivo importante para ti, o te entran ganas de disponer de todo tu tiempo para dedicárselo a un hombre: pues no, los hijos están ahí para recordarte que no puedes, son ellos los que te necesitan, pequeñas serpientes exasperantes que se enroscan a ti con fuerza, feroces. Hagas lo que hagas para contentarlos, siempre es demasiado poco. Te quieren para ellos y se inventan lo que sea con tal de ponerte palos en las ruedas de tus urgencias. No solo no te perteneces —vaya idiotez ese viejo eslogan—, sino que ni

siquiera puedes tratar de ser plenamente de otro, porque en realidad ya solo les perteneces a ellos. Así que —grité— tener hijos es renunciar a uno mismo. Mírate de una vez tal como vives realmente. Ahora te vas corriendo a la Provenza, a casa de Corinne, a devolverle a los niños, después te irás a ver a la niña de Carla, luego al hijo de Gina. Ah, qué buen padre, ah, qué amante. Pero ¿estás contento? Y ellos, cuando llegas, cuando te vas, ¿están contentos? Algo recuerdo de cuando papá venía a vernos los fines de semana. No recuerdo hechos exactos, pero me ha quedado un sentimiento insoportable de infelicidad —eso seguro— y nunca se me ha pasado. Quería a mi padre para mí sola —deseaba quitárselo a ti y a mamá—, pero él no era de ninguno de nosotros, se quedaba ahí sentado y sin embargo no estaba, había renunciado a mí, a ti, a mamá. Hizo bien, lo comprendí enseguida. Fuera, fuera, fuera. Nuestra madre le parecía la negación del placer de vivir, nosotros también, tú y yo también. No se equivocaba, eso éramos, la negación, la negación. Su verdadero error fue no conseguir rechazarnos hasta el fondo. Su error fue que una vez que has actuado para herir profundamente, para matar o marcar para siempre a otros seres humanos, no debes retroceder, debes asumir la responsabilidad del crimen hasta el fondo, un crimen que no se comete a medias. Pero él no, él no es más que un hombrecito encogido por dentro. Aguantó hasta que se sintió legitimado, hasta que le pareció estar rodeado de cierto consenso. Después, en cuanto todo empezó a arreglarse y el consenso disminuyó, en cuanto bajó la efervescencia y sintió remordimientos, cedió. Volvió, se entregó al sadismo de mamá. Y ella le dijo: a ver qué intenciones tienes, no me fío de ti, nunca más me fiaré de ti, jamás me voy a creer que volviste por mí y tus hijos; no te voy a creer, porque sé en mis carnes, en los rincones más secretos de mi mente, lo que cuesta una decisión tan definitiva. Por eso, te pondré a prueba cada minuto, cada hora. Pondré a prueba tu paciencia y tu constancia. Lo haré delante de los niños, para que vean, para que sepan qué clase de hombre eres. Contesta sí o no: ¿quieres sacrificar tu vida por nosotros como yo la sacrifico por vosotros, te ves con fuerzas para ponernos siempre a los tres en primer lugar? No me vengas con eso de querernos, Sandro, no me vengas con la reconstrucción de la familia. Nuestros padres nos han echado a perder. Se instalaron en nuestras cabezas, hagamos lo que hagamos, digamos lo que digamos, seguimos obediéndolos.

Entonces, como soy estúpida, no aguanto más y me echo a llorar. Ah, sí, lloro, lloro como una imbécil cualquiera, sin saber por qué. Estoy furiosa conmigo misma por esta fragilidad, mi hermano sabe cómo aprovecharse. Pero no lo hace. Parece turbado por mi monólogo, trata de calmarme. Ahogo el llanto, me seco las lágrimas, pongo voz floja, me lamento porque nadie me quiere, ni siquiera mamá, ni siquiera papá. Nunca me han querido, digo. Y despotrico contra la gratitud que los hijos les deben a los padres por la vida recibida. ¿Gratitud? Me río, exclamo: son nuestros padres los que nos deben un resarcimiento. Por los daños que nos han causado en el cerebro, en los sentimientos. ¿O no? Y me sueno la nariz, murmuro dando un golpecito en el sofá: Labes, ven aquí.

El gato me sorprende: da un salto y se acomoda a mi lado.

**E**STOY cansada, llorar ha abierto la puerta al dolor de cabeza, sufro de jaquecas como papá. Pero las lágrimas también han tenido un buen efecto, siento que entre Sandro y yo se ha producido un acercamiento, y si lo refuerzo, él volverá a hablar de mi propuesta. Acaricio a Labes, decido revelarle a mi hermano un secreto que descubrí por casualidad hace un tiempo, al hojear el diccionario de latín para uno de mis trabajos. Le digo lo que significa el nombre. Significa «desgracia», significa «ruina». Él se muestra escéptico, conoce la versión oficial de papá, Labes es el animal de la casa. Para convencerlo voy al estudio, el gato me sigue de inmediato, cojo el diccionario. Qué calor. Al regresar me siento en el suelo, busco la palabra, la subrayo con sus significados, le hago una señal a Sandro. Quiero que opine sobre esa ocurrencia mezquina, se me acerca de mala gana. Vaya, por qué lo habrá hecho, y no añade nada más, parece distraído. Insisto: ¿cómo calificas a un hombre que inventa semejantes juegos solo para su deleite solitario? ¿Es perverso? ¿O infeliz y nada más? ¿Te das cuenta lo que supone oír sin cesar, en esta casa, una palabra que resume cómo te sientes por dentro, una palabra que has elegido tú y que tus familiares usan sin conocer su significado? Hace una mueca, no sé si de aprobación, y, finalmente, retoma el asunto de la venta del apartamento.

—¿Dónde meterían todo lo que tienen? —pregunta.

—Se eliminan las tres cuartas partes. Nos mudamos varias veces, pero mamá nunca tiró nada e incluso nos obligó a ti y a mí a guardar cada trasto.

Puede servir, nos decía, puede servir aunque solo sea como recuerdo de cuando erais pequeños. ¿Recuerdos? ¿Quién quiere recuerdos? Odio mi habitación, es entrar en ella y ponerme nerviosa, contiene todas las mierdas posibles desde que nací hasta que por fin conseguí escapar.

—La mía es igual.

—¿Lo ves? Y si esa descripción vale para nuestras habitaciones, ¿te imaginas lo que sería hacer una selección de sus cosas? Por ejemplo: ¿sabes que mamá conserva todas sus libretas donde anotaba los gastos: pan, pasta, huevos, fruta, desde el primer día en que se casó, en 1962, hasta hoy? ¿Y papá? Ha guardado hasta las chorradas que escribía a los trece años. Por no hablar de los diarios y las revistas en las que publicó, los apuntes de los libros que leyó, la transcripción de todos los sueños que soñó, y cosas por el estilo. Joder, ni que fuera Dante Alighieri. Escribió tonterías para la televisión, nada más. Si a alguien le interesan de veras sus ocurrencias, cosa que dudo, se digitalizan y asunto arreglado.

—Es la manera que tienen de dejar huella.

—¿Huella de qué?

—De su existencia.

—¿Yo dejo huellas, tú dejas huellas? Esta manía de conservar es una característica de mamá, a papá le importa un pito.

Sonríe y noto en sus ojos una infelicidad que esta vez no me parece fingida.

—¿Te parece?

—¡Claro! Si los convencemos de que vendan, les limpiamos a fondo la vida y les hacemos un favor a los dos.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—En las casas hay un orden aparente y un desorden real.

—Explícate.

—No te explico nada, te lo enseño.

Se levanta, me indica que lo siga. Labes corre detrás de nosotros. Entramos en el estudio de papá. Sandro me señala la biblioteca.

—¿Alguna vez has mirado dentro de ese cubo de ahí arriba?

HAGO como que me divierto pero, en realidad, el llanto no ha sido una liberación, siento una pena que me angustia. Si mi hermano se quita bruscamente la máscara y decide mostrarme un poco su sufrimiento, quiere decir que debo preocuparme. Lo veo subir raudo la escalera, baja con un cubo azul cubierto de polvo. Lo desempolva con la manga de la camisa, me lo tiende.

—¿Lo recuerdas?

No, nunca me ha intrigado, nada de esta casa me ha intrigado jamás. Detesto sus miles de objetos de mal gusto, detesto cada habitación, cada ventana, cada balcón, incluso el destello del río y el cielo demasiado bajo. En cambio, Sandro dice que lo recuerda de toda la vida, lo teníamos en casa cuando vivíamos en Nápoles. Fíjate qué bonito color —murmura— y qué liso es: para él se trata de la figura más extraordinaria de la geometría. Cuando, por el motivo que fuese, nuestros padres salían —cuenta—, yo me ponía a hurgar en todas partes. Y así fue como una vez descubrí los condones en la mesita de noche del lado de nuestro padre y una crema vaginal en la del lado de nuestra madre. Qué asco, digo yo de pronto, pero luego me avergüenzo: tengo cuarenta y cinco años, he estado con un notable número de hombres y mujeres, ¿y todavía me dan asco las relaciones sexuales de mis padres? Ríe nerviosa, Sandro me mira las manos, inseguro. Dice: basta, estás temblando. Me sorprendo de su tono sinceramente delicado. Se apodera otra vez del cubo y trepa con agilidad a la escalera para colocarlo en su sitio. Me enfado, le

digo: no seas cretino, baja, ¿qué tengo que ver? Se detiene allá en lo alto, perplejo. Es una caja —dice al fin—, se abre apretando esta cara. Y aprieta, y el cubo se abre de verdad. Él lo sacude, consigue que de la parte inferior caigan unas cuantas polaroids.

Me agacho para recogerlas. En ellas se ve a una persona que tanto yo como él conocemos a la perfección. La conocemos tal como sale retratada, con esa cara feliz. Entró en nuestra cabeza una mañana en que estábamos parados —mamá, él, yo— en una calle tranquila de Roma. Habíamos venido expresamente desde Nápoles. En nuestro interior sentíamos una tristeza aterrorizada y la esperábamos a ella precisamente. Mamá nos lo explicó: esperamos, dijo, a que salga por ese portón con papá. Y así fue, cuando nuestro padre y esta muchacha salieron —qué guapos estaban juntos, brillaban—, mamá nos dijo: ahí lo tenéis, fijaos qué contento está papá, esa es Lidia, la mujer por la que nos ha dejado. Lidia: su nombre, hoy, me sigue pareciendo el mordisco de un animal. Cuando mamá lo pronunciaba, su desesperación se convertía en nuestra, los tres nos sentíamos dentro de un solo cuerpo. Pero aquella vez yo miré a esa muchacha con atención y el organismo único del que yo formaba parte se rompió a mi alrededor. Pensé: qué guapa, qué bonitos colores, de mayor quiero ser idéntica a ella. Enseguida me sentí culpable de haberlo pensado, y sigo sintiéndome culpable, llevo toda la vida sintiéndome culpable. Me di cuenta de que ya no quería parecerme a mi madre y que por ello la estaba traicionando. Si hubiese tenido valor, habría gritado con gusto: papá, Lidia, quiero ir a pasear con vosotros, no quiero estar con mamá, me asusta. Pero ahora, en este preciso momento, siento una gran pena por mi madre y por mí. Lidia está desnuda, deslumbrante. Nosotras dos no somos así, nunca hemos sido así, la presencia secreta de estas fotos lo demuestra. Mi padre nunca se separó de Lidia, cómo habría podido: la mantuvo escondida en su cabeza y en nuestra casa toda la vida. En cambio a nosotras nos abandonó, pese a haber vuelto. Y ahora que soy más vieja que Lidia en estas fotos y también más vieja que mi madre en aquella época de dolor insoportable, al verla me siento todavía más humillada.

—¿Desde cuándo sabes que existían estas fotos? —le pregunto a mi hermano, que ha bajado de la escalera.

—Hará unos treinta años.

—¿Y por qué no se las enseñaste nunca a nuestra madre?

—No lo sé.

—¿Y a mí?

Se encoge de hombros, significa que ya ni siquiera intenta convencerme de sus buenos sentimientos hacia mí.

—Qué bueno eres —refunfuño—. Qué buenos sois todos con las mujeres. En la vida tenéis tres grandes objetivos: follarnos, protegernos, hacernos daño.

SANDRO niega con la cabeza, murmura algo sobre mi estado de salud. Le digo que me encuentro bien, es más, perfectamente, y es agradable que yo le haya contado lo del nombre de Labes y él lo del cubo azul. Ahora sabemos algo más sobre nuestro padre. Vaya hombre, no protesta nunca, siempre sí, sí, ha sido y sigue siendo el siervo de mamá. Cómo he detestado que ella lo mangoneara y que él se dejara atormentar sin rebelarse. Y cómo lo he odiado por no mover jamás un dedo para protegernos de ella. Papá, necesito esto. Pregúntale a mamá. Me dice que no. Entonces es que no.

Examino las fotos y de una en una las dejo caer al suelo.

—¿Qué más sabes que yo no sepa? —le pregunto a mi hermano.

Sandro recoge pacientemente las fotos.

—De papá no sé nada más, pero bastaría con que nos pusiéramos a revolver para averiguar más.

—¿Y de mamá?

Reconoce a regañadientes que abriga varias sospechas, está convencido de que nuestra madre tuvo algunos amantes. Pruebas, digo yo, no chismorreos. Esas pruebas hay que querer encontrarlas, contesta. Y confiesa que durante años creyó que ella tenía un lío con Nadar. ¿Con Nadar? Exclamo entre risas: no quiero ni pensarlo, mamá con ese mamarracho de Nadar, qué nombre tan ridículo. Sandro insiste: tal vez fue en 1985, tú tenías dieciséis años y yo, veinte. Pregunto: ¿y mamá? Siempre se me ha dado mal hacer cálculos mentalmente. Él contesta: cuarenta y siete, dos menos que yo

ahora, dos más que tú. ¿Y Nadar? No sé, ¿sesenta y dos? Ay, Dios, exclamo, cuarenta y siete y sesenta y dos. Después vuelvo a reírme y niego con la cabeza, incrédula: qué asco, no me lo creo.

Pero mi hermano se lo cree, comprendo que siempre se lo ha creído. Dice mirando a su alrededor: tarde o temprano algo vamos a encontrar, si no es Nadar, será otro, basta con que miremos en los floreros, o entre las páginas de los libros o en los ordenadores. Enumera un montón de objetos posibles, yo los miro por primera vez con curiosidad. Oigo a mi padre y a mi madre. Los oigo por las habitaciones silenciosas, juntos y separados. Sandro murmura: se han ocultado el uno del otro, no sin antes dejar caer la amenaza de descubrirse en cualquier momento. Entonces, sin un motivo evidente, se le empañan los ojos. Es de esos hombres que se jacta de saber llorar. Lee una novela, le preguntas qué tal y dice: he llorado. Ve una película, lo mismo. Ahora estalla en llanto y llora más que yo hace un momento, lo suyo es exagerar. Para tranquilizarlo lo abrazo y lo tengo un rato junto a mí, mientras Labes maúlla desorientado. Quizá he sido injusta con Sandro. Era el mayor, ha conservado más recuerdos. Los problemas de nuestros padres le cayeron encima primero a él y después —quizá de veras filtrados por su afán de protegerme— me cayeron encima a mí. Digo: venga, basta, vamos a divertirnos un poco, aclaremos las cosas.

FUERON horas ligeras, quizá las más leves jamás vividas en esta casa. Revolvimos hasta el último rincón, un cuarto tras otro. Al principio nos limitamos a estropear el orden de nuestros padres, seguidos de cerca por el gato. Después le tomamos el gusto y nos dedicamos a destrozarlo todo. El calor iba en aumento, estaba empapada en sudor, enseguida me entró el cansancio. Le dije a Sandro: basta, pero él siguió, cada vez con más ensañamiento. Entonces saqué una silla al balcón de la sala, noté con placer que el gato se refugiaba a mi lado. Lo cogí en brazos, le hablé un rato. Tenía la cabeza despejada, había desaparecido incluso la obsesión por convencer a nuestros padres de que vendieran el apartamento, qué idea más grotesca. Sandro apareció de nuevo, se había quitado la camisa. Idéntico a papá, pensé. Me miró riéndose:

—¿Qué tal?

—Para mí es suficiente.

—¿Nos vamos?

—Sí. Labes quiere venir conmigo.

El frunció el ceño.

—Eso no, no te pases.

—Claro que sí, me lo llevo.

—Déjale una nota a mamá.

—No.

—Entonces llámala en cuanto regrese.

—Ni hablar.

—Sufrirá.

—El gato no. ¿No ves qué a gusto está?

# Índice

**L**IBRO primero

Libro segundo

I

II

III

Libro tercero

# Metadatos

**T**RADUCCIÓN del italiano de Celia Filipetto

Título original: Lacci

Primera edición: mayo de 2018

© 2014, Giulio Einaudi editore s.p.a., Turín

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

© 2018, Celia Filipetto Isicato, por la traducción

ISBN: 978-84-264-0525-8

Depósito legal: B-5602-2018